

PROVERBIOS EJEMPLARES,

POR

D. VENTURA RUIZ AGUILERA.

SEGUNDA SERIE.

moro muerto, gran lanzada.
rro flaco todo es pulgas.
l beso de Judas.
uien con lobos anda, á aullar se enseña.

Herir por los mismos filos.
El Gaitero de Bujalance, un maravedí porque empiece y diez porque acabe.
Amor de padre, lo demas es aire.

Cada Serie forma una obra completa é independiente de las demas.)

MADRID,
LIBRERÍA DE D. LEOCADIO LOPEZ,
calle del Cármen, Núm. 15,
Y TODOS SUS CORRESPONSALES EN EL EXTRANJERO Y ULTRAMAR.

1864

PROVERBIOS EJEMPLARES.

PROVERBIOS EJEMPLARES,

POR

D. VENTURA RUIZ AGUILERA.

SEGUNDA SERIE.

A moro muerto, gran lanzada.
Perro flaco todo es pulgas.
El beso de Júdas.
Quien con lobos anda, á aullar se enseña.
Herir por los mismos filos.
El Gaitero de Bujalance, un maravedí porque empiece y diez porque acabe.
Amor de padre, lo demas es aire.

(Cada Serie forma una obra completa é independiente de las demas.)

MADRID,
LIBRERÍA DE D. LEOCADIO LOPEZ,
calle del Cármen, Núm. 13,

1864

Madrid, 1863. — Imp. de M. Rivadeneyra.

A MORO MUERTO, GRAN LANZADA.

PROVERBIOS EJEMPLARES.

A MORO MUERTO, GRAN LANZADA.

I.

El Juéves Santo fué en la antigua y nobilísima ciudad de Salamanca, mi patria, uno de los dias más hermosos del invierno de 1834. La *española Aténas*, *Roma la chica*, segun la llamaron por su Universidad y por la multitud y magnificencia de sus tesoros artísticos, dando breve tregua al bullicio y á las diversiones que en los meses rigorosos de la estacion de los frios la trasformaban en otra Venecia, vivia silenciosa durante la Semana Santa, esperando, no obstante, oir las letanías y el *alleluya* del Sábado de Resurreccion, para asordar el aire con un formidable *allegro*, echando á vuelo sus cuatrocientas ó quinientas campanas, y repicando el infinito número de *chilejas* ó cimbalillos de sus torres.

El sol era primaveral; las calles, poco ántes llenas de arroyos y de *rapiesas* (especie de presas ó diques, hechos con piedras y lodo por los muchachos, para impedir el curso del agua y formar grandes charcos), estaban á la sazon secas y limpias; alguna enorme bola

de nieve, igualmente formada por ellos, y endurecida por la crudeza irresistible del tiempo, conservábase aún sin derretirse, como tambien tal cual fortificacion de idénticos materiales, construida por los mismos ingenieros, con sus puertas para entrar y salir sitiados y sitiadores, persiguiéndose recíprocamente, y lanzando unos contra otros infinidad de proyectiles de nieve y de carámbano.

Mas no se crea que por ser Semana Santa faltase animacion en el espacioso recinto de la capital. Innumerables grupos de estudiantes (no pocos de ellos rotos y descosidos, por gala ó por necesidad), sacerdotes, colegiales, soldados y frailes; grupos vistosísimos por los diferentes colores de sus ropas talares, de sus mantos y de sus uniformes, recorrian calles y plazas, visitando las iglesias, decoradas con la esplendidez propia del culto católico.

La gente del pueblo, ataviada con sus mejores trajes, acudia tambien á los templos, viéndose pintorescamente confundidos con las cruces verdes y rojas de los caballeros de Calatrava, de Alcántara y de Santiago, el morrion del artillero, el tricornio del alumno de Minerva, la capucha del franciscano, el dengue de la charra, la anguarina del campesino de la provincia, y la elegante mantilla *de rocador*, que las artesanas usan de muchos años atras; mantilla casi toda de terciopelo, que, ahuecándose, descansa muellemente sobre los hombros. La artesana salmantina, con su mantilla de rocador, que tan bien sienta á su cútis, por lo regular

blanco y rosa; su gran pañuelo de crespon ó de percal, graciosamente atado á la cintura, con las puntas formando caidas; su vestido, con frecuencia del mismo corte y tela que los de las señoras, y guante ajustado, tiene un aire distinguido, que á veces sería difícil encontrar aún en clases más altas de otras provincias; señalándose, no ménos que por esta circunstancia y su fisonomía inteligente, por su lenguaje puro y castizo, apénas alterado por algunas palabras provinciales del vulgo, y en tal cual persona de varios verbos (1).

Cierto es que ya habian pasado los grandes tiempos en que la ciudad del Tórmes albergó en su seno quince mil estudiantes; tiempos en que frecuentó los venerables claustros de su Universidad (cuyo nombre tiene la consagracion de siete siglos) la flor y nata de la nobleza española; genios como Juan de Mena, Antonio de Nebrija, Arias Montano, Villegas, Santa Teresa, Calderon, Góngora, Fray Luis de Leon, etc., etc., y posteriormente Iglesias, Melendez, Cienfuegos, Nicasio Gallego, Quintana y otros ciento; pero todavía quedaban en pié atrevidas construcciones, en las que las artes habian ido estampando, durante la Edad Media y el Renacimiento, el sello de la inspiracion cristiana: la soberbia catedral, con sus bóvedas elevadísimas, sus anchas naves, sus estatuas sin cuento y sus preciosas

(1) Así dicen, por ejemplo, alterando la tercera persona plural del pretérito perfecto: *hizon*, *trájon*, *tuvon*, *vinon*; por hicieron, trajeron tuvieron y vinieron.

abores de crestería; el colegio de San Bartolomé, ostentando la pureza, la gracia severa y la majestad del arte helénico, y del que dice el ilustrado escritor D. Eduardo Perez Puyol: «Si un griego de los tiempos de Pericles despertase en su claustro, cuando le baña la tibia claridad de la luna, creeria encontrarse en un templo de Corinto;» la Universidad, sobre cuya fachada el cincel ha dejado en la piedra dibujos casi tan sutiles y primorosos como los pudiera dejar el lapiz en el papel, filigranas casi tan perfectas como las que salen de manos de los plateros salmantinos y cordobeses; el Cármen Calzado, obra maestra de Herrera, el arquitecto del Escorial, de cuyo templo era una miniatura; el majestuoso convento de Santo Domingo, que juntamente con la Clerecía, iglesia de los jesuitas, y las respectivas dependencias de entrambos, llenan próximamente el espacio que alguna de nuestras grandes villas; estos monumentos, pues, y otros muchos, cuya sola enumeracion ocuparia largo trecho, demostraban la exactitud del nombre de *Roma la chica*.

Todos los templos eran, el dia en que comienza nuestra historia, hervideros de gente; pero lo principal de la poblacion, despues de visitados gran parte de ellos, reuníase á boca de noche en la catedral, iglesia poco frecuentada en el resto del año, así como en ciertas ocasiones, con particularidad en la presente, era centro de la elegancia. Fuera de las luces del sencillo *monumento*, colocado en una capilla de la nave izquierda, y de las velas del coro, sólo á grandes distancias ardia

un hacha verde; permaneciendo el resto de la iglesia sumergido en profundas tinieblas. El altar mayor, cubierto por un gran velo morado, que bajaba de considerable altura, y tras del cual se distinguia débilmente el trémulo resplandor de algunos blandones amarillos, aumentaba la tristeza y el luto del templo. Abismado el espíritu en la meditacion de los misterios de aquel dia, figurábase unas veces entrar victorioso en el cielo, adonde le arrebataba la voz argentina, candorosa y virginal de los niños de coro, vestidos con sus ropones de escarlata; y estremecíase otras, oyendo las tremendas palabras de los profetas, en las notas sublimes de las *Lamentaciones* y *Miserere* del anciano Doyagüe, maestro salmantino, á quien llamó Rossini uno de los primeros compositores europeos de música sagrada.

II.

Cerca del anochecer entraba en la catedral una señora anciana, á quien seguian dos jóvenes, iguales en estatura, pero no igualmente dotadas de perfecciones físicas por la naturaleza. Una de ellas, hermosa como un sol, volvia á menudo atras los ojos para mirar á un teniente de húsares, que debia casarse con ella inmediatamente despues de la próxima Pascua. La fresca, suave y viva encarnacion del rostro de la jóven producia el efecto de una rosa de Mayo, entre las finí-

simas ondas de su mantilla blanca de encaje; pues en la época á que me refiero, y mucho despues, las mantillas blancas de velo estuvieron muy en boga en Salamanca, áun en invierno, viéndose infaliblemente abundancia de ellas todos los años el dia de Juéves Santo. Su vestido de raso negro formaba excelente contraste con la mantilla, y hasta las flores artificiales de la cabeza, complemento de su tocado; atraian como atraen la margarita y el lirio rústicos en un valle verde y ameno. Julia, nacida en un pueblecito inmediato á Béjar, era una de las criaturas más seductoras de aquella serranía, pequeña Circasia, donde es raro encontrar personas feas. De estatura regular, pelo negro, ojos garzos, ágil, suelta, alegre y respirando salud, donde ella estaba, reinaban el contento, la animacion y la vida. Y por si toda la magia de sus atractivos no fuese bastante para robar los corazones, la casualidad habia puesto á su lado otra jóven, cuya fealdad lastimosa realzaba doblemente aquellos, siendo como el marco oscuro de un cuadro lleno de luz.

Esperanza, su prima, muchacha enteca, de boca grande, labios gruesos, color cetrino, picada de viruelas, ojos pardos, con señales de ictericia incipiente, y huérfana de padre y madre para mayor infortunio, fué recogida por su tia Petra, que era la señora á quien acompañaba á la catedral; señora rica, viuda, de sesenta y dos años, sin otros herederos que Julia y Esperanza, hijas de dos hermanos suyos. No faltó, echando de ver el contraste de las dos primas, y haciendo un

paralelo entre ellas, quien dijese que eran el dia y la noche, la rosa y el cardo, la tempestad y el íris, la tinta y la nieve, el ángel y el diablo, con otras comparaciones poco piadosas relativamente á Esperanza; que siempre los defectos y los dolores del prójimo nos inclinan más á la burla que á la compasion ó á la benevolencia. La pobre huérfana oyó una vez detras de sí, pasando por la Plaza Mayor entre varios ociosos: «Es más fea que un nublado; parece la estampa de la herejía.» Estas exclamaciones no le causaron sentimiento alguno; desde su infancia habia aprendido á sufrir en la escuela de la adversidad; y como estaba segura de no dar un paso en la vida sin herirse los piés, mal podian sorprenderla los abrojos que encontrase en su camino. Los primeros golpes de la desgracia despertaron el dolor en su alma inocente; y pidió, como todos los pedimos, consejos á la cólera; pero repitiéndose golpes y desengaños, y convencida, por fin, de que el remedio no estaba donde ella creia, escudóse con la resignacion, y desde entónces la vida se le hizo ménos triste, más amable. Hay en lo intimo de nuestra alma tesoros de felicidad, que nos empeñamos en desconocer, y que solemos ir á buscar fuera de nosotros mismos; como el que poseyendo en su país fortuna bastante para vivir tranquila y holgadamente, pasá el Océano, pensando acrecentarla en remotas regiones, que, en vez del oro codiciado, suelen dar tumba á su cuerpo y á sus esperanzas. En cambio, poseen ciertas criaturas, sin duda en compensacion de sus infortunios, y para

resistirlos, esas fuerzas de gigante que llamamos dulzura, paciencia, bondad y mansedumbre, con las cuales sostienen el peso enorme de sus tribulaciones; seres más sabios que todos los sabios, cuya ciencia, innata ó instintiva en muchas de ellas, y reducida á las cuatro palabras mencionadas, puede escribirse en un renglon. La muerte de su padre, y posteriormente la de su madre, le hicieron derramar las primeras lágrimas de amargura que habia derramado en su vida; y aunque al momento la acogió cariñosamente su tia, ni el afecto de ésta reemplazaba el amor entrañable de aquellos, ni la conducta de su prima Julia con ella fué lo más á propósito para consolarla. Julia contaba entónces unos diez años; su carácter no correspondia á su físico: presumida, envidiosa, rebelde é irascible, aunque apareciese lo contrario á los ojos del mundo, fué para Esperanza un verdugo infantil, que la tuvo en opresion permanente. Confiando en el apoyo y preferencia de su tia, de nadie toleraban la más leve contradiccion sus caprichos. Sucedióle á D.ª Petra con sus sobrinas lo que generalmente sucede á las madres con sus hijos: los más dignos, los más acreedores son siempre los más desatendidos; cuanto peor es un hijo, tanto más suele una madre preferirle á los otros. Los mejores juguetes habian de ser para ella, sus vestidos eran siempre más costosos que los de Esperanza; y aunque no la tuviese, en sus disputas con la prima siempre se le daba á ella la razon. La huérfana vivia, pues, acobardada, como un pajarillo que ve el campo desde su es-

trecha prision y no puede recorrerlo, que tiene alas y no puede volar. Si alguna vez su prima le pegaba, y ella acudia llorando á D.ª Petra, limitábase ésta á decirla: «¡Eso no es nada; ea, cállate, no seas fastidiosa!» Pero una lágrima en los ojos de Julia ponia de mal talante á D.ª Petra, la cual chocaba con todo el mundo, saliéndose de sus casillas; fuera de estos casos, el domicilio era una balsa de aceite. Esperanza, dócil y humilde, no tenia otra voluntad que la de su bienhechora, á quien pagaba en amor la proteccion que le debia. Ocasiones hubo en que, comparando desapasionadamente á las dos niñas, D.ª Petra conoció sin género de duda el valor de cada una de ellas, y áun llegó á decir á Julia, en vista de su despego de costumbre, indicio seguro de ingratitud: «No sé cómo eres, no pareces sobrina mia; jamas se te ocurre darme un beso ni hacerme una caricia, como no sea para pedir algo; cualquiera se figuraria que soy una persona extraña para tí.» Pero semejantes reflexiones cruzaban por su mente á manera de relámpagos; Julia le tenía, como dice el refran, *sorbidos los sesos*, y cada falta cometida, cada vicio adquirido por la jóven, trasformábase á los ojos de D.ª Petra en título de mérito y de estimacion. Así pasaron algunos años, y en la época de nuestra historia la huérfana era la que llevaba el peso de la casa, no sirviendo su prima para otra cosa que para estarse al espejo y al balcon y pensar en diversiones. Para mandar, era Julia una pólvora; pero tratándose de ocuparse en algo de provecho, no habia

quien la moviese á nada. Esperanza hacia de costurera y planchadora, y peinaba á D.ª Petra y á Julia, porque ésta ni para sí era; cuidando ademas de que los criados anduviesen listos, y sufriendo las impertinencias de todos, sin que se advirtieran nunca en ella señales de disgusto, sin que su boca pronunciára una sola queja. Predestinada al trabajo y al dolor, leíase en su frente y en sus ojos la santa mansedumbre de los mártires; y si su figura pudo inspirar compasion á unos y crueles sarcasmos á otros, penetrando con la mirada en las interioridades de su sér, descubríase en el fondo un alma digna de un ángel, una luz que iluminaba con irradiaciones celestes la pobreza y la fealdad del rostro de la huérfana, trasfigurándola y embelleciéndola con una belleza *melodiosa*, digámoslo así; con esa belleza que se oye más que se ve, que el corazon descubre al momento, y que los sentidos groseros del hombre no descubrirán jamas. La violeta, no por escondida y modesta, deja de tener su perfume; la dalia encanta los ojos, pero es flor inodora. Julia era una dalia, una flor opulenta; pero faltábale una cosa: faltábale alma.

III.

En el testamento hecho meses ántes de Cuaresma por D.ª Petra, no sólo no habia ésta olvidado á sus sobrinas, sino que á Julia le dejaba la mayor parte de

sus bienes. Sabíalo Julia, y no lo ignoraba el teniente de húsares, en quien la referida circunstancia produjo, desde que llegó á oidos suyos, más efecto que pudiera haberle producido un batallon de hermosas; decidiéndose á pedir á D.ª Petra la mano de su favorita. El teniente era uno de esos gansos que siempre andan graznando sentencias positivistas.

Los preparativos de boda estaban hechos; las amonestaciones debian correrse poco despues de la Pascua de Resurreccion, para verificarse en seguida el matrimonio. Pero el hombre propone y Dios dispone: en la misma noche del Juéves Santo, el asistente del húsar entregó á éste una órden en casa de su futura, por la que se le destinaba de guarnicion á Valencia. Gran sorpresa causó la órden al teniente, y aunque de buena gana hubiese ocultado tan desagradable novedad á Julia hasta prepararla á recibirla, arrebatóle ella de las manos el papel, y lo leyó, ó mejor dicho, lo devoró en un instante, mudándosele el color á medida que sus ojos lo recorrian, hasta el extremo de quedarse como sin sentido. Hubo despues de la lectura, y mucho más al otro dia, dos horas ántes de salir de Salamanca el húsar, las protestas y juramentos de fidelidad consiguientes en tales casos, quedándose, no obstante, anegada en un mar de lágrimas la novia, por más que él la diese palabra de pedir al punto Real licencia para casarse, y un mes para pasar la luna de miel en Salamanca.

Julia comenzó á ponerse triste, y tan fastidiosa é in-

pertinente, que ninguna persona de la familia se hubiera atrevido á mirarle á la cara. Ella, que parecia no tener amor á nadie, sintió entónces las amarguras de la ausencia del único hombre en quien su pensamiento se habia fijado, y se pasaba las horas muertas contemplando melancólicamente en el guardaropa sus magníficos trajes de boda (tan elocuentes poco ántes para ella), que le producian ahora el efecto de otros tantos cadáveres colgados de las perchas. Confiaba en el teniente, y sin embargo, un tenaz presentimiento le decia que la boda concertada era un sueño, una ilusion; que aquel la engañaria, y así, que renunciase á él como si se hubiera muerto ó como si nunca le hubiese conocido. Tuvo momentos de desvarío, figurándose muchas veces que la riquísima falda azul de baile se convertia en mortaja, y las flores para la cabeza en corona fúnebre, enroscándosele al rededor de la garganta, como dogales de cáñamo, las cintas de color que adornaban otras muchas prendas. Confirmábase más y más en todos estos temores, viendo que el teniente, pasado el mes primero de ausencia, apénas la escribia, y esto con tibieza suma, y pretextando siempre, para disculparse, asuntos del servicio, y hasta celos, sin la menor sombra de fundamento.

Viendo D.ª Petra que Julia iba desmejorándose, escribió á su hermano, sin decirla nada, para que se la llevase unos dias al pueblo; y en efecto, el padre de Julia, así que recibió la carta, se puso en camino para Salamanca.

El hermano de D.ª Petra, estudiante en sus primeros años, pero que no pudo concluir carrera alguna por falta de recursos, era un labrador, que regaba la tierra con el sudor de su frente para mantener á su dilatada familia, y que tal vez se hubiera visto en la precision de pedir limosna, á no ser por la liberalidad de D.ª Petra, quien, ademas de tener consigo á Julia, le socorria en todas sus necesidades. Su rostro franco y noble, curtido por la intemperie, las canas que ya blanqueaban su cabeza, sus toscas manos, honrosamente encallecidas por un trabajo de cincuenta años, le hacian simpático desde el primer golpe de vista; sin embargo, Julia le recibió con frialdad notoria, observándose ademas el fenómeno extraño de que en los ocho dias que permaneció en Salamanca, al paso que no quiso ella salir de casa, fingiéndose más triste, recobraba su semblante la vida y el color naturales. Digamos la causa de este fenómeno: la hija se avergonzaba del padre, la señorita de ciudad se avergonzaba de los campesinos; ante el amago de ir al pueblo, restablecíase su salud. Conociéndolo el padre, quiso, ántes de regresar á la aldea, echarle á Julia una buena repasata; presumiendo, sin embargo, con motivo suficiente, que iba, como suele decirse, á predicar en desierto. Un dia en que se quedaron los dos solos en casa, llamó el anciano á su hija, que al balcon estaba, y le dijo:

—Siéntate, Julia; tenemos que hablar un rato.

Sentóse de mal talante la jóven, y él continuó:

—He observado, hija mia, con harto dolor de mi corazon, que los beneficios de mi hermana Petra no han servido para otra cosa que para echarte á perder, llenándote de un orgullo necio, que hace que olvides todos tus deberes.

—Esas son figuraciones de usted.

—Haga usted el favor de no interrumpirme. Repito que las bondades y el mimo de mi hermana te han echado á perder. No creas que soy yo solo quien lo dice; allá lo dicen todos. Cuando fuiste últimamente al pueblo, acompañando casi á la fuerza á tu tia, recuerdo muy bien el desprecio con que recibiste á las compañeras de tu niñez, que se apresuraron á verte y á ofrecerse á tí con un modo y una buena voluntad de que tú no has sido capaz nunca. Yo estaba abochornado. Uno me decia: «Sabes lo que digo? Que tu hija tiene en la cabeza más humo que una chimenea.» Otro me preguntaba: «Señor Manuel, ¿es corta de vista Julia? Porque la saludo, y no me corresponde; la recuerdo quién soy, y no me conoce.» Las mozas de tu edad sé que murmuraban, justamente ofendidas: «Vaya con la señorita del pan pringado! ¡No quiere acordarse de cuando íbamos á trillar juntas! ¡Qué lástima! No ha venido aquí más que á hacer papel. ¡De estraza lo hará!» Yo, viendo lo que ocurria, estaba sin saber qué partido tomar, sin atreverme á reñirte; estaba así como si te hubiera cogido miedo, temiendo tambien que los muchachos llegasen á gritarte y correrte al salir de casa, pues dos noches seguidas algunos

mozos cantaron á tu reja más de cuatro coplas burlándose de tí. No dudo que tú estarias allí martirizada; pero yo pasé dos meses, que se los doy al más pintado. Tu tia, ciega por tí, sólo encontraba razones para defenderte y disculparte, queriendo convencerme de que yo abultaba las cosas más sencillas, y de que el juicio torpe y malicioso de los lugareños llama á la dignidad vano orgullo, y monadas á los buenos modales; creyéndose desairado cualquier palurdo cuando no se corresponde á su tosca llaneza con groseras familiaridades, que repugnan á la gente bien educada. Yo decia para mis adentros: «Pues señor, ó soy tonto, ó mi hermana es ciega; si la prontitud con que el pueblo ha acudido á mi casa al saber que Julia está aquí; si la alegría que al verla han manifestado las mozas, desviviéndose por contentarla; si las flores, si las frutas, si los bailes con que la obsequian, le parecen familiaridades groseras á la chica, llevarémos á la córte á su excelencia, para que allí se trate con príncipes.» El resultado de tu conducta fué el que era de esperar: que todo el mundo huyese de tí, no quedando en el pueblo donde naciste alma que bien te quisiera. Sin embargo, todo lo que he dicho podria tener disculpa; lo que no la tiene, lo que me asombra y aflige al mismo tiempo, es el disgusto y el insolente desden con que has recibido y tratado á tu padre.

—Padre!

—Calle usted, trastuela! No sé cómo no se le cae á usted la cara de vergüenza. Pues qué! ¿es por ventura su

padre de usted un leproso, un hombre de mala vida, un salteador de caminos, para que ande usted huyendo de salir con él á la calle, y para haber dado á Lorenza la órden de responder que no estoy en casa á los que por mí pregunten? ¡Quizás tema usted que la ponga en ridículo con alguna patochada de paleto! Su padre de usted, señorita, puede llevar á todas partes muy levantada la frente; su padre de usted ha sabido merecer con su buen comportamiento la estimacion de cuantos le tratan; si no tiene galas que ponerse, ni está en los trotes de sociedad, trabaja contento y conforme para dar pan á su familia (pues no tiene otra riqueza que el trabajo y la misericordia de Dios, que hasta la presente no le ha abandonado), y por la noche duerme y descansa tranquilo, pudiendo decir, como no todos podrán, que no le remuerde la conciencia de haber hecho mal á nadie en el mundo. Tú sin duda has llegado á figurarte que la pobreza es un crímen, y otro la humildad de la cuna, y procuras borrarlo, alejando de tí todos aquellos objetos que pudieran recordarlas. Si es así, ya poco te afrentará tu padre: á casarte vas; tu marido te llevará de Salamanca, y una vez léjos de los tuyos, puedes libremente despacharte á tu antojo, hablar de riquezas y haciendas, que no has visto ni aún en sueños; decir que tus padres eran grandes de España (pues de todo eres capaz), y áun añadir que han muerto, sí, que han muerto, pues tu madre y yo, para que lo sepas, hace tiempo nos echamos la cuenta de que hemos muerto

para tí, de que ya no nos quieres, de que ya no tenemos hija.»

Al pronunciar estas palabras, el padre de Julia, vestido de charro (traje que recuerda poco ménos que en su integridad el de los antiguos castellanos), no pudo contener el llanto que á sus ojos acudia, y copiosas lágrimas cayeron rodando por sus mejillas, humedeciéndole el *camison* hasta el ancho *cinto* de cuero, que en parte cubria el chaleco cuadrado de terciopelo con botones de plata, y algo del jubon de aldetas y manga acuchillada en la sangría. Su hermosa cabeza despertaba el recuerdo de las figuras patriarcales de nuestros antepasados, de aquellas viejas razas de hombres que, como el romano antiguo, dejaban el arado para defender la religion, la libertad, la patria y la familia contra las invasiones sarracenas; que despues, siguiendo á Maldonado, capitan salmantino y compañero de Bravo y de Padilla, engrosaron las huestes democráticas en la guerra de las Comunidades, y que en tiempos más modernos, mezclados con las tropas y los estudiantes, derramaron su sangre en la gloriosa batalla de los Arapiles, contribuyendo, á las órdenes de Wellington, á la derrota de los franceses. ¡Oh suelo mil veces bendito y libre de mi patria! ¡Yo te saludó, y saludo en mi ausencia á tus esforzados hijos, hasta el dia en que torne á pisar tu suelo sagrado y á cantar glorias tuyas!

Julia oyó con la vista baja, sin atreverse á despegar los labios, las justas y severas reconvenciones de su padre, que trémulo y lloroso la miraba con sentimien-

to de pena imposible de explicar; várias veces estuvo dispuesta á echarse en sus brazos, y pedirle perdon por lo que le habia ofendido, y otras tantas se rebeló su amor propio contra semejante idea, creyendo rebajarse llevándola á cabo; como si el arrepentimiento, virtud cristiana acaso la más sublime, en razon á ser una de las más difíciles, porque repugna y se resiste á la flaqueza húmana, pudiese nunca indicar otra cosa que mucha elevacion de alma y verdadero dolor de haber ejecutado acciones indignas.

A la tarde siguiente salió de Salamanca el labrador para su pueblo. Al apearse de la caballería en el zaguan de su casa, le rodeó la familia, preguntándole todos por Julia, á quien esperaban.

—Está peor, acaso? exclamó la madre, mirándole con inquietud.

—No, mujer, no, sosiégate; aunque, como soy Manuel, dudo qué sea peor: si verla muerta ó como yo la he visto; cada vez me afirmo y sostengo más y más en lo que sospechaba de ella. Francisca, lo repito: Julia se avergüenza de nosotros, se avergüenza de sus padres; hazte cuenta de que ya no tenemos hija.

IV.

En el verano del año en que pasa esta verídica historia, invadió la ciudad de Salamanca el cólera-morbo asiático, despues de haber sembrado el luto y la desolacion en otras muchas poblaciones de España. El espanto que esparció en Salamanca aquella invasion (la primera que el terrible viajero del Gánges habia verificado en la Península), fué grande. El cólera, enfermedad, si no desconocida, poco estudiada hasta entónces, presentóse, pues, como un enigma pavoroso, precedido de un auxiliar poderosísimo para que sus estragos fuesen mayores. Este auxiliar era el miedo; el miedo, que favorece extraordinariamente el desarrollo de ciertas epidemias, y que en ocasiones causa tantos males como ellas. Cada dia se anunciaban contra la reinante remedios *infalibles*, que á las cuarenta y ocho horas eran relegados al olvido, como *ineficaces*, por las personas mismas que más los habian preconizado. Armábase todo el mundo de alcanfor; con el té que entónces se tomó hubieran podido formarse arroyos, y apénas bastaban los fecundos arrozales del reino de Valencia para el suministro del farináceo que producen, de cuyas propiedades astringentes se esperaban prodigios contra los progresos y áun contra la aparicion de síntomas sospechosos en las vias digestivas. El arsenal del miedo es en tales circunstancias inagotable. Se recomendaron fumigaciones de azufre, de pólvora

y de vinagre; encendiéronse en muchas calles hogueras de plantas y yerbas aromáticas, con el objeto de modificar las condiciones atmosféricas, neutralizando la accion deletérea que al aire se atribuia. El calor del verano era infernal; considere, pues, el curioso lector cómo no sería, aumentado con las estufas horribles que la atortolada higiene de aquel entónces aconsejaba. Paseábanse tambien todos los dias por la ciudad, cómo unos señores, sendos rebaños de carneros y hatos de ovejas, cuyo vellon se creia excelente receptáculo del miasma colérico; echáronse á los melonares de las afueras voraces piaras de puercos, los cuales dieron famosa cuenta de ellos en breves dias, ayudándoles en la tarea los innumerables muchachos que, escapándose de la casa paterna, noticiosos de la ocasion que se les presentaba de sacar la tripa de mal año, acudian en tropel, como bandadas de pájaros, de todos los puntos y clases de la ciudad, entrando igualmente á saquear, prévio el permiso de los dueños, las huertas que existen entre las puertas de San Pablo y de Santo Tomas; donde lo pagaron en grande los pepinos y las lechugas, sin acordarse mas de la muerte, que en tanto hacia su agosto en la ciudad, que del rey que rabió; si se acordaron, ciertamente debió ser para desafiarla con el valor generoso de los primeros años, de esa edad en que el niño y el adolescente arrojan á puñados la vida, como el labrador el grano en el surco, siendo reproductivas sus imprudencias, puesto que á menudo las ven premiadas con

abundante cosecha de robustez, de salud y de alegría. Entónces concluyeron ó se entibiaròn relaciones afectuosas: el amigo miraba con desconfianza al amigo, y no era raro que en una misma familia, el què enfermaba se viese punto ménos que abandonado á mercenaria asistencia por los demas parientes. Pero tambien hubo entónces infinitos rasgos de esa abnegacion desinteresada y sublime que en todas partes inspira el cristianismo, y que tan propia ha sido siempre del carácter de nuestro pueblo.

Las primeras sospechas de cólera en la ciudad alarmaron, como era de esperar, á toda ella; con todo, Julia no pareció fijarse mucho en semejante circunstancia, pensando tal vez únicamente en la desesperada situacion de sus relaciones con el húsar, que era para ella el asunto de trascendencia. Pero la enfermedad atacó á su tia; y ella, sin encomendarse á Dios ni al diablo, ni pedir consejo á nadie, volvió á fingirse enferma, y á piar tanto y tanto por su pueblo y por sus padres, que D.ª Petra ya no pudo ménos de dejarla partir con el ordinario. Julia estaba de salud como nunca; D.ª Petra adivinó al momento la verdadera causa del abandono de su favorita.

Y Esperanza?

El què en cualquier momento del dia ó de la noche hubiese entrado en la alcoba de la enferma, habria visto, sentada á la cabècera de la cama, una jóven de triste aspecto, observando con atencion hasta los me-

nores movimientos de la anciana, en quien la enfermedad se iba cebando de un modo cruel. Los ojos de ésta, rodeados de dos círculos casi negros, y hundidos en lo más profundo de las órbitas, parecian dos luces que se apagan; y la cara, teñida por el azul matiz de la cianósis, presentó á veces, en la descomposicion general de las facciones, el conjunto de los rasgos que anuncian la agonía; ese conjunto siniestro, tan concisa, admirable y elegantemente descrito por el padre de la medicina, y que la ciencia conoce con el nombre de *cara hipocrática*. Allí estaba Esperanza, como el perro fiel y agradecido, que guarda en el hogar el sueño del amo; allí estaba con los ojos hinchados por las vigilias, traspasada el alma de dolor, recibiendo y respirando las emanaciones epidémicas, presenciando los inexplicables tormentos con que el calambre y la convulsion colérica estiran y encogen los miembros, produciendo sensaciones de quemaduras, de desgarros y de frio glacial, que martirizan al paciente, y dan una idea de la rueda y del potro, donde la Inquisicion descoyuntaba y destrozaba á sus víctimas. La tibia luz de una lamparilla, colgada á la derecha del catre, debajo de un crucifijo de marfil, cayendo oblicuamente sobre la humilde y serena fisonomía de la enfermera, daba á sus delicados contornos el suave claro-oscuro, la trasparencia espiritual y la dulzura que un artista pondria en sus ángeles ó en la representacion de la Caridad cristiana. ¡Cuántas veces, en el silencioso recogimiento y soledad de aquellas largas noches, la ora-

cion mental de la huérfana se elevó al cielo, pidiéndole la salud de su bienhechora! — « ¡Oh Dios mio! — decia — ¡conservadme su vida; conservádmela, Vírgen Santísima de los Remedios! ¿Qué será de mí si ella se muere? ¿A dónde volveré los ojos, que encuentre el amor que he encontrado en ella? Si á costa de mi vida puede rescatarse la suya, con gusto la daré, Dios mio; de ella esperan todavía mucho los desgraciados; pero yo ¿qué falta hago en el mundo? » La mano paciente y cariñosa de Esperanza limpiaba con frecuencia el sudor que humedecia el rostro de la enferma; sudor frio y copioso, anuncio seguro de la escasa vitalidad de la naturaleza; por su mano pasaban todos los medicamentos, y ninguna otra mano arregló durante el curso de la enfermedad la ropa de la cama, ni otros brazos que los suyos recibieron aquel cuerpo demacrado cuantas veces quiso incorporarse. En la casa no habia más gente que Esperanza y Lorenza, antigua criada, que, por sus achaques, más servia de estorbo que de otra cosa, y á quien la primera, por tanto, únicamente encomendó la asistencia de la anciana en los cortos instantes en que, rendida al sueño y al cansancio, no pudo atenderla ella. La casa donde habia coléricos veíase generalmente abandonada, buscando todo el mundo razones ó pretextos para no presentarse. Esto fué precisamente lo que sucedió tambien en la de D.ª Petra. Ni una persona conocida, ni un amigo puso el pié en sus umbrales desde el momento en que se supo que estaba invadida, que allí habia un *caso*. Todo, por

consiguiente, era en ella soledad, pues, como ya he dicho, Julia, que se hallaba en el deber de consolar y de asistir á su tia, cediendo á ruines impulsos del corazon, huyó al pueblo (aborreciéndolo, como lo aborrecia), no bien hubo llegado á su noticia el primer asomo de peligro.

Pero el cielo oyó las oraciones que la piedad filial de Esperanza le habia dirigido fervorosamente; D.ª Petra fuése restableciendo poco á poco, quedándole sólo, cuando se cantó el *Te Deum* por la desaparicion de la epidemia, una debilidad, con la que el tiempo y un buen régimen acabarian.

Lo mismo fué alejarse la tormenta, que regresar Julia á Salamanca, ponderando hasta las nubes quebrantos de salud no padecidos, y temores por su tia, en que la invencion tuvo la mayor parte.

Recibióla D.ª Petra con frialdad manifiesta, inclinándose decididamente desde entónces sus simpatías hácia su inseparable y heroica enfermera. Pero conociendo Esperanza lo mucho que semejante preferencia mortificaba á Julia, cuyos ojos veian en ella la personificacion de su remordimiento, evitaba todo lo posible el servir á la tia, dejando la asistencia enteramente á su prima. Esta, por su parte, mostraba una oficiosidad tan activa, tan contínua, y tan inoportuna muchas veces, que rayaba en impertinente; esmerándose con particularidad siempre que habia alguien delante. En ocasiones llegó su audacia á un punto increible; como cuando refirió imperturbable, en pre-

sencia de Esperanza, aunque no de D.ª Petra, que durante la enfermedad de ésta se habia pasado noches y dias en vela, sin separarse de la cama, ni permitir que nadie le arrebatase la gloria del peligro, cumpliendo por ella obligacion tan sagrada. Llamaba ella enfermedad á la convalecencia de su tia. No quiso Esperanza desmentirla; prefirió pasar á los ojos de los extraños por ingrata, á tener que chocar con quien tan mal comprendia el deber del agradecimiento.

Sabedora de estas y otras invenciones D.ª Petra, ya una mañana resolvió romper el silencio, y decir lisa y llanamente á Julia el juicio que de su comportamiento habia formado, así como tambien su determinacion irrevocable respecto de ella, desde su viaje al pueblo en las circunstancias críticas en que lo verificó. Julia no sabia ya cómo gobernarse para vencer la inflexibilidad de su tia, quien cada vez se le mostraba más séria, llegando á ser verdaderamente insufrible.

La mañana á que aludo entró Julia en el gabinete de labor, donde se hallaba D.ª Petra; siendo tan afectadas y empalagosas las zalamerías que le hizo, que ésta exclamó, llena de enojo:

—El cariño con que hoy tratas, aunque en vano, de engañarme, podias haberlo demostrado cuando caí enferma; pero no, señor; preferiste dejarme en brazos de la muerte, diciendo acaso para tus adentros: «Allá te las compongas como Dios te dé á entender.»

Pues, hija, sábete que tu conducta me ha llegado al corazon. ¿Qué mérito tiene tu valor ahora, que ya no hay riesgo? Ninguno, absolutamente ninguno, y esto á nadie se le oculta: ayer, sin ir más léjos, Lorenza decia con mucha razon, á propósito de tu heroicidad presente: *A moro muerto, gran lanzada;* entonando luégo aquella sabida copla, tan graciosa como oportuna:

Parece que viene usted
Echándola de valiente,
Con una espada de caña
En una calle sin gente.

—¿Tengo yo culpa de haber enfermado al mismo tiempo que usted?

—¡Me gusta la salida! Si crees que todavía comulgo con ruedas de molino, como ántes, solemne chasco te llevas. Te he conocido, aunque tarde, y ya no me la pegas.

—Pues bien, tiita, voy á confesarle á usted la verdad; y usted, que es tan buena, me perdonará mi falta. Si me marché al pueblo cuando á usted le atacó el cólera, fué... porque yo no soy para ver lástimas, porque no puedo ver sufrir á una persona que quiera.

—Hola! hola! ¡Mire usted qué sensibilidad tan exquisita! Ni la del Licenciado Vidriera! Le meterémos á usted en un escaparate, para que no se malogre y para que no se altere su importante salud. ¿Quieres

que te diga yo el nombre de eso que tú llamas sensibilidad?... Se llama egoismo, y el egoista es uno de los seres más despreciables que existen. ¡Hermosa estaria la sociedad si todos se echasen la cuenta que tú! ¡Pobres mendigos, pobres enfermos, pobres huérfanos, y pobres los desgraciados, en general, si por no ver, ni oir, ni sentir lástimas, al pasar junto á ellos se cerrasen todos los ojos, todos los oidos y todos los corazones! Pero tú has hecho más que eso: tú, no sólo has sido ciega, sorda é insensible á mis padecimientos, sino que pretendes usurpar á Esperanza la gloria legítima de su abnegacion incomparable, diciendo á cuantos nos conocen que te debo la vida.

—Quién se lo ha dicho á usted?

—Una persona que no me engaña.

—Será Esperanza!... La embustera!

—Qué palabras son esas? ¡Cuidadito con faltarme al respeto! Esperanza es incapaz de indisponerme contigo. Al contrario, si hay alguien que disculpe tus defectos, es ella, porque su corazon es de oro.

—De oro, y se la come la envidia! Desconfio de los corazones de oro.

—Envidia Esperanza! Y de quién? De tí? ¿Qué tiene que envidiarte? Lo dirás acaso por el palmito! La belleza del rostro pasa en breve; la tuya pasará: la del alma es eterna.

—Veo que he perdido la confianza de usted, y yo no puedo estar en donde no me quieren.

—Eres muy dueña de hacer tu voluntad: mañana

mismo escribiré á tu padre para que te lleve al pueblo; allí, léjos de este vejestorio, que tantas incomodidades te ha dado con sus chocheces y que tan mal se conduce contigo, vivirás á tus anchas, sin que te molesten las infinitas ocupaciones que aquí te roban el descanso y el sueño. ¡Anda, pues, bendita de Dios; tal vez la desgracia te enseñe lo qué la felicidad no ha podido enseñarte en mi compañía!

Julia esperaba recobrar con el tiempo su perdida influencia; pero la determinacion de mandarla al pueblo era, segun he indicado, irrevocable en D.ª Petra.

Cuando el padre de Julia volvió á la ciudad, oyó decir á la hermana que habia variado su disposicion testamentaria; dejando, en consecuencia, para repartir á su fallècimiento entre todos sus sobrinos la parte señalada anteriormente sólo para su favorita, y mejorando en una gran cantidad á Esperanza.

Las relaciones del teniente de húsares y Julia murieron por consuncion, y las viruelas estamparon tambien un sello indeleble en el rostro de la hermosa flor de aquellas serranías, que durante su horrible enfermedad, no sólo se vió cuidada por el celo paternal desde el primer momento, sino por su prima Esperanza, quien voló al pueblo al saber la mala nueva. A Julia, pues, no le quedó siquiera el triste placer de aplicar á nadie con propiedad el proverbio que, con tanta, le habia aplicado á ella la criada de su tia, y que dice: *A moro muerto, gran lanzada.*

FIN.

PERRO FLACO TODO ES PULGAS.

PERRO FLACO TODO ES PULGAS.

I.

La diligencia de Valladolid acababa de pararse delante de la Administracion, situada en la calle del Correo, y en seguida se abrieron las portezuelas de la berlina y la rotonda, para que saliesen los dos únicos viajeros que dentro venian; pues los restantes, aunque pocos más, que el coche sacó del punto de partida, se habian ido quedando en diferentes pueblos del tránsito desde la antigua córte de Castilla á la que hoy lo es de toda España.

Era el primero un jóven rubio, espigado, simpático, pero de ojos tristes y mejillas demacradas, á las que asomaban ya ciertas rositas de mal agüero. Indudablemente pertenecia este jóven al estado eclesiástico, á juzgar por el sello especial que así los sacerdotes como los militares en toda su fisonomía exterior llevan marcado, y que se advierte á un simple golpe de vista, por más que los unos cambien la ropa talar, y los otros el uniforme, por el traje de paisano.

El segundo viajero, persona de unos cuarenta y cinco á cincuenta años de edad, era el marqués de Fuerte-Encina, aristócrata de nuevo cuño, hijo legítimo, ó ilegítimo, de nuestra revolucion política, á la que debia títulos y rentas, y que, como otros muchos, despues de hacer su negocio y de engordar hasta físicamente, hablaba tales pestes de su madre, que el mismísimo cólera-morbo hubiera huido de ella para no contagiarse.

El Marqués no pudo bajar del coche con la ligereza que su compañero de viaje, por impedírselo la respetabilidad de su abdómen, cuyo volúmen deplorable, saliéndose anárquicamente de la esfera de órden, reducida por cierto, en que pretendia encerrarle un corsé despótico, rebosaba, con grande escándalo de su dueño, que ya habia renunciado á hacerle entrar en razon, usando la política de resistencia.

Viendo, pues, sus apuros, un caballero de los que á la puerta de la Administracion estaban de espera, llamado Gonzalez, acercóse á él presuroso, como si le faltára tiempo, no sin anunciar á los circunstantes que el viajero aquel era su primo; y arrimando un hombro á la portezuela de la berlina, le dijo en alta voz, para que la gente se enterase:

—¡Marqués, apóyate en mi hombro y baja sin miedo!

Hízolo así Fuerte-Encina, cargó lo que pudiéramos llamar *su inhumanidad* sobre el desdichado pariente, y por fin se vió sano y salvo en tierra firme, despues de estropear el hombro derecho de la víctima, que no

cesó de quejarse en un mes de aquella parte. Sin embargo, tuvo aliento para exclamar, en el acto de apearse el Marqués:

—Ajá! Buen muchacho!

Estrechó luégo entre sus brazos al recien venido; y el recien venido, que estaba de polvo hecho un molinero, comunicó parte de él á su primo, ataviado exprofeso para el recibimiento con cuantas galas habia en su no muy surtido guardaropa.

Llamó Gonzalez á un mozo, y despues de encargarle la conduccion del equipaje, entró en un coche con el primo, y se lo llevó á su casa, más alegre que unas pascuas.

Cuando llegaron, esperaban ya al forastero, como ánimas del otro mundo, todas las personas que componian la familia de Gonzalez, á saber: D.ª María Salomé, su esposa, de mirada escudriñadora y dominante, y cara de pocos amigos, aunque, á decir verdad, fuera de lo gruñona, era una bendita; su hijo Manuel, niño de seis años; la criada, y un perrito americano, más feo que Picio, pero querido y halagado por unos y otros, porque era la distraccion única de Manuel.

—Maruja! Maruja! Aquí le traigo! Aquí le traigo! exclamó Gonzalez, entrando triunfalmente en la sala, con el primo á remolque.

—Felices, Mariquita! dijo el Marqués, echándola los brazos al cuello con tanta rapidez, que por pronto que ella quiso retirarse, no pudo evitar que el primo

la estrechase más cariñosamente acaso de lo que la poca intimidad del parentesco permitia; no siendo esto lo peor del caso, sino que, por añadidura, al soltarla despues, tiró á rodar un reloj de sobremesa, en que Gonzalez tenía puestos sus cinco sentidos.

—Felices, primo! respondió D.ª María, con el rostro como una amapola, y lanzando una mirada furtiva y tan furiosa á Gonzalez, que, á sorprenderla el forastero, no hubiera podido ménos de decir:

—Lo pagaré, señora; no hay que enfadarse por tan poco.

Gonzalez, comprendiendo que su primo trataba de disculpar su torpeza ó su aturdimiento, le salió al encuentro con su eterna sonrisa de satisfaccion, exclamando:

—¡No ha sido nada; precisamente deseaba yo que se rompiera el reloj ese!

El Marqués no tenía gana de comer; habíase desayunado en la diligencia con una tortilla de jamon en fiambre, prévia una castaña de chocolate crudo, segun su extravagante costumbre; y, ya se ve! como no tenía gana de comer, contentóse con un par de pichones en tomate y algunas otras frioleras, exclamando á cada bocado con expresivo candor:

—Están que se chupa uno los dedos! ¡Me acordaré de este par de pichones miéntras viva! ¡En ninguna parte se comen los pichones *que en Madrid!* (en lo cual decia una verdad de Pero Grullo) ¡Es mucho Madrid éste!

En cuanto á beber, anunció desde luégo que bebia como un jilguero, que le sobraba con un dedal; y en efecto, de una botella de Valdepeñas que le sirvieron, dejó cosa de cuatro dedos, que otro que él no hubiera perdonado. No todos han de ser tan parcos!

Su primo le habia rogado tanto durante el almuerzo que se fuera sin cumplido á descansar á la mullida cama dispuesta en la alcoba principal, que nuestro Fuerte-Encina, despues de probar (por entretenerse) de cuantas cosas componian el almuerzo, dijo con la simpática familiaridad y llaneza de que daba repetidas muestras en poco tiempo:

— Ea! Con esto y un bizcocho, hasta las ocho!

Y se fué á descansar, haciendo á su sobrinito Manuel la singular caricia de tirarle por la punta de la nariz.

Así que se hubo ausentado de la sala, llamó Gonzalez á la criada y le dijo:

— Oiga usted, Leonarda; el señor que acaba de llegar tiene usía; no hay que olvidarse de dárselo; mire usted que es nada ménos que marqués, y pareceria mal que una criada de la córte no supiese tratar á la gente. Estamos?

—Descuide usted, señor; lo que es por darle el usía no ha de quedar.

— Y no lo perderá usted, Leonarda. Las personas de su clase nunca dejan de conducirse como quien son.

—Manda usted algo más?

— Nada. Ah! cuidadito con el almirez y con la puer-

ta miéntras duerme el Sr. Marqués. Manolito, no juegues ahora con el perro, hijo; no sea que ladre, y se despierte tu tio el Marqués.

—Si no lo toco, papá!

II.

No bien quedaron solos marido y mujer, comenzaron á regañar, aunque por lo bajo, para que el Marqués no les oyese; pero olvidándose á lo mejor uno ú otra del forastero, pronunciaban en alta voz palabras, que si éste no oyó, fué por la sencilla razon de que habia llegado rendido de sueño, y estaria roncando como un padre abad.

—Mujer, —decia Gonzalez, —¿quieres dejarme en paz con mil y quinientos de á caballo? ¡Es fuerte cosa que no ha de ser uno dueño de su voluntad!

—Puedes quejarte! Si yo fuese como otras! ¿De qué me sirve estar hecha una negra todo el santo dia para ahorrar hasta el último ochavo, si cuando se te antoja tiras la casa por la ventana? No sé á qué viene aparentar grandezas cuando nos vemos con el agua hasta el cuello. Ademas, qué debemos nosotros al Marqués? Habla, hombre, habla! Qué favores le debemos? Ninguno, ni los buenos dias, que no cuestan dinero.

—Cualquiera que te oyese diria: — «¡Qué mujer tan interesada!» —Y tendria razon. De que hoy no le

debamos favores, ¿se sigue que no se los deberémos mañana?... La gente ha de ser previsora. Por otra parte, el parentesco...

—Sí, un parentesco que no lo alcanza un galgo.

—Otros habrá más lejanos: su madre era prima de un primo de mi padre; me parece que...

—Lo que á mí me parece es, que el afan de darte importancia va rayando en manía. Vamos á ver, ¿quién te obligaba á escribirle espontáneamente, ofreciéndole la casa, cuando él no se acordaba del santo de tu nombre?

—Mujer, nadie me obligaba.

—Pues ¿á qué le dijiste que aquí todos estábamos deseando conocerle, siendo así que yo siempre me opuse? No me gusta faltar á nadie, y soy tan amiga como la que más de obsequiar á todo el mundo; pero nuestra situacion no nos permite salir de la estrechez en que vivímos, y gracias que aun así podamos ir tirando hasta que Dios quiera.

—Ya, ya callará! Qué Jeremías!

—Como los quebraderos de cabeza no son para tí! Los hombres, cogiendo la capa, como suele decirse, por lo más estrecho, no os acordais de que las agonías son para la infeliz que se queda en casa.

—Concluiste?

—No he concluido: á ver, dame cuartos.

—Tengo que ir al Monte de Piedad á empeñar las cadenas y las sortijas.

—Nuestro último recurso.

—Mariquita, no te canses en predicarme; es preciso portarse uno como corresponde.

—¿Y luégo que nos comamos las cadenas y las sortijas?

—Luégo?... Eh! nunca falta un roto para un descosido.

—Válgame Dios! Qué hombre éste! ¡Qué modo de quemarme la sangre! ¡Siempre alimentándose de ilusiones!

—La venida del Marqués ha de ser nuestra fortuna; él es rumboso, es complaciente, me estima de véras, y no se irá de Madrid sin dejar asegurado mi porvenir.

—Mi corazon me anuncia lo contrario.

—Allá verémos.

—Sí, allá verémos; ¡lo peor es que, cuando lo veamos, tal vez ya nos haya arruinado!

III.

Hay personas que nacen para ser eternamente víctimas de su candidez y de su buena fe, soberbias cosas para vivir en los bosques mirando las musarañas y oyendo cantar los pajaritos, pero no tan soberbias, —por desgracia, —para vivir en sociedad, en donde la calificacion más benévola que de ellas se hace es la de que son pura bobería. A las personas que padecen de este achaque no les abren los ojos los desengaños que

á cada cuarto de hora reciben; y sea que no alcancen el remedio para destruirlo, sea que su conciencia se niegue á emplearlo, es lo cierto que las pobres siguen hasta la muerte en esta especie de limbo. Otras, por el contrario, viven en una hostilidad perpétua, ó prevencion, al ménos, contra todo el mundo, hija de su desconfianza ingénita, siendo igualmente víctimas de su propio carácter, que ahoga en ellas todo impulso hidalgo, toda expresion de los más nobles sentimientos. Excusado parece añadir que Gonzalez pertenecia á las primeras, y á las segundas su esposa, la Sra. Doña María Salomé.

No se crea, sin embargo, que Gonzalez se entregase así, como un simplon, á todo advenedizo que pretendiera explotarle; pero poseia el defecto de echárselas *de persona*, esto es, queria que se le tuviese en más de lo que real y verdaderamente era; y para satisfacer este pueril orgullo, convertíase á menudo en heraldo, cuando no en lacayo, de aquellos en quienes admiraba una superioridad, á sus ojos legítima, bajo cualquier concepto; satélite opaco, que creia brillar con la luz de los planetas, al rededor de los cuales verificaba sus ambiciosas evoluciones.

Pocos habrá de mis lectores, ó ninguno, que no hayan conocido algun tipo análogo; algun hombre que, si mendiga y cultiva el trato de poetas y escritores, detiene al infeliz amigo que encuentra al paso, para decirle: «Ayer comí con el duque de Rivas; Campoamor me ha regalado esta petaca; Hartzenbusch se

empeña en leerme el último drama que ha escrito, y que absolutamente nadie conoce hasta ahora.» Si su manía se refiere á militares, el plan de campaña de la guerra de África, por ejemplo, se lo confió á él O'Donnell, almorzando los dos solitos en el Ministerio de la Guerra; porque, como el duque de Tetuan le quiere tanto; ya ven ustedes! Si le da por hombres políticos, Rios Rosas, Olózaga y Pacheco, dice, lo mismo es atisbarle, aunque sea de léjos, corren á darle la mano, manifestándole presurosos la grande inquietud en que han vivido por la desgracia de no haberle visto en dos dias.

Habiendo sabido casualmente el proyectado viaje de Fuerte-Encina á la córte, no fué menester más para que Gonzalez, sin otro motivo, le escribiese, brindándole con su *choza*, aunque reducida, y sobre todo, con su buena voluntad, ilimitada seguramente; advirtiendo que sus relaciones con el Marqués, á pesar de tutearse entrambos, consistian en media docena de palabras que Gonzalez cambió con él, pasando en cierta ocasion por Valladolid.

Así que el Marqués recibió la carta de Gonzalez, contestóle aceptando la invitacion, y éste comunicó la fausta nueva á sus amigos, parientes y testamentarios.

Doña Salomé decia, á propósito de esto, que su marido tenía ya *enmarquesado* á todo el género humano.

En los dias sucesivos á la llegada de Fuerte-Encina, siguieron, el ama de casa refunfuñando sin cesar y haciendo los más horribles pronósticos; el primo co-

miendo como si tuviera hambre atrasada, y dándose por bien servido; y el pobre Gonzalez echándose cuentas gálanas, y luciendo su gallarda persona al lado de su pariente, á quien no dejaba á sol ni á sombra.

Fuerte-Encina habia venido á Madrid para hacer algunas contratas con el Gobierno, interesándole con especialidad dos que radicaban en el Ministerio de Hacienda. Precisamente en este Ministerio tenía Gonzalez una solicitud, de cuya resolucion favorable casi estaba seguro, y que debia presentarse al jefe en uno de los primeros despachos. Viendo las buenas relaciones de su primo en Hacienda, determinóse á enterarle del asunto y aprovecharse de ellas, sirviendo esto, en cierto modo, de compensacion á los crecidos gastos que el hospedaje del Marqués le ocasionaba.

—Primo,—le dijo,—quisiera pedirte un favor.

— Si de mí depende el hacértelo, cuéntale ya por recibido.

— Tengo en Hacienda una solicitud perfectamente documentada, cuento con el oficial del negociado, me han prometido tambien hablar al director, y si algun amigo del ministro pudiera influir... por ejemplo, si tú...

— Basta, Gonzalez; comprendo, comprendo; le hablaré; dame una minuta de tus servicios ó méritos y de lo que quieres, para entregársela hoy mismo, sin perjuicio de acercarme tambien al director y al oficial.

— Te lo agradeceré en el alma.

—Y si eso no se logra, que lo dificulto, y te conviene establecerte en Extremadura, donde poseo várias fincas, serás allí mi administrador y vivirás como un príncipe. A propósito, aunque nada me dices ni me indicas, supongo que no estarás muy allá de intereses, y mucho ménos...

—No hablemos de eso,—interrumpió Gonzalez;—tú no estorbas en mi casa.

—Lo sé, Gonzalez, lo sé; pero si mi permanencia aquí se dilata, como es muy probable, sentiria seros gravoso, y que por una timidez mal entendida tuvieseis que hacer sacrificios superiores á vuestras fuerzas. Con que, mira, primo, no seas niño, y toma estos...

El Marqués le alargaba, al pronunciar las últimas palabras, un bolsillo, que debia estar lleno de oro, á juzgar por el sonido que las monedas hicieron.

—Dale, bola!—exclamó Gonzalez, verdaderamente disgustado.—Te repito que me ofendes, empeñándote en que reciba dinero de tus manos.

—Pues señor!—dijo el Marqués, guardándose el bolsillo.—Cada loco con su tema; no porfio.

Salió de casa Fuerte-Encina, y al punto fué Gonzalez á dar cuenta á D.ª Salomé de la conversacion que antecede, con todos sus pelos y señales.

—Ahora verás,—la decia con un tonillo zumbon, que no servia más que para aumentar la ira y la incredulidad de su mujer;—ahora verás si tu marido sabe dónde le aprieta el zapato, y si arroja al aire su dine-

ro. Hija mia, dice un refran *que el que no siembra no coge.*

—Sabes la segunda parte de ese refran?

—No la recuerdo.

—Yo te la recordaré: dice que *el que siembra beneficios, recoge ingratitudes.*

—Ese es el código de los egoistas.

—Y el tuyo el de los tontos.

IV.

Doña Salomé habia recibido al *primísimo* de su esposo tan á la fuerza, que pedia fervorosamente á Dios se sirviese llevárselo cuanto ántes, no á su santo seno, aunque es lo mejor que cada cual debe desear hasta para sí propio, sino á Valladolid ó á Pekin; pero una vez obligada á sufrirle, no por lo dicho dejaba la buena de la señora de cuidarle con igual esmero que á la persona de su mayor estimacion y respeto.

Una cumplida colcha de seda rameada, con magníficos flecos de bellotas y madroños de pasamanería, heredada de sus abuelos, y que sólo en el solemne acontecimiento de su boda habia salido á relucir unas cuantas veces, permaneciendo desde entónces en un armario, cubria la cama del Marqués; y un juego de café de china, contemporáneo de la célebre colcha, y encerrado igualmente bajo cuatro llaves, brillaba aho-

ra encima de la consola de la sala, estando así más á mano, por si la ocasion lo requeria, y sirviendo al mismo tiempo de adorno, aunque un poquillo anticuado y *cursi*.

Un dia, dirigiendo el arreglo de la cama, operacion que, como todas las domésticas, éra para D.ª Salomé, desde la venida de su primo, negocio de suma importancia, por poco no le da un insulto á la pobre señora, al descubrir tres agujeros nada ménos, del tamaño de tres napoleones, en aquella especie de curiosidad arqueológica.

—Qué es esto, Leonarda? Qué es esto? pregunta á la fámula.

– Señora, no sé.

—Cómo que no sabe usted? Aquí ha andado usted con fuego.

— Señora, por esta cruz bendita,— responde Leonarda, formando una con el pulgar y el índice de la mano derecha ,—le juro á usté que no; y aquí me parta un rayo, si no digo la verdad. Ah! ya caigo!...— añade;—es que el Sr. Marqués fuma todas las noches y todas las mañanas; habrá saltado alguna chispa... y *velay* usté!

Doña Salomé calla, pero en seguida sale á regañar con Gonzalez. No bajarán de cuatro los sermones que le echa todos los dias.

—Esto pasa ya de castaño oscuro!—dice á su marido.—Ya no hay aguante ! ¡ Es mucha falta de consideracion ! Ese hombre por fuerza tiene el demonio en el

cuerpo, y si no se larga pronto con viento fresco, nos va á dejar por puertas.

—Qué ocurre, Salomé?

—Qué ha de ocurrir? Que nos ha estropeado la colcha de seda.

—Eso es para que escarmientes, para que no seas tan *guardiña*. ¿De qué te ha servido tenerla en el armario, como oro en paño? Si la hubiésemos usado, ahora sería menor tu sentimiento.

—Mi sentimiento?... Qué disparate! ¡Como es tan desprendido el Sr. Marqués! —observa D.ª Salomé sarcásticamente.—¡Verás qué colcha tan rica nos regala!

—Ya se ve que es desprendido! No há muchos dias me ofreció dinero.

—Ah! *te ofreció!...*

—Sí, señora, *me ofreció*, metiéndome un bolsillo por los ojos.

—Bien; y qué le respondiste? Admitirias, por supuesto, el...

—Qué le habia de responder? Que me ofenderia insistiendo en sus ofertas.

—Vamos! A esta criatura le falta algun sentido!

—No conoces el mundo, Mariquita: si yo hubiera empezado á contar lástimas al primo, se hubiera ido con la música á otra parte. Yo, que entiendo la aguja de marear, sigo el sistema contrario; y el primo vivirá en la idea de que, si bien no podemos rivalizar con él, lo pasamos al ménos con cierto desahogo.

—¡Sin haber sido siquiera para comprar al niño un juguete, unos dulces! Y á propósito del niño... ¿Sabes que el dia ménos pensado, como le vea que me le tira por la punta de la nariz, le espeto una fresca? Eso, y el pisar al perro *á posta*, son cosas que me revientan.

—¿Qué tiene de particular que tire al chico por la punta de la nariz? Le romperá alguna costilla!

—No le romperá ninguna costilla, pero le hace daño; sino que el angelito de Dios no se atreve á quejarse.

En este mismo dia, tomando el Marqués su té correspondiente despues de comer, cayósele la taza, que pertenecia al consabido juego y que se hizo trescientos añicos. Doña Salomé estaba aturdida, y tan sofocada, que se la podia ahogar con un cabello. Tan pronto miraba al primo, sonriéndose sin pensarlo, tan pronto clavaba sus ojos, como dos puñales, en los del satisfecho Gonzalez, que, por supuesto, para no faltar á su constante optimismo, exclamó al punto, soltando una carcajada: — «Tal dia hizo un año!» —Sin embargo, no era el caso para risas; la dichosa taza habia caido, sin perderse gota, sobre su mano derecha, rociándola de té hirviendo, que levantó al punto en ella una polvareda de mil diantres.

Doña Salomé murmuraba para sus adentros: —¡Está visto, se ha propuesto arruinarnos y acabar con nosotros!

V.

El dia señalado para el despacho del expediente de Gonzalez en el Ministerio de Hacienda llegó, por fin, y con él las esperanzas del pretendiente se convirtieron casi en realidades satisfactorias. El oficial del negociado, sabiendo el parentesco de Gonzalez con el marqués de Fuerte-Encina, por habérselo oido repetir al primero unas quinientas veces, y las relaciones del segundo con el Ministro, recibió siempre, hasta entónces, á Gonzalez con las muestras de la amabilidad más exquisita, asegurándole que podia contar con el nombramiento como si lo tuviese en la mano. Con decir que hasta la misma D.ª Salomé, no obstante su desconfianza invencible, parecia inclinada á dar crédito en esta ocasion á las palabras de su consorte, dicho se está lo mucho que trabajaria éste para inculcar en su mujer la idea de la influencia del primo que, como una calamidad, les habia llovido de Castilla la Vieja. La solicitud de Gonzalez habia tenido que correr los mil y un trámites que la rutina oficinesca ha establecido para la resolucion del negocio más sencillo: el director del ramo, de conformidad con el oficial del negociado, proponia un acuerdo favorable, y sólo faltaba la firma del jefe.

—Oye, Mariquita,—decia Gonzalez á su mujer, poco ántes de salir de casa para dirigirse al Ministerio de Hacienda;—puesto que mi colocacion es ya *de ene*, estamos en el caso de celebrar el suceso de modo que

conozca mi primo que no somos ingratos á los muchos beneficios que nos dispensa.

—Oh, sí, muchos, muchos! Nos está comiendo por un pié, y abusando de nuestra hospitalidad hasta un punto que ya es intolerable. ¡Hombre, por Dios, no seas así! ¿No es más prudente esperar á que te entreguen el nombramiento, y luégo...

—¡Qué luégo ni qué ocho cuartos, si hoy mismo, dentro de nada, me lo entregarán! Si tú no quieres dar una vuelta por la cocina para que todo esté á tiempo y bien, mandarémos á la fonda por unos cuantos cubiertos de cuarenta reales siquiera...

—No, no; lo harémos en casa.

—Corriente; esmérate por Dios, Mariquita. ¿No te decia yo que la fortuna se nos habia entrado por la puerta de casa el dia en que vine con el primo?

—Al freir será el reir, Gonzalez.

—Francamente, me disgusta que seas tan incrédula.

—Yo á los resultados me atengo; hasta ahora tu primísimo no ha hecho más que darnos molestias y ocasionarnos gastos, que nos empeñarán hasta los ojos.

—En fin, pronto verémos quién tiene razon.

Gonzalez se vistió y perfiló con esmero inusitado; echóse fuera de casa, entró en una peluquería, donde le rizaron á hierro y fuego la cabeza hasta dejarle hecho un perro de aguas; y á eso de las tres de la tarde subia la espaciosa escalera principal del Ministerio de Hacienda, calzándose un par de guantes que sólo salian

del baul cuando repicaban gordo, y cuya blancura primitiva iba trasformándose en el mate amarillento que adquieren las telas y prendas de color muy claro en la violenta reclusion que les imponen las personas económicas. El traje que le cubria estaba raido; el uso le habia despojado poco á poco, pelo á pelo, de su antiguo esplendor, ostentando, en fin, todo él la limpieza especial que revela al cesante ó al pretendiente pobre. Sin embargo, era tal la expresion de contento de su rostro, que cualquiera que hubiese pasado entónces junto á él, hubiese dicho para sí: «Hé ahí un hombre feliz.»

Entró en el despacho del oficial con la llaneza y el desparpajo de un antiguo conocido, y en vez de dar á éste, como otras veces, los buenos dias segun las fórmulas usuales, tomóse una franqueza, para la cual se creia suficientemente autorizado, en vista de la amabilidad y el cariño de que aquel le habia dado mil pruebas.

—Vengo,— le dijo, alargando una mano, — por mi credencial. ¡Gracias á Dios, que han sacado ustedes un ánima del purgatorio!

El oficial le echó una mirada singular, una mirada que para el que conoce el lenguaje de los ojos, decia clara y terminantemente:

—¡Ese hombre está en babia!

Sorprendido González de frialdad tamaña, y dando siempre en su imaginacion proporciones colosales á la influencia del Marqués, debió responder para su gaban á aquella mirada con esta amenaza:

—¡Cuidado conmigo; porque, como se lo cuente á mi primo!...

Obligado, no obstante, á bajar de las regiones imaginarias al mundo de las realidades prosaicas, dijo al oficial:

—Se despachó ya eso?...

—Y... qué es eso?

—Hombre, aquello... el...

—Ah!

—El asuntito!...

—Sí, sí, estoy!

—Favorablemente, por supuesto!

—Diré á usted...

—Qué!

—El jefe ha puesto un VISTO.

—Ah! pues si ha visto la solicitud, estamos al otro lado de la calle.

—Vamos, ¿usted ignora lo que en el lenguaje de las oficinas quiere decir VISTO?

—A ver, explíquese usted...

—Pues, hijo, quiere decir, en resumidas cuentas, que ha sido negada la solicitud de usted.

—Cómo!...—exclamó Gonzalez, arqueando las cejas, con un palmo de boca, y cayéndosele el alma á los piés.—No puede ser!

—Y tanto que puede ser! mire usted.

El oficial le enseñó el expediente, y despues de varios dictámenes, la terrible palabra VISTO, de puño y letra del jefe de la Hacienda española.

Quedóse nuestro Gonzalez como quien ve visiones, y apénas pudo articular las siguientes entrecortadas frases:

—Pero, señor, ¿cómo ha sido el... Aquí, por fuerza hay alguna... ó algun... ó alguna... ¿comprende usted?... En fin... ¡En cuanto mi primo, el marqués de Fuerte-Encina, lo sepa, deshará la equivocacion, porque no puede ménos de haber habido una equivocacion, una...

—Contento está S. E. con su primo de usted!

—Ya lo creo, como que son uña y...

—Su primo de usted ha dado, hace cosa de hora y media, lugar á un escándalo inaudito; creo que ha dirigido al Ministro frases inconvenientes; que ha habido voces, amenazas... En una palabra, su primo de usted debe á la bondad de S. E. el haber salido libre de aquí, y no entre soldados. Con que, ya sabe usted, para su gobierno, lo que puede esperar de su primo: sin su mediacion, para usted hubiera sido sin duda la plaza; pero, amigo, todo lo ha echado á perder con su reyerta.

—Ahora lo comprendo todo! pensaba, completamente desanimado, Gonzalez, bajando poco despues, taciturno y mohino, la misma escalera por donde ántes se le vió subir ágil, intrépido y gozoso, como quien va á cosa hecha.

VI.

Al entrar en su domicilio, vió Gonzalez pintada la alarma en todas las fisonomías. La primera voz que oyó fué la de su mujer, que le habia abierto la puerta, haciendo por lo bajo, con los gestos más expresivos, dolorosas exclamaciones:

—Jesus! Jesus!

—Qué sucede mujer?

—Lo que sucede es, que el diablo anda suelto en esta casa desde la mala hora en que ese hombre puso los piés en ella.

—Eso no es contestar; eso es irse por los cerros de Ubeda.

—Qué he de decirte yo, que tú no sepas? ¿No has ido al Ministerio de Hacienda?

—Sí.

—No te han contado...

—Sí.

—Pues bien; de resultas del disgusto, le ha dado á tu primo un insulto, un ataque cerebral, que por un tris no se nos ha ido al otro mundo.

—Habréis avisado al médico?

—La muchacha le encontró casualmente en la calle, al salir en busca suya.

—Y qué?

—El facultativo dispuso que se sangrase de los dos brazos al enfermo.

—Ha vuelto en sí?

—No sé qué te diga: de cuando en cuando tartamudea algunas palabras, y oye y conoce perfectamente; pero á lo mejor parece que le atan la lengua, se queda más sordo que una tapia, le dan convulsiones, y pone los ojos en blanco lo mismo que un muerto. Yo estoy que no me llega la camisa al cuerpo.

—Si soy el hombre más desgraciado del universo!

—Hoy, que pensábamos pasar tan buen dia! Lo ves? La comida quedará estrellada... ¡Nos está bien empleado! Y si por fin lo del destino!... qué hay del destino?

—Todo se lo ha llevado la trampa!

—No afirmabas que era tan seguro? ¡Ya me lo temia yo! Siempre son así tus seguridades!

—Sí, señora, estaba seguro; no me vuelvo atras de lo dicho; pero la cuestion del primo nos ha fastidiado.

—Unas veces los primos, y otras los sobrinos, el caso es que...

—Paciencia, Mariquita, paciencia! En cuanto el primo se ponga bueno y sepa lo que hemos hecho por él, ya verás.

—Aun no escarmientas? Volverémos á las andadas? Mira, lo primerito que debes hacer, así que se levante de la cama, es confesarle nuestra penuria, y si entiende la indirecta y quiere irse, bendito de Dios vaya, y que le aproveche su marquesado.

Fuerte-Encina permaneció en la cama dos semanas,

y otras dos duró su convalecencia; con cuyo motivo, excusado parece manifestar que el casi exhausto bolsillo del infeliz pretendiente sufrió ataques no ménos terribles que los nerviosos que habian acometido al Marqués. Gonzalez, como no empeñase su propio individuo, nada tenía ya que empeñar. Para fin de fiesta, el Marqués, á consecuencia de su enfermedad, quedó tan flaco de memoria, que muchas veces parecia, cuando hablaba, estar jugando á los despropósitos. Doña Salomé juraba que la tal pérdida de memoria era una indigna farsa, una picardía del primo, un pretexto inventado para seguir abusando de ellos, y excusarse de agradecer las recibidas mercedes. Defendíale Gonzalez calorosamente, no pudiendo concebir, en su innata buena fe, que la ingratitud llegase á tal extremo. Verdaderamente el forastero estaba un poco desmemoriado, y hay que hacerle la justicia de creer que, á no estarlo, muy léjos de no reconocerse agradecido, hubiera dado una grata sorpresa á su prima, segun habia proyectado ántes de la enfermedad, con un soberbio regalo, compuesto de alhajas y telas, sin olvidar al niño; porque el Marqués era, ó tenía nombre en media Castilla la Vieja de derrochador, cuanto más de generoso. Así, y sólo así se comprende que una tarde llamase con mucho misterio á Gonzalez, y le dijese, con semblante lleno de regocijo:

—Oye, de los cuatro mil y pico de reales que te dí anoche, puedes pagar médico, botica y demas gastos de mi enfermedad. No olvides á la muchacha; dile á

Maruja que cuando salga á tiendas le compre un vestido y un pañuelo, por las muchas malas noches que ha velado junto á mi cama.

—Quien se ha quedado he sido yo, alternando con Mariquita, — respondió Gonzalez.—Y respecto de los cuatro mil reales y pico de que hablas, padeces una pequeña distraccion, primo.

—Cómo qué? exclamó con grande asombro el Marqués.

—Como que no me los has dado.

—Bah! bah! bah! Lo conozco; no te atreves á decirme que los has gastado, y... Está bien, Gonzalez, está bien; con darte más, hemos concluido. Mira,— añadió, volviéndose en la cama para dormir,—dejadme descansar un ratito; el sueño me ronda, y no es cosa de desairarlo; no siendo para comer, no hay que llamarme... entiendes?

A los quince dias de este breve diálogo, sin haber recobrado completamente la memoria, despues de abrazar con tiernísima efusion á Gonzalez y á D.ª Salomé, y de tirar á su sobrinito por la punta de la nariz, nuestro amable Fuerte-Encina caminaba en diligencia, deseando llegar á su casa cuanto ántes, porque le habian aconsejado los aires nativos como el medio más eficaz para combatir la afeccion nerviosa contraida en la córte.

En la misma noche de su partida repasaba Doña Salomé, con incomparable abatimiento, los estragos causados por el ilustre pariente, que habia caido sobre

su miseria como el granizo sobre el sembrado de u pobre labrador.

—¡Hemos hecho un pan como unas hostias!—d cia.—Y lo más chistoso del caso es, que él cree que ha portado espléndidamente con nosotros!

—Eso es lo que más me quema, respondió Go zalez.

—A no ser que te haya dado los cuatro mil reale Pero, como tú nada me has dicho!

—Quieres callarte, Mariquita? Confieso que he si un majadero, confieso que... ¡Pero, señor, un homb tan generoso como él!

—Pues, hijo, á pocas generosidades por el estilo t nemos que pedir limosna.

—Ya se ve! ¡Ha dado tambien la casualidad quedarse sin memoria! Y en qué ocasion! ¡Cuando m esperaba yo de él! Cuando mis apuros son mayore Vamos, si hay para pegarse un tiro.

—Si nos hubiese de pagar el reloj de sobreme roto, mi colchita de mi alma, agujereada, los gast de enfermedad, de facultativo, coche, teatro, lava dera, planchadora, peluquero, manutencion y dema ya necesitaria cuartos!

—Sabes lo que estaba pensando, Mariquita?—e clamó de repente Gonzalez.—¿Qué apostamos á q quiere embromarnos, á qué nos sorprende con algu cosa extraordinaria? No adelantemos discursos; la ca ta en que nos participe su llegada á Valladolid, n proporcionará infaliblemente un alegron. Mira, pu

no le hacia yo de carácter bromista! En esto me he llevado un solemne chasco.

La carta llegó; todos la esperaban, para todos era uno de esos acontecimientos que forman época en los anales domésticos: D.ª Salomé la esperaba como un desengaño más que añadir al catálogo de los que le proporcionaba la inocencia de su marido; Gonzalez, como el amuleto, como la varita mágica, á cuyo contacto iban á brotar raudales de oro hasta de los ladrillos de su gabinete; la criada, porque el amo la habia hecho acariciar la idea de que si, por un olvido, no la dió ni las gracias el Marqués al partir, no dejaria en su primera carta de subsanar la falta; y el niño se contaba ya armado con cartuchera, chacó, sable, escopeta; en una palabra, con todo un equipo militar de lo mejorcito que hubiera en los almacenes de *La estrella del Norte*.

Decia la carta:

«Mi querido primo: Llegué á ésta, sin otra novedad »que el frio consiguiente á una repentina y considera»ble baja de temperatura, que sentí más por haber »dejado en tu casa el gaban que siempre me acompaña »en mis viajes, y que me remitirás cuando bien te »venga.

»Desde el momento de mi llegada principié á expe»rimentar alivio en la cabeza; el médico atribuye mi »mal principalmente á debilidad. Acostumbrado yo »aquí á un régimen mucho más alimenticio que en ésa,

»naturalmente habia de extrañar la diferencia; pero yo, »conociendo vuestra posicion, no me atreví á abusar »de ella, y mucho ménos al ver tu empeño en no acep-»tar dinero mio; pues los cuatro mil y pico reales que »te dí, nunca los he considerado más que como lo pu-»ramente indispensable para comprar unas frioleras á »Maruja, al niño y á la muchacha. Si me determino á »volver á ésa para la primavera, pues que tanto gusto »teneis en obsequiarme, ya lo arreglaré todo á mi ma-»nera, y tú no tendrás más remedio que aguantarte, ó »perderémos las amistades.

»Sin más por hoy, abrazos á Maruja, un tironcito »por la punta de la nariz al niño, y manda con fran-»queza á tu primo, que sabes te distingue con su »afecto.

»FUERTE-ENCINA.»

—Sabes lo que digo?—exclamó D.ª Salomé, haciendo pedazos la carta del Marqués.—Ese hombre ha perdido el seso, ese hombre se ha vuelto imbécil ó loco. Mándale á paseo, Gonzalez. Pues ¿no se atreve á indicar que apénas le dábamos de comer?

—Mujer, ¿tú has visto el gaban de que habla en su carta?

—Qué gaban ni que niño muerto! Como tú los cuatro mil reales! Qué falta de memoria tan singular la suya! Por lo visto, solamente la ha perdido en perjuicio ajeno. Acabarás, por fin, de abrir los ojos, Gonzalez?

—Creo que sí, creo que esta leccion me aprovechará más que las recibidas hasta hoy.

—Dios lo quiera!

—¡Y quiera Dios que no vuelvan pulgas semejantes á martirizar al perro flaco, y á chuparle la poca sangre que le queda; pues, al ménos en mí, no ha mentido el refran que dice: *Perro flaco todo es pulgas!*

FIN.

EL BESO DE JÚDAS.

Dedica este proverbio á la Sra. D.ª Carolina Coronado,

su apasionado amigo y admirador,

AGUILERA.

EL BESO DE JÚDAS.

I.

No muy léjos de la ciudad de Búrgos levantaba su mohosa veleta, en figura de gallo, la torre de una iglesia humilde, que no, por serlo, era ménos digna de ser habitada por Dios; ántes al contrario, pues para el sublime Autor de cuanto vemos, los más suntuosos palacios son pequeña cosa (como obra, al cabo, de las manos de los hombres) si se comparan con la más débil flor de los prados, con el más miserable insecto de los aires. Dios ama tanto la humildad, que revistió con su inmaculado manto la forma humana y perfecta de Jesucristo, tipo de la humildad y de la mansedumbre.

Hallábase la iglesia en el centro de una plazoleta, rodeada de frondosos álamos, entre los cuales, algunos toscos asientos de piedra convidaban á tomar descanso, ya al anciano cura, que por allí solia pasearse á la caida de la tarde, ya á las viejas lugareñas, que por la

mañana salian de sus casas con la rueca ó la aguja de hacer calceta, buscando el sol, si era invierno, ó la sombra de los árboles, si verano; ya, en fin, á los niños colorados, risueños y robustos, como se usan en las aldeas, que en aquel espacioso paraje retozaban, chillaban, corrian y se revolcaban á sus anchuras, sin que la avinagrada voz de un ayo regañon interrumpiera sus inocentes juegos.

A unas doscientas varas del pueblo pasaba un rio, regando una deliciosa vega, sombreada por altos árboles y enmarañados zarzales.

Á la espalda de la vega la naturaleza ofrecia un aspecto más salvaje, si hemos de llamar *salvaje* á todo lo que se aparta de nuestra ruin simetría arquitectónica, de nuestros mezquinos jardines, de nuestras angostas viviendas de cinco pisos, embutidas en las calles como otros tantos cajones de cómodas, las cuales nos ponen en inmediata comunicacion con el sistema planetario. La moderna arquitectura ha adivinado el destino alto é inmortal del alma, y querido ahorrarla parte del camino para cuando le llegue la hora de abandonar el cuerpo, haciendo subir á éste cada dia y á cada paso sesenta, ochenta, ciento y más peldaños.

Una montaña, cuya altura no podia medir la vista, levantaba sus pardas crestas no á mucha distancia, como he dicho, de la vega. Desde lo más eminente de sus cumbres precipitábanse al valle por las quebradas de las rocas; donde crecian el pino solitario y la

encina de siglos, sonoras cascadas. A veces el oido atento percibia en aquellos lugares un rumor sordo y subterráneo, parecido al del viento cuando sacude los árboles de un bosque, ó al que producen las llamas de un gran incendio. Un horizonte sereno completaba dignamente esta decoracion magnífica, distinguiéndose hácia el ocaso, ántes de la venida de la noche, inmensos pabellones de color de escarlata, de esmeralda y de rosa. Dios, pintor de los pintores, habia encendido aquel cielo con su soplo.

El ambiente que allí se respiraba era puro, y en él sacudian sus alas los ruiseñores, las palomas y las tórtolas, poblando el aire de gorjeos y de arrullos.

Muchas veces, cuando los tibios rayos de la luna blanqueaban las copas de los árboles, esparciendo una dudosa claridad por toda la extension de los campos, oíanse á lo léjos el melancólico sonido de una flauta pastoril, el valido de una oveja descarriada y el susurro del viento, llevando en sus alas otros mil ecos tristes, vagos, desconocidos. ¡ Hay en los solemnes acentos de la naturaleza tanta armonía, tanto sentimiento, tanta dulzura! Las almas enfermas, los corazones apasionados experimentan, sometidos á su influencia, un consuelo indefinible.

Hallábase situado el pueblecito en medio de una llanura, ó mejor dicho, en medio de una pradera, que se extendia como un gran manto de terciopelo verde, bordado de amapolas, campanillas, malvas y otras flores silvestres. Las casas, esparcidas sin órden acá

y allá, eran de pizarra y arcilla, y sus techos de troncos de árboles y de paja de centeno. Eran pobres, pero en cambio reinaban en ellas la paz, la franqueza y el contento.

Hace treinta años que, poco ménos, poco más, á la misma hora, que era, por cierto, la de las nueve de la noche, dieron á luz dos hermosos niños la señora Josefa y D.ª Juana, mujer la primera de un honrado labrador, y la segunda del cirujano del lugar; cirujano *romancista*, que nada tenía de honrado, ni le faltaba pelo para ser todo un mal sacerdote de Esculapio. Llevaba éste en el ejercicio de su profesion á tal extremo el principio (que para los enfermos solia ser fin) de *contraria contrariis curantur*, único que pudo retener de todos los que habia visto escritos en la lengua del Lacio, que en más de una ocasion su ceguedad le expuso á la mofa de los palurdos. No era ya ceguedad, ni empeño, ni obcecacion; era más bien una manía, que se habia apoderado de su mollera de granito. Contábase en el pueblo (y cuento sería) que una vez le llamó una desdichada madre, á quien, de resultas de la pérdida de uno de sus dos hijos únicos, muerto en la flor de su vida, se le habia exaltado de tal manera la sensibilidad, que casi á todas horas estaba llorando. Pidióle consejo, y él no vaciló un momento en darle el que más en armonía se hallaba con su sistema: aconsejó, pues, como sistemático furibundo, á la desolada madre que comprase unas castañuelas y bailase todos los dias seis veces por lo ménos. Á ser partidario del *si-*

milia similibus, le hubiera aconsejado que arrojase á un pozo el hijo que le restaba.

La amistad habia unido desde mucho tiempo atras á las familias de la *señá* Pepa y de D.ª Juana, y ya que por la igualdad de sexo de los niños no fuese posible que se estrechase más este lazo con el vínculo del parentesco, mediante la bendicion nupcial, cuando fuesen grandecitos, consiguieron que desde sus primeros abriles fuesen Manuel y Roman tan íntimos como Cástor y Pólux, como los gemelos de Siam, como la raíz de una planta lo es de la tierra. En el mismo dia y hora nacieron, y juntos crecieron; cuando el uno se ponia triste, faltábale al otro su buen humor; si Manuel estaba alegre, Roman risueño y contento. Repartíanse mutuamente la merienda, colocábanse en la escuela codo con codo, los vestidos que estrenaban eran generalmente iguales; por último, imposible parecia que con ellos no se hubiese extinguido hasta el recuerdo de Cain, el primer fratricida.

Una cosa, sin embargo, les distinguia lo bastante para formar acerca del carácter de cada uno de ellos cálculos probables para el porvenir.

En Manuel Flores resplandecia la modestia; en Roman Peña la vanidad. El primero era hijo de la *señá* Pepa; el segundo de D.ª Juana. Estudiando detenidamente las cualidades morales é intelectuales de estos dos niños, apénas el observador hubiera podido descubrir más diferencias que las mencionadas. Un solo rasgo bastará para comprender en toda su exten-

sion los caractéres de Manuel y Roman. Antes debo advertir que la estatura de los dos era exactamente la misma.

Jugaban una tarde en la puerta de un su vecino, junto á cuyo dintel, á la izquierda, habia un poyo de piedra de media vara de elevacion. Era domingo, y segun la costumbre de muchas aldeas, varios habitantes del pueblecito estaban delante de sus casas formando corros, de los cuales en unos se hablaba de las faenas del campo, jugábase en otros á los naipes, y en algunos, donde la juventud era mayoría, se bailaba al són de panderetas y guitarras. En uno de estos corros se hallaban el labrador Flores y el cirujano Peña.

Entreteníanse sus hijos Manuel y Roman en medirse la estatura; y viendo el segundo que la suya en nada aventajaba á la de su amigo, cosa que heria un poco su vanidad pueril, quedóse un momento cabizbajo y triste, hasta que, inspirado por una idea repentina, se colocó de un salto encima del poyo, exclamando con desdeñosa alegría y dirigiéndose á Manuel:

—Yo soy más alto que tú.

—No, señor, eso no vale; déjame á mí subir, y verás cómo somos iguales, respondió Manuel.

—No quiero, repuso Roman.

—Bien,— replicó Manuel;— pues espera un poco. En efecto, á los cinco minutos ya estaba de vuelta Manuel Flores, arrastrando con sumo trabajo una silla colosal, seguramente la más alta de todo el pueblo.

Púsola junto al poyo, y encaramándose sobre ella, dijo á Roman Peña:

—Roman, yo soy más alto que tú.

El cirujano, que habia oido la disputa, y celebrado anteriormente el sutil ingenio de su hijo, hizo en esta ocasion un gesto de disgusto. El labrador permaneció impasible. El venerable párroco de la aldea se acercó á Roman, que lloraba á lágrima viva, y pasándole suavemente la mano por la cabeza, como si le acariciase, le dijo:

—Vamos, niño, tranquilízate, y reflexiona que el puesto en que la fortuna, el poder ó la casualidad colocan á los hombres, no hace variar en lo más mínimo su estatura material; en cuanto á la moral, sus acciones buenas ó malas son las que han de hacerles más altos ó más bajos.

Roman, que no entendia la significacion de tales palabras, se quedó con la boca abierta, enjugóse el llanto con una manga de la chaquetilla, y olvidando por un momento la causa de la disputa entre él y su amigo, tendió á éste la mano con la sinceridad de un niño, y así unidos se fueron á jugar á orillas del rio.

II.

Doce años contaba ya Roman, y unia á su natural viveza un despejo que era el embeleso de su padre el cirujano. El cura del pueblo, D. Angel Bueno, que á

ser ambicioso, hubiera podido ocupar un puesto elevado en la Iglesia, tanto por su sólida instruccion cuanto por sus virtudes, como lo ocupaba en la provincia por su riqueza, riqueza heredada de sus padres y otros parientes, y no mal adquirida, habia manifestado tan cariñoso celo é interes en la educacion de Manuel y Roman, que luégo que éstos se hallaron en estado de comenzar á recibirla más ámplia, les franqueó su abundante y escogida biblioteca, dedicando la mayor parte de las horas que le dejaba libre el desempeño de su sagrado ministerio, á sabrosas pláticas, á lecturas agradables, y al dibujo y la pintura, que tambien les enseñaba.

En las razones de Roman echábanse de ver el ingenio, el sofisma, la sutileza; Manuel discurria con más gravedad, con más seso, con más lógica. El primero podria deslumbrar un instante á los entendimientos vulgares; pero un relámpago pronto desaparece, sin dejar huellas de su paso por el cielo. El segundo mereceria indudablemente la preferencia de los hombres de recto juicio y de verdadero saber.

Estas dos inteligencias en embrion debian con el tiempo desarrollarse, y producir naturalmente, la una dulces y sazonados frutos, la otra duros y amargos.

Si pudiera ingertarse, como los árboles, el entendimiento, sin duda el de Manuel y el de Roman hubieran dado, ejecutando con ellos este procedimiento de la horticultura, una sabrosa capacidad de extraordinario volúmen.

Pero desgraciadamente (valiéndome de una locucion vulgar) el que nace calabaza no muere melon. Dios ha querido que en la grande escala zoológica haya prodigiosa variedad; por eso ha colocado en uno de sus extremos al gusanillo microscópico, y en otro al gusano gigante, como Mahoma, Cárlos V y Napoleon, llamado el *Grande*... por la miseria mundana.

III.

Cierto dia de fiesta estrenó Roman un traje, compuesto de chaqueta de pana azul, chaleco de percal, adornado con ocho botones de vidrio de color de violeta, pantalon de paño pardusco, no muy fino, y zapatos de piel de vaca, muy bastos.

Salió de su casa á las ocho de la mañana con direccion á la iglesia, donde iban á celebrar el santo sacrificio de la misa, y caminaba con el cuello tieso y la frente erguida, sin dignarse corresponder al saludo de la gente que encontraba al paso, sin duda por ir ocupado en examinar su propia personilla, tan galanamente ataviada.

—Miren el vanidoso!—exclamó una tia en tono de zumba;—¡y qué repotente que va, porque lleva tres pingajos colgados de los huesos!

—¡Si dicen que D.ª Juana le cria para archipámpano! repuso otra.

—Señor Roman,—le dijo, acercándose á él, anciano, cuyo aspecto sería capaz de ablandar u piedra;—Señor Roman, ¿me da usted un ochavi por amor de Dios?

Roman Peña, de las cortas cantidades que su pa(acostumbraba darle en semejantes dias, siempre d(tinaba parte para los necesitados, con el objeto de s tisfácer sus vanos instintos, más que con el de ejer una obra de caridad.

Echó, pues, mano al bolsillo, y el pobre alargó u de las suyas. Á la sazon no pasaba nadie por aquel tio; mas á los pocos minutos, avisados por el soni de la campana, que llamaba por última vez á los fiel desembocaron cerca de la plazoleta, que era donde pobre y Roman se hallaban, una porcion de luga ños. El pobre habia dejado caer el brazo por tres ces, cansado de tenerlo en la actitud expresada.

Entónces dió Roman un ochavo al viejo me digo.

El señor cura, que iba tambien presuroso á la ig sia, pero que se habia detenido á observar la esce referida, sospechando la causa del retraso de la acci de Roman, cuyas inclinaciones conocia á fondo, d á éste:

—Oye, hijo mio: en un capítulo del Evangelio s gun S. Mateo se lee:—«Y así, cuando das limos no mandes tocar la trompeta delante de tí, como hipócritas hácen, en las sinagogas y en las calles, p ser honrados de los hombres.»—Y dice ademas:

«Cuando das limosna, no sepa tu izquierda lo que hace tu derecha.»

Despues de pronunciadas estas palabras, D. Ángel se despidió afectuosamente del muchacho con estas otras:

—Adios, Romancíco; hasta luégo.

—Vaya usted con Dios, señor cura, contestó el rapaz, un si es no es ruborizado, y al mismo tiempo arrancándose, no involuntariamente del todo, uno de los ocho botones de vidrio del chaleco.

Cualquiera hubiese dicho, al notar esta circunstancia, insignificante al parecer, que empezaban á incomodarle las oportunas observaciones del excelente pastor de almas.

IV.

Las lecciones del cura no habian sido estériles. Los dos chicos, estimulados por los asiduos é incesantes desvelos de aquel, se dedicaban con aficion al dibujo, á la pintura y á las letras, mereciendo su preferencia las que se conocen con el nombre de bellas.

Tomando chocolate se hallaba D. Ángel á eso de las seis de una hermosa tarde de primavera, cuando oyó detras de sí los pasos de una persona que se acercaba moviendo apénas ruido, como si temiera haber llegado inoportunamente. Volvió el cura la cabeza, y

sus ojos se encontraron con la modesta y candorósa mirada de Manuel Flores, que llevaba un papel en la mano.

—Acércate, Manolito, acércate, dijo al recien venido.

—Buenas tardes, señor cura.

—Buenas te las dé Dios, hijo mio; —¿se te ofrece alguna cosa?

—No quisiera estorbar...

—Vamos, arrima una silla y siéntate á mi lado.

Hízolo así Manuel. Don Ángel metió un bizcocho en la jícara, y sacándolo despues, se lo dió á su discípulo, diciendo:

—Vaya una sopita!

—Mil gracias, señor cura, respondió Flores, admitiendo el obsequio.

—Ahora dime, ¿qué asunto te conduce á estas horas á mi casa?

—He concluido, — respondió Manuel, cuyo semblante se cubrió de pudorosa alegría, — he concluido ya mi primer ensayo, y vengo á presentárselo á usted.

—Ah! bien, muy bien! Excelente muchacho! eso es lo que se llama ser aplicado.

— Con todo, señor cura, no estoy muy satisfecho de mi obra.

—Esa confesion te honra, y seguramente aumentará en algunos quilates el valor que pueda tener tu ensayo. La modestia sistemática degenera á menudo

en necedad, y es muchas veces la máscara del orgullo desmedido; pero cuando es sencilla, natural, espontánea, no calculada, constituye una de las más bellas y raras prendas del hombre.

Concluyó el cura de tomar chocolate, é inmediatamente despues de calarse las gafas, dijo:

—Veamos, pues, tu obra.

Don Ángel deseaba que los dos muchachos empezasen á hacer aplicaciones de los diversos conocimientos adquiridos, y al efecto ordenó, fijándose en la literatura, que escribiese cada cual un cuentecito. Manuel, segun hemos visto, fué el primero que desempeñó su cometido; y no debió desempeñarlo tan mal, teniendo en cuenta sus pocos años, cuando el venerable maestro, miéntras iba leyendo el papel que le entregó su discípulo, ya arqueaba las cejas en señal de agradable sorpresa, murmurando casi imperceptiblemente una frase de aprobacion, ya dirigia al chico una mirada, en la que se descubria su contento, y se enjugaba las lágrimas que acudian á sus ojos.

Terminada la lectura del borrador, y no pudiendo contenerse, levantóse de la silla y dió un abrazo á Flores, exclamando:

—Tú honrarás á tu patria, Manuel; mucho esperaba de tí, pero la realidad ha excedido á mis esperanzas.

Flores tambien lloraba.

—Veo en este primer ensayo, salvo algunos defectos, de que te irás corrigiendo, elevacion de ideas, sencillez en el estilo, cual corresponde al asunto, enlace

natural en los sucesos, y un fin lógico é instructivo. Qué más puede pedírsele á un niño de doce años?

—Oh! pues para otra vez he de hacerlo mejor; me conceptúo con fuerzas para ello.

—Bien, bien. Oye, no te olvides de sacar una copia y traérmela.

—Será usted complacido.

A las dos horas ya la tenía en su poder el señor cura.

A los tres dias pasaba una escena casi igual entre éste y Roman.

La principal diferencia consistia en que en el escrito de Peña los detalles eran el todo, y el pensamiento lo accesorio; el del primero era, comparativamente hablando, una bella dama sencillamente ataviada; el del segundo, una muñeca llena de perifollos y objetos de *bisutería*. Sin embargo, el señor cura quedó tambien bastante satisfecho, y áun asomó una lágrima á sus ojos.

Roman no lloró.

Igual encargo hizo el anciano á Peña que á Flores respecto de la copia; sólo que Roman tardó más tiempo que éste en llevarla.

En cuanto Roman regresó á su casa y contó al cirujano lo ocurrido, padre é hijo salieron á la calle, el uno saltando, y brincando el otro, y no quedó vecino en el pueblo á quien no acometiesen con la lectura del ensayo.

Recorrieron várias casas, y en todas ellas, no bien

entraba el cirujano, repetia, poco más ó ménos, las mismas pálabras, cuyo sentido venía á ser éste:

—¡Oigan, oigan lo que ha sacado de su cabeza mi chico!

—A ver! á ver!

Y leia.

—Qué tal? Esto es un prodigio!

—Sí que está bueno! solian responderle.

—Buenas noches.

—Buenas noches.

Y salian el hijo y el padre, el uno brincando, y saltando el otro.

Ya habian alborotado medio lugar, cuando llegaron á la puerta de una casa, cuyo dueño estaba durmiendo á pierna suelta. La circunstancia de estar cerrada la puerta debió haberles hecho desistir de entrar, y seguir su camino; pero iban decididos á hacer partícipe de su satisfaccion á todo el mundo, y el cirujano comenzó á dar porrazos á la puerta con el nudoso baston de que se habia provisto.

—Quién llama? preguntaron desde adentro, al oir tal estrépito.

—Abra usted.

—Estoy en la cama.

El cirujano volvió á llamar.

—Quién diablos es?

—El cirujano.

—Usted ha equivocado la casa; yo estoy sano y bueno, á Dios gracias.

—Permita Dios...

—¿Que me ponga malo, ó que se muera mi pelon, para que me recete usted unas castañuelas, como á la tia Felipa cuando se le murió su hijo?

—Hombre, abra usted; vengo á leerle un cuento que ha escrito Roman.

—Ah! Con que, un cuento!... pues que vaya á contárselo á su abuela.

—Poca vergüenza! murmuró el cirujano, alejándose de allí con harto dolor de su corazon.

—Qué majadero! respondió el hijo, siguiendo á saltos los pasos de su padre, que iba brincando.

Por espacio de una semana anduvo el cirujano de zeca en meca, repitiendo la misma cancion, sin perdonar ni aún á los pasajeros que de vez en cuando descansaban en el pueblo; no considerando que éstos tendrian más en qué pensar, que en oir el ya famoso parto de Roman Peña.

Oh magníficas prensas de carne y hueso! ¡Cuánto daria por vosotros más de un editor, si os conociese!

V.

Un editor no, pero sí una gitana vieja y andrajosa, que con otros individuos de su raza llegó al pueblo, de paso para la feria que debia celebrarse á los pocos dias en la ciudad cercana, descubrió en el cirujano, á

quien oyó leer el cuento de su hijo Roman, una mina, de la que no le sería difícil sacar alguna plata, ó sea cobre, si plata no. Esta mina era la exhuberante necedad de Peña padre, que consistía en querer que todo el género humano se ocupase con elogio del ensayo de Peña hijo, como de un acontecimiento maravilloso.

La vieja marrullera no tenía más que un diente, metido en su albeolo; solamente un ermitaño habitaba aquella Tebaida mandibular, en la que sólo una gruta habia; un diente, conservado como un recuerdo, como una gloria, como una columna aislada de un templo que fué, porque *templo del amor* llamaron en otro tiempo á la boca de la gitana. Oh! las obras de Dios, destrüidas por los años, por las enfermedades ó por la muerte, nunca vuelven á su belleza primitiva, por más revoques y restauraciones que en ellas se hagan, con perdon sea dicho de todos los fabricantes de mandíbulas.

Los ojos de la gitana, hundidos en sus órbitas, ofrecian más semejanza con los de la víbora que asoma la cabeza por el hueco de una peña, que con los de una mujer; su nariz estaria bien en la cara cobriza de un habitante de Kantchatcka; en su cuello, largo como el de las grullas, y fofo, se marcaban perfectamente de arriba abajo los pliegues de la piel, como otras tantas cuerdas; tenía el tronco encorvado, secas y huesosas las manos, y su voz salia como una especie de gruñido en extremo desagradable.

Este espantajo, pues, debió parecer una Vénus de

Médicis al cirujano, por lo que le dijo y predijo. La desdichada razon humana tiene la costumbre de ver las cosas y los sucesos al reves de como son, cuando halagan sus deseos ó sus miserias. Un redomado pícaro que protege á un hambriento, puede llegar á ser, en concepto de éste, un ángel, con sus correspondientes alas cosidas á la espalda; porque hay más ilusiones en los ojos del espíritu que en los de la cara.

Acercóse la vieja con paso mesurado y grave al acérrimo sectario del *contraria contrariis*, que con Roman habia ido de paseo hasta los árboles á cuya sombra se guarecian los gitanos, y dió principio á su discurso de este modo:

—Sepa usté, señor caballero, que me ha gustado la leyenda. Sobre que el chico no tiene pelo de tonto!

—Favor que usted le dispensa, buena mujer, contestó el cirujano, procurando dar á su acento la dulzura de que carecia.

—Venga usté acá, señorito, venga usté acá.

—Anda, hijo, que te llama la señora.

Roman avanzó un paso hácia la gitana.

—Cómo es tu gracia, niño?

—Roman.

—Romancito Peña, dijo el padre.

—Cuántos años tienes?

—Doce.

—Y es rubito como un sol! Dios le bendiga.

—Es hijo mio...

—Séalo por muchos años.

—Y de su madre D.ª Juana, añadió inútilmente el cirujano; porque ya presumiria la gitana que Roman era hijo de su madre.

Despues, como si de la respuesta que la vieja le diese dependiera la felicidad del cirujano, éste le preguntó con ánsia:

—Sabe usted decir la buenaventura?

—Oh! desde los quince años.

—Querria usted decirme la de Romancito?

—Al momento, si su mercé...

El cirujano entendió la reticencia, y entregó á la vieja seis reales. Entónces se elevaron á lo sublime la fealdad y la vejez de la gitana, inspirada por una especie de vértigo infernal, que comunicaba á sus facciones un aspecto horrible. Sus ojillos brillaron con resplandor siniestro, clavándose en los del pobre Roman, que no pudo ménos de retroceder dos pasos. Horripilábale aquella mirada de serpiente, sintiendo que sus rayos se le infiltraban hasta la médula de los huesos; queria retroceder más, alejarse de allí, pero no podia; deteníale, á pesar suyo, una fuerza de atraccion desconocida. Cualquiera que no fuese el cirujano, porque á éste no se le alcanzaba gran cosa de magnetismo, hubiera dicho que Roman estaba magnetizado, y hubiera dicho mal, sin embargo de extender sus brazos secos la vieja, como si intentase hacer algunas *pasas*. La vieja tampoco sabía magnetizar, y su influencia sobre el chico era la que ejerce siempre un objeto antipático en la imaginacion de las criaturas de poca edad;

así es que, aunque hubiera pronunciado el imperioso *duerme*, Roman no se habria dormido.

Los gitanos, sentados en corro debajo de los árboles, se reian maliciosamente de la pantomima que presenciaban.

Aquella haraposa y hambrienta sibila, cuya cara era una mueca, arrancó una ramilla de álamo y le quitó las hojas, dejando únicamente la vara pelada, con la cual trazó en la tierra arenosa unos cuantos círculos, rectas y triángulos, que el cirujano contemplaba con profunda ansiedad, como si en ellos estuviese escrito el porvenir del muchacho.

Concluida esta operacion, el rostro de la vieja pareció recobrar su serenidad antigua; una leve sonrisa plegó los labios marchitos de la misma, la cual, aproximándose, tomó una de las manos de Roman, examinando detenidamente el cútis, los huesos y las uñas por el dorso; despues repitió el reconocimiento en la palma, y pronunció entre dientes algunas frases en una jerga particular, propia para fascinar á los incautos, pero que se podia traducir fielmente en los términos que siguen:

«¡Bendito sea Dios, que ha criado las aves del aire, los peces del agua y los tontos de la tierra! El que tengo delante desea que le diga la buenaventura de su hijo; buena la quisiera yo para mí, que no para otros. Me ha puesto en la mano seis reales por una mentira, que áun no sabe si le será ó no desagradable; procuremos que sea lo primero, y me dará más monedas.»

En efecto, despues de esta oracion, y sin soltar la mano de Roman, dijo al padre:

—Caballero, este niño dará mucho que hablar en el mundo.

—Oyes, Romancito? La señora dice que darás mucho que hablar en el mundo.

Roman se ruborizó.

—Y diga usted, ¿me podria usted indicar la profesion ú oficio en que ha de distinguirse?

—No alcanza á tanto mi ciencia; pero dedíquese á lo que quiera, es lo cierto que será hombre de provecho.

—Estás?... hombre de provecho.

Roman levantó los ojos.

—Convendria mandarle á Madrid?

—Sí, señor.

—Porque en ese caso, harémos un esfuerzo; iré yo á la ciudad inmediata, pediré cartas de recomendacion, vuelvo, ensillo mi yegua y una burra, y montado yo en la una, y en la otra Roman, nos plantamos en la córte en un periquete. Ah picaruelo!—continuó, dirigiendo la palabra á Roman;—ah picaruelo! se te van á lograr tus deseos.

—Vamos á Madrid, padre?

—Sí, hijo mio, sí.

El chico, sin aguardar más razones, echó á correr, y llegó al pueblo sudando á mares. Lo primero que hizo fué entrar en casa de Manuel, y repetir várias veces en voz alta:

—Voy á Madrid, Manuel, voy á Madrid.

En seguida vió al cura, y le repitió la misma frase, siendo despues sucesivamente comunicada á todos los vecinos la gran noticia.

Su padre, que recompensó con una peseta más á la gitana, tambien regresó á la aldea, y no se verificó que pasase á su lado un hombre ó una mujer, á quien no saludára con estas palabras:

—Roman dará mucho que hablar en el mundo.

—Sea enhorabuena, le contestaba alelado el que recibia la noticia; y el cirujano proseguia imperturbable su camino, ciego de gozo, por cuya causa dió tal empellon á una octogenaria que tropezó al paso, que la hizo caer de bruces en el suelo, diciendo:

—Roman dará mucho que hablar en el mundo.

—Lléveos el diablo,—respondió la vieja, tentándose la frente, miéntras el otro se alejaba,—á Roman y á tí, y á todos tus descendientes hásta la décima generacion.

VI

Es una hermosa noche de Junio: ni una nube empaña el limpio azul del firmamento; la luna llena, rodeada de estrellas, brilla como una sultana favorita en medio de un serrallo. El silencio de la montaña es profundo; pero no triste como el de la naturaleza muerta, como el de los arenales de África, como el de los de-

siertos de los paises polares; es el silencio de la naturaleza, que descansa para despertar con el nuevo sol y saludar á Dios desde el fondo de sus bosques, de sus rios y de sus campos. Siempre en este silencio hay un eco suave, un suspiro tierno y melancólico, un murmullo más ó ménos leve, más ó ménos lejano, que anuncia la vida. Un ave solitaria que cruza el espacio, un arroyo que atraviesa un valle, el aura que mueve apaciblemente las copas de los árboles, esparcen esos blandos rumores, que son el cántico misterioso de la noche.

La montaña proyecta una gran sombra, que cae como un velo de crespon sobre los valles que duermen á sus piés, guardados por moles enormes de granito, colocadas en las cumbres que esconden su frente en el cielo, como otros tantos gigantes centinelas; pero á traves de aquella sombra espesa penetran en partes los rayos de la luna, que dan á las encinas y á los peñascos, de los cuales brotan cristalinas cascadas, una apariencia fantástica y maravillosa.

De trecho en trecho, pero en infinito número, brillan luces en la montaña; estas luces son las de las quintas de recreo, donde la gente bien acomodada de la ciudad vecina viene á pasar una temporada; y por cierto que no tiene de qué arrepentirse. Más de una señorita endeble y enfermiza, que llegó apoyada en el brazo de su hermano ó de su padre, que la veian marchitarse como una rosa abatida por el cierzo, vuelve á su casa, despues de dos ó tres meses, sana y robusta, merced al aire saludable que respira, á la leche de vaca

que en repletos vasos bebe, y al ejercicio que por aquellos vericuetos hace, rivalizando con las cabras en lo trepadora y ligera.

Á veinte pasos del pié de la montaña hay una gruta natural, formada por la union de algunas rocas cubiertas de musgo, y rodean su boca verdes guirnaldas de zarzamoras, enredaderas campesinas y madreselva, entre cuyas hojas menudas se distinguen puntos luminosos. Estas lucecitas, que atraen durante la noche la mirada del viajero, son producidas por las luciérnagas, pequeños insectos, ó diamantes animados, que adornan la copa de los árboles, el césped de los prados y el borde de las fuentes.

Junto á esta gruta se recostaron Manuel y Roman, que acababan de bajar de la montaña, rendidos de cansancio.

La luz de la luna caia entónces sobre la frente pálida y hermosa de Manuel, resbalando por su larga melena negra, esparcida por el cuello de la chaquetilla de paño de Santa María de Nieva. Fijando un poco más la atencion, podria distinguirse una lágrima que descendia lentamente por su mejilla morena y graciosa, á que daban sombra los párpados medio cerrados, que de vez en cuando se contraian, descubriendo unos ojos negros como la cabellera, é inteligentes. No tenian la expresion sensual y fascinadora de los ojos meridionales, ni el brillo y movilidad que comunica la exaltacion de las pasiones; su mirada, sin embargo, era en extremo simpática, y se insinuaba dulcemente en los

corazones, como esas melodías lejanas y deliciosas que oímos á veces en las catedrales, y que, por efecto de una ilusion religiosa, creemos que bajan de los cielos; era una aspiracion visible y contínua del alma á otra patria más elevada.

Roman fué el primero que rompió el silencio que hacia rato guardaban entrambos.

—Manuel, amigo mio, te veo triste hace unos dias; tu semblante está pálido como la cera, tus ojos bañados en lágrimas; qué tienes? Cuéntame los pesares que te affigen, pues no hay duda de que, por más que pretendas ocultármelo, alguna pena se ha apoderado de tu corazon; ya no te gustan los juegos ni las danzas del pueblo; huyes de las diversiones, y buscas los parajes solitarios y escondidos. Por espacio de un mes no hemos dejado ni un solo dia de subir á la montaña; cuando llegamos arriba, te sientas en uno de los troncos tendidos junto á la Casa-Azul, y allí, inclinada la cabeza sobre el pecho, como si un solo pensamiento absorbiese tu atencion, permanecemos una, dos, y á veces tres horas, sin que haya modo de abandonar aquel sitio. Al principio me engañaste; sí, me engañaste, pretextando que no te conducia á la cumbre de la montaña otro objeto que observar desde ella nuestros campos, el horizonte iluminado por los rayos del sol poniente... Oh! ésa no es partida de amigos, Manuel; un amigo deposita en el pecho de otro sus pesares y sus alegrías, y así encuentra consuelo para los unos y regocijo para las otras.

—Tienes razon, Roman: he sido un mal amigo, nc he pagado como debia el afectuoso interes que por m manifiestas, respondió Manuel, incorporándose y tendiendo una mano á Roman.

—Así me gusta!... Bien!... Ea, si merezco tu confianza, cuéntame lo que te sucede.

—Lo que me sucede! lo que me sucede no tiene remedio; estoy enfermo...

—Enfermo?... Qué diantre! ¿Por qué no se lo ha dicho á mi padre? Cosa más sencilla! Te toma el pulso, te hace cuatro preguntas, te receta un jarabe, una píldoras, cualquiera cosa... y cátate bueno y sano en cuatro dias. Yo haré de enfermero. ¿Quieres que sea tu enfermero? Aunque me digas que no, cuéntate ya asediado por mí á todas horas; no abandonaré la cabecera de tu cama, te daré las medicinas; cuando duermas, velaré á tu lado; cuando despiertes, el primer objeto con quien tropezarán tus ojos será con tu amigô Roman. Vamos, habla por Dios; ya estoy impaciente. Te duele la cabeza?

—No, Roman; mi enfermedad está aquí.

Pronunció Manuel estas últimas palabras llevándos una mano al pecho.

—En el corazon?

—Sí, en el corazon.

—Eso es ya más serio,—observó Roman, haciend un leve gesto de disgusto.—¿Y qué enfermedad,—prc siguió,—calculas que podrá ser?

—Amor.

—Ja! ja! ja! Tú enamorado! Para el diablo que atinase con la causa de tu pesadumbre! No te aflijas; tu amor será correspondido, y *laus Deo*. .

—Es un amor sin esperanza.

—Pues á otra con la comision; afortunadamente mujeres sobran por todas partes; abundan como el cardo en los trigos, como la langosta en año de epidemia. Supongo que la hermosa que te ha robado el sosiego merecerá en todos conceptos la eleccion de mi amigo.

—No lo dudes.

—Es extraño!—murmuró Roman; y despues, como si pasára una revista mental á todas las mozas del pueblo, decia á media voz:—Antonia, la hija del tio Cardoso, no puede ser; ni Petra, la hermana de Marin, ni Felipa, ni...

Flores asió de una mano á Roman, y tendiendo el brazo para señalar la cima de la montaña, exclamó:

—Qué ves allí?

—Allí veo un picacho, allí...

—No, más á la izquierda.

—El bosquecillo que rodea la...

—Sabes ya lo que quiero decir?

—Sí; la Casa-Azul.

—Eso es.

Llamaban *Azul* á un edificio que habia en lo alto de la montaña, porque la fachada que miraba al pueblo era toda azul, excepto un largo balcon, ó mejor dicho mirador, que, por un capricho del dueño, estaba pintado de blanco.

—Y quién hay en la Casa-Azul?—preguntó Roman, variando repentinamente de tono, y un si es no es distraido, como si le hubiera asaltado una idea desagradable;—¿quién hay en la Casa-Azul, más que la señorita Aurora, la hija única del anciano conde de Vega-Sola, que haya podido cautivar tu corazon?

—Nadie más.

—Luego es ella! repuso Roman, retirando su mano de la de su amigo, y retrocediendo involuntariamente.

—Ella es, dijo á su vez Flores.

—Oh! si es así, ciertamente debes renunciar á toda esperanza.

En seguida, como si ya nada preocupase su imaginacion, el hijo del cirujano recobró su buen humor, y añadió:

—Serénate, Manuel, y no te acuerdes más de Aurora Figúrate que es de dia; que de repente empieza á zumbar el viento; que la tempestad, cargada de sombras negras mata la luz del sol; figúrate que á poco el mismo huracan que ennegreció el cielo barre los nubarrones, y el cielo se ostenta con más hermosura, si cabe, que la que tenía anteriormente....

—Adivino lo que quieres significarme. El señor cura dice que el que envia las tempestades manda tambien la calma, y enciende el arco-íris, que toca en el cielo y en la tierra, como un símbolo de paz entre Dios y el hombre; pero el amor sin esperanza es una tempestad sin arco-íris.

—Eso es negar la omnipotencia divina.

—Yo nada niego, ni me quejo; la historia de mi amor es una historia como otra cualquiera de las que pasan en el mundo. Dios no abandona, ciertamente, á los que aman sin esperanza; no hace más que poner á prueba su fe y su abnegacion en este oscuro valle, para coronarlos en la celestial morada con guirnaldas de rosas inmortales. El amor tiene tambien su calle de la Amargura, su calvario, su cruz y sus mártires.

—Bah! bah! déjate de figuras de retórica, y vive y alégrate como yo.

—Oh! si pudiera! Cuánto daria por tener tu genio!

—Pues mira, no creas que es oro todo lo que reluce; ocasiones hay en que me arrojaria á un pozo; pero afortunadamente siempre acude á tiempo la reflexion, la cual produce en mi acalorada fantasía el efecto de un casquete de hielo ó de una bola de nieve. ¿Por qué han pasado los felices dias en que nada alteraba el sosiego de nuestros pobres corazones de niños?

—Eso es lo que yo me pregunto á todas horas. ¡Qué tiempos, amigo!

—Te acuerdas, Manuel?

—Me acuerdo y lloro, contestó éste, estrechando con una mano la de su amigo, y enjugando con la otra dos lágrimas que bañaban sus párpados.

—Una flor, el nido de un pájaro...

—Una carrera por el valle...

—Á la orilla del rio...

—Ay! ésa era nuestra única ambicion. Pero las co-

sas han variado... tenemos veinte años, edad en que el hombre deja el llano de la niñez y empieza á subir la cuesta de la vida. En ella hay flores tambien, pero esas flores tienen espinas; caminamos por una alfombra de césped, pero debajo, y entre esa alfombra, hay abrojos y reptiles venenosos.

Roman, que ya casi estaba enternecido, pero que, en punto á sensibilidad, pocas veces pasaba del *casi*, observó al momento con tono jovial:

—Me parece que te ha picado algun reptil. Canario! ¿Si habrá sido el diosecillo de las saetas, el rencoroso Cupido, en forma de víbora, de alacran ó de culebra? Sin duda: ahora recuerdo que poco ha te confesaste locamente enamorado. ¡Que no me decida yo á enamorarme! Apuesto á que cuando me muera, si hacen la autopsia de mi pecho, no encuentran, en el punto correspondiente al corazon, más que un órgano del tamaño de una avellana.

—Quizás... Quién sabe! contestó á media voz Manuel.

—Te enfadas?... Corriente! Vuelvo á ponerme serio; te lo repito: olvida á esa mujer. Y á propósito, le has hablado de tu amor?

—Ni una sola palabra.

—Entónces no me extraña lo que te pasa; por desgracia, áun no hemos llegado á los felices tiempos en que las mujeres se declaren á los hombres, paseen su calle, les entreguen billetitos perfumados, y si hay oposicion paterna, los depositen bajo la proteccion de

la autoridad; pero estamos en camino, se ha adelantado mucho; la civilizacion va haciendo absolutamente iguales en derechos de toda clase á los dos sexos, y dia vendrá en que no pueda salir un hombre honrado á tomar el fresco sin el papá, la mamá ú otro cualquiera de esos feroces Árgos que todavía suelen acompañar á las niñas. Pero basta de bromas: ahora sí que me pongo serio; no hagas caso de los disparates que te he dicho; respóndeme francamente, y tal vez entre los dos discurramos un medio, un plan que convenga á tus ideas. Le has declarado tu pasion?

—Nunca.

—Ella conoce que la amas?

—Debe sospecharlo.

—Explícate.

—Hace un año que el conde de Vega-Sola vino, como de costumbre, con Aurora á la Casa Azul.

—Es cierto.

—Una tarde salieron de caza á la montaña, con otros caballeros que habian llegado de la ciudad. La tarde, al principio serena, se fué alterando poco á poco. Las grandes bandas de color de fuego que iluminaban el cielo por la parte de poniente fueron desapareciendo, y en su lugar se agruparon, avanzando por toda la extension del horizonte, esas nubes, pardas primero, luégo de color cobrizo, y últimamente negras, que siempre anuncian la tempestad. Yo me habia internado en la montaña, y al ver los primeros relámpagos, al oir los primeros truenos, que se repe-

tian de peña en peña con espantosas detonaciones, apresuré el paso para ganar una de las pendientes veredas que conducen al pié de la montaña. El viento resonaba entre los árboles y en los precipicios, como el mar alborotado, y entre su zumbido inmenso creí percibir algunos gritos y algunos gemidos, que me estremecieron. Hubiera deseado saber de dónde partian; unas veces sonaban cerca de mí, òtras léjos; ya eran fuertes y desgarradores, ya desmayados. Detúveme un momento, y hasta llegué á creer que todo sería una ilusion, ó á lo más, que àquellos gritos y aquellos gemidos eran el graznar siniestro de esos grandes pájaros de vuelo pesado, pardo plumaje y corvas garras, que anuncian las revoluciones atmosféricas, y que se ciernen sobre los cadáveres despues de un dia de batalla; y los zumbidos del viento, que en esos trastornos de la naturaleza, parece que lleva entre sus olas bramadoras todos los dolores y los ayes de la humanidad afligida.

Muchos árboles que contaban centenares de años habian caido derribados; el aire que se respiraba era cálido, sofocante; comenzaban á desprenderse de las nubes gruesas gotas de agua, humeando al caer sobre las rocas, y pocos minutos despues el cielo parecia venirse abajo, y hundirse la tierra, y desencajarse de su firme cimiento la montaña, pues la tempestad arreciaba. Los arroyos, que descendian despeñados, arrastraban en sus remolinos de agua espumosa troncos de encinas desgajadas, piedras enormes, flores, y

ramas, y ganados. La noche tendió su velo sobre tanta destruccion, sin que la precediese el suave y tranquilo crepúsculo de las tardes de Junio.

—Me acuerdo mucho de esa tempestad, porque me echó á perder un huerto, donde mi padre tenia sembrados melones y calabazas.

—Ya habia yo andado buen trecho, cuando...

—Á qué adivino lo que sucedió?... Aparece Aurora, y...

—Sí, Roman, apareció Aurora; pero cómo! desmayada sobre su caballo, cuya crin agarraba tan fuertemente con sus lindas manos, frias entónces y pálidas como azucenas, que me costó trabajo desasírselas.

—Siempre ocurren lances por el estilo en las novelas, dijo Roman, mordiéndose los labios.

—Las novelas,—respondió Flores,—son la verdad...

—Y la mentira, interrumpió Roman.

—Y la mentira... cuando no son la verdad,—observó á su vez Manuel, cerrando el sentido de la frase. Y luégo continuó: —El hecho que refiero es cierto.

—Otra vez te enojas?... Está visto; habré de renunciar á mis observaciones. Prosigue, pues.

—Vestia Aurora un traje de montar, color de barquillo, salpicado á trechos de gotas de sangre, que el agua habia extendido. No tardé en notar que aquella sangre provenia de un brazo, herido sin duda contra un árbol ó contra un peñasco en la desordenada car-

rera del caballo, que, segun supe despues, se habia espantado á los primeros relámpagos, desapareciendo de la vista del Conde y demas caballeros. Las plumas del sombrerito redondo de castor estaban destrozadas, roto en partes el vestido, y en desórden los cabellos de la hermosísima cazadora. Sus ojos cerrados, sus mejillas cárdenas y la palidez de su frente y de sus labios daban á todo su semblante la expresion dulce, serena, tranquila y tristemente bella de las jóvenes muertas en la edad de la inocencia. Parecia tendida lánguidamente sobre el negro corcel, un ángel dormido encima de un sepulcro de mármol, una de esas blancas esculturas que se colocan sobre las urnas cinerarias.

No habia que perder momento; Aurora apénas respiraba, la noche acababa de cerrar completamente, el huracan bramaba todavía en la montaña, el agua caia á torrentes, y nadie acudia en nuestro auxilio. Salté, pues, al caballo, acomodé aquel cuerpo inanimado lo mejor que pude, protegiéndolo con el mio para preservarlo de la lluvia; y viendo, al fin, el atajo por donde tantas veces hemos subido á la cumbre de la montaña, al cabo de un cuarto de hora llegamos á la Casa-Azul.

Hallábase el Conde sumido en la más honda desesperacion; acababan de conducirle desmayado, y sólo recobró el sentido para conocer más profundamente la extension de su desgracia. Los caballeros se preparaban á bajar á la montaña, habiendo mandado á ella de antemano á todos los dependientes de la Casa-Azul,

prevenidos de luces, con órden expresa de no volverse hasta dar con Aurora, viva ó muerta. Los criados, que conocian los peligros de la montaña, echaron por el atajo, como lo más seguro; así es que al poco tiempo se encontraron conmigo, adelantándose en seguida uno de ellos á la Casa-Azul para comunicar tan grata nueva.

Es indecible el júbilo que mostraron el Conde y los caballeros, viéndonos entrar. El padre especialmente no encontraba expresiones con que manifestarme su agradecimiento... Pero observo que no me atiendes, Roman, dijo Manuel, interrumpiendo su narracion.

En efecto, á medida que Flores iba adelantando en ella, la fisonomía de su amigo se habia ido desfigurando visiblemente, y la actitud de todo su cuerpo revelaba que alguna causa extraordinaria agitaba en aquel instante su espíritu. Sus ojos azules estaban fijos en la tierra; tenía la cabeza un poco inclinada sobre el pecho, flojamente extendidos los brazos, y la respiracion fatigosa.

— Estás malo, Roman?

—Yo?... no por cierto; sigue, sigue, no pierdo ni una sílaba,—respondió Roman al punto, viéndose sorprendido é interpelado. —Y dime,—continuó, levantando la frente : — qué fué de Aurora?

—Volvió en sí, merced á los socorros que se le suministraron; supo lo ocurrido, y quiso conocer á su libertador. Entré en la alcoba donde descansaba, y llamándome con voz débil, me acerqué yo solo á su le-

cho; tendióme una mano, que tomé con efusion, y me dijo con acento conmovido, pero tan apagado, que nadie pudo oirla más que yo:

«Gracias! Gracias! jamas, ni por nada en el mundo, olvidaré que debo á usted la vida.

—Oh, señorita!—le respondí,—ruego á usted...

—La memoria de mi libertador,—me interrumpió,—vivirá eternamente en mi corazon.»

—No pude seguir hablando; no sabía lo que por mí pasaba; aun sentia en mi mano el fuego que habia dejado en ella el leve contacto de la suya, y que, como una corriente eléctrica, se difundió por todo mi sér.

Permanecí algunos instantes más en la Casa-Azul; en tanto la tempestad se habia calmado considerablemente; instáronme mucho para que me quedase allí aquella noche, pero nada pudieron los ruegos; y despidiéndome del Conde y de los caballeros, me dirigí á la puerta del zaguan.

—Desagradecido fué el Conde!

—Aun no concluí. El mismo caballo en que yo habia conducido la desmayada cazadora á los brazos de su padre, debia traerme á mi casa; y ya iba yo á montar en él, cuando el Conde, pasando por medio de los criados, me llamó á parte y me dijo:

«Mi hija le es á usted deudora de su vida, y no cumpliria yo con mi conciencia si no correspondiese de algun modo al inapreciable servicio que usted acaba de prestarme.

—Señor Conde,—le respondí,—he hecho lo que debia, y nada más.

—Sea como usted guste,—me replicó;—pero no me prive al ménos, con su delicadeza, de conservar la ilusion ó la creencia en que vivo respecto de este asunto, y acepte esta expresion escasa de mi gratitud.»

—Y me presentó un bolsillo de seda lleno de oro..

—Vamos, vamos, se explicaba el Conde! exclamó Roman en tono zumbon.

—Se explicaba!... Una limosna por una vida! Ah!

—Así está el mundo, Manuel. El dios *Oro* es un gran dios.

—Para los imbéciles.

—Y para los sabios.

—Pero hay momentos, hay situaciones en la vida, en que una palabra, una lágrima, un apreton de manos franco y afectuoso, dicen más al corazon que todas las riquezas del mundo.

—Segun y conforme; si el corazon es de manteca fresca!... Juzgas á los hombres con una benevolencia inaudita!

—Les juzgo segun mis sentimientos.

—Eso es lo peor que puedes hacer. En fin...

—Rehusé el bolsillo, no con la indignacion que me inspiraba mi orgullo, pues al cabo el Conde era el padre de Aurora, pero sí con la dignidad de un hombre que lucha entre su cólera y el respeto á la persona que le infiere un agravio de semejante naturaleza. Rogué al Conde que no publicase el hecho, le dí las bue-

nas noches, y emprendí mi camino montaña abajo. El Conde me cumplió su palabra, y yo, haciendo un heroico esfuerzo sobre mí mismo, no volví á presentarme en la Casa-Azul.

—Pero ahora...

—Ahora he sentido renacer en mí, ó mejor dicho, aumentarse el amor que habia intentado ahogar en lo más recóndito de mi pecho, y desde hace un mes, esto es, desde que el Conde y su hija vinieron de la ciudad, todos los dias me presento en las inmediaciones de la Casa-Azul, y con el pretexto de dibujar paisajes, espio el momento en que sale á paseo Aurora del brazo con su padre, para contemplarla á mi gusto, ya que no me conceptúo con valor suficiente para hacerla saber que la amo con delirio; me ven contigo, y por eso no me hablan, y pasan delante de nosotros como si no me conociesen.

—Chico! tu pasion me parece altamente insensata.

—Y te lo parecerá más cuando sepas que el Conde abandona este país, y ha determinado establecer su residencia en la córte.

—Qué dices?—preguntó Roman, á quien las últimas palabras de su amigo sorprendieron altamente.—¿Será cierto?

—Oh! demasiado cierto; dentro de tres dias...

—Acaba.

—Dejan la montaña; al ménos eso he oido ayer en casa del señor cura.

—Y qué intentas?

—No lo sé; mis ideas se confunden, la sangre corre agitada por mis venas... ignoro qué partido tomar. Pero la noche va avanzando; tornemos á casa, que ya es hora, y mañana Dios dirá.

—Tienes razon; no hay mejores consejeros que él y la almohada.

Pusiéronse en marcha los dos amigos, cada cual distraido con diferentes pensamientos, y llegaron al pueblo sin desplegar los labios, despues de la conversacion de la montaña.

VII.

Mis lectores recordarán que, á consecuencia del favorable pronóstico de la vieja gitana acerca de la suerte de Roman, el cirujano prometió á éste llevarle á la córte, como si la córte esperase con los brazos abiertos á su hijo. La promesa hubo de quedar en proyecto, con motivo de la inesperada muerte de D.ª Juana, acaecida á poco de aquel suceso. Esta desgracia llenó de pesadumbre al cirujano y á su hijo, que derramaron abundante lloro por espacio de media hora, y vistieron luto un año; pero el tiempo, que todo lo trae y todo lo lleva, trajo un paño para aquellas lágrimas, enjugólas, y metióse en su cueva, cargado con los dolores y amarguras de los Peña, los cuales se quedaron tan conformes con la voluntad del cielo, que no

parecia sino que el luto se hubiese trocado en contento, y en resignacion marmórea la tristeza impresionable de los primeros treinta minutos.

Así fueron pasando semanas, meses y áun años; pero sin que ninguno de los dos olvidase el viaje á la córte. Un gran impedimento lo habia retrasado: las malas cosechas, y consecuencia de ellas, el pago nada bueno que el cirujano tuvo por parte de los vecinos del pueblo. Los tiempos mejoraron despues, y nunca renació con más fuerza que entónces el proyecto de viaje á Madrid. El jóven Roman instó, pues, á su padre en tales términos, que á los pocos dias, sin dar á nadie parte, emprendieron el cirujano y su hijo la escapatoria á la ciudad, en busca de cartas de recomendacion.

Cabalgaba el más fiel campeon del *contraria contrariis* en una yegua torda, *harta de paja y cebada*, cuyo abultado abdómen, acompañado de otros signos infalibles, presagiaba un próximo, si no feliz, alumbramiento; que aquel no las tenía todas consigo; Roman oprimia los ijares de la burra.

En esta disposicion llegaron á la ciudad.

En tanto, Manuel subió á la montaña, triste como noche sin luna, paseóse un buen rato por delante de la Casa-Azul, sentóse luego en un banco de piedra, al pié de una reja de las habitaciones bajas, entoldada por una magnífica parra y floridos tallos de enredadera, y esperó todavía.

Á cosa de las seis de la mañana se abrió la reja, apareciendo detras de sus barrotes de hierro una her-

mosa cabeza de mujer, cubierta con un blanco y rizado adorno, que hacia resaltar el negro lustre de los cabellos y la dulce languidez de la amorosa mirada de Aurora; pues ella era la que acababa de asomarse.

Manuel exhaló un suspiro, levantándose del tosco asiento, y pálido, como si fuese á cometer un crímen, ó como si un aturdimiento inexplicable dirigiera sus acciones, saludó ligeramente á Aurora, y le entregó un papel doblado en forma de carta, alejándose de aquel sitio sin pronunciar más palabras que éstas:

—Señorita, ruego á usted encarecidamente que lea esa carta; se lo ruego por lo que más ame en el mundo. Adios!

Flores volvió la cabeza várias veces á la Casa-Azul, y vió que Aurora se llevaba un pañuelo á los ojos, miéntras que en una de sus manos se distinguia un objeto parecido á una carta.

Por la noche fué Roman á despedirse de él para Madrid; y creyendo echar el resto á las cariñosas demostraciones de su amistad, y poner el sello á su constancia, le dió un beso en la frente, que sin poderse explicar Flores la razon de ello, excitó en el alma de éste un profundo sentimiento de repulsion y hasta de repugnancia.

VIII.

Á las once de una noche oscura y lluviosa, sentados en una especie de taburetes cilíndricos de corcho, junto á una chimenea encendida, cuyos ardientes reflejos iluminaban las negras paredes de una cocina apénas provista de los utensilios que en otras indican, si no la opulencia, por lo ménos una medianía, se hallaban el señor cura y Manuel Flores, silenciosos y tristes.

Frecuentemente las llamaradas que despedia la chimenea aumentaban la roja claridad de la cocina, pudiendo entónces distinguirse mejor el círculo cárdeno que rodeaba los ojos de Manuel y la extremada palidez de su rostro, juntamente con la alteracion de las facciones y el desaliño del vestido. Tenía desabrochada la chaqueta de paño, sueltos los botones del cuello de la camisa, y al aire la garganta y la tabla del pecho, sombreado en su parte media por un finísimo vello, que contrastaba singularmente con la blancura del resto. Algunos cabellos le caian sobre la frente, sin que Manuel cuidase de separarlos para despejarla.

La tristeza retratada en el semblante del venerable cura tenía otro carácter. No era la tristeza del abatimiento, de la desesperacion ó del terror, sino la del hombre que sufre y se resigna, y que para combatir la flaqueza del corazon herido, no se lo estruja con sus propias manos, sino que alza los ojos al cielo, como

centro de toda esperanza y de todo consuelo. Contaba el buen párroco más de sesenta años de edad, y la religion y la experiencia le habian enseñado á dominar las desgracias y contratiempos de la vida, buscando en sí mismo fuerzas para vencerlos.

Tenía razon. Dios no nos ha regalado el entendimiento solamente para que sea nuestro verdugo, para que á todas horas se esté cebando en nuestra vida, como se ceban los gavilanes en las palomas cuando las apresan entre sus garras; nos lo ha dado tambien para nuestra salud, para nuestro consuelo, poseyendo la preciosa ventaja de neutralizar los males que él mismo causa, cuando el hombre ha aprendido á valerse de los excelentes remedios de sus diversas facultades.

En uno de los ángulos de la cocina, y sobre un andén estrecho de madera, distinguíase una pequeña efigie de barro pintado de groseros colores; era la Vírgen del Rosario, á quien siempre habia tenido particular devocion la familia de Manuel, acudiendo á ella en todas sus tribulaciones, como abogada é intercesora con Dios. Á su lado ardian en candeleros de pino cuatro cerillas, que Manuel acababa de encender, habiendo rezado luégo várias oraciones, con entrambas rodillas en tierra.

Las almas creyentes no necesitan del fastuoso aparato del gran mundo, para ver en todo su esplendor la Majestad divina. Un tosco leño mal esculpido, un pedazo de barro, medio pliego de papel pintado sin arte, se revisten á los ojos del que cree, del que lleva

encarnados en su corazon y en su cabeza la idea y el sentimiento cristianos, de toda la magia y de toda la hermosura celestes.

Á los ojos de Manuel, aquella modesta imágen de la Madre de Dios poseia todo el atractivo típico, toda la dulzura é inefable expresion de la belleza divina, tal cual su mente la concebia; y hasta creyó, en medio del fervor con que habia orado, haber visto destacarse de su cabeza suaves emanaciones de una luz azulada con rayos de oro. Tales son los prodigios de la fe; porque cuando ésta no existe, ni Rafael, ni Ticiano, ni Murillo pueden conseguir otro triunfo que el de que se admire el arte.

De diez en diez minutos se levantaba Manuel; encaminábase de puntillas hácia un extremo de la habitacion, donde habia una alcoba, cuya entrada cubria una estera colgada de un palo, puesto horizontalmente encima del marco de la puerta, y allí se detenia, aplicando el oido con ansiedad suma. Luégo tornaba á su sitio sin hablar palabra y dirigiendo una mirada suplicante á la Vírgen del Rosario.

Esta silenciosa escena no era interrumpida más que por un leve rumor que partia de la alcoba, parecido al de una respiracion agitada, por el viento que gemia fuera de la casa, y por la lluvia que se estrellaba contra sus paredes.

Explicaré en dos palabras lo que allí sucedia.

El padre de Manuel se estaba muriendo, Manuel acudia á los piés de la Vírgen del Rosario, y el sacer-

dote unia sus oraciones á las del infortunado mancebo.

Tres fuertes golpes resonaron en la puerta de la calle, y Manuel salió á responder, volviendo poco despues á la cocina, acompañado por el padre de Roman, que se presentó, sumergido en una larga y ancha zamarra de pieles de borrego mal curtidas, y cubierta la cabeza con una gorra de nútria, de hechura de seta, galoneada de seda amarilla.

—Canario! Qué noche tan excelente para viajar! exclamó en alta voz, entrando y haciendo retemblar el suelo á patadas, para sacudir el agua de los pantalones y el lodo de los zapatos.

—Dios guarde á usted, señor cura! continuó, arrimándose al fuego de la chimenea.

—Él venga con usted, respondió el párroco.

—Acabo de llegar de la ciudad; mi ausencia del pueblo iba siendo ya larga; he faltado tres dias, y no era cosa de dilatar más tiempo mi regreso por todos los chaparrones del mundo; y como dijo el otro, primero es la obligacion que la devocion. Oye, Manuel: sabes que he recibido carta de Roman? El demonió del chico es pintiparado para la córte; yo no sé cómo se las compone, pero lo cierto es que conoce á todo bicho vivo. Señor cura, como soy Rufino Peña, aseguro que andando el tiempo, si la fortuna le ayuda, mi hijo nos ha de hacer, á usted obispo, y á mí cirujano de cámara. Cómo sigue tu padre, Manuel? Pobrecillo! Bien sabe Dios que me duelen sus males! ¿Ahora descansa, eh?... Ah! ántes de todo, oigan ustedes siquie-

ra la postdata de la carta; que mañana amanecerá, y veinte y cuatro horas tiene el dia para leer lo que me dice.

Y abriendo la carta, leyó lo siguiente:

«*P. D.* Diga usted á Manuel que he visitado al conde »de Vega-Sola, para quien me ha servido eficazmente »la carta de recomendacion que, como sabe usted, me »enviaron de la ciudad. La primera vez que me pre»senté en su casa, al punto me conoció su hija, la se»ñorita Aurora, y se mostró conmigo muy amable.»

—Lo ven ustedes? ya se trata con marqueses y condes. Vaya,—continuó levantándose,—no me detengo más; he venido un solo momento para cumplir el encargo del chico, y me vuelvo á casa, porque tengo gana de quitarme esta ropa y descansar. Hasta mañana; si ocurre alguna novedad... lo dicho. Hasta mañana.

—Si Dios quiere, respondió el cura, á media voz.

Y el cirujano desapareció, metiendo ruido con sus pisadas y cerrando de golpe la puerta de la calle.

Ignoro si en aquella noche se repitió la lectura de la postdata en todas las casas del pueblo; pero es de presumir que no se iria á la cama el cirujano sin aporrear media docena de puertas.

Manuel habia escuchado la retahila de Peña padre con la mayor indiferencia. En otra ocasion cualquiéra no le hubiese molestado su insoportable locuacidad; pero en la presente, en que todos sus pensamientos se habian reunido en uno solo, en el estado de su pobre padre, aquella importuna y atolondrada visita aca-

bó de llenar de amargura su corazon desolado. Léjos de procurarle el cirujano palabras de consuelo, léjos de fortalecer su ánimo abatido con esperanzas, siquiera fuesen de imposible realizacion, hablóle exclusivamente de su hijo, de las relaciones de éste en la córte, y áun habia pronunciado el nombre de Aurora, que redobló sus dolores, por la idea de la ausencia, que entónces se renovó vivamente en su espíritu.

Desde que se agravó la enfermedad del labrador, el anciano cura apénas habia abandonado la casa de Manuel. Comprendia, en su alto saber, el buen sacerdote su sagrada al par que gloriosa mision, desempeñándola con un celo y entusiasmo tan vivos, que le valieron el nombre de *Padre del pueblo* y el amor de su pobre rebaño. No envidiaba la suerte de los magnates de la tierra; los laureles que ciñen la frente de los conquistadores, de los guerreros, de los grandes del mundo, destilan sangre y cuestan muchas lágrimas; los laureles de los héroes de la caridad refrescan las sienes, y están entretejidos de azucenas blancas como la nieve, y las bendiciones de los pueblos siguen por todas partes á esos oscuros soldados de Jesucristo, que vencen con la dulzura, que persuaden con la verdad y la mansedumbre, y enseñan con el propio ejemplo. Viven entre los pobres, los afligidos, los enfermos y los huérfanos; purifican del pecado nuestra alma, cuando venimos al mundo, lavándonos con el agua santa de la redencion, y hablan á Dios, para que nos abra la celestial morada, cuando nos

asalta la muerte en nuestra penosa peregrinacion por el valle de lágrimas. Su voz paternal resuena como un eco de alegría en nuestras aflicciones; ilustran nuestro entendimiento, cuando niños, con discursos en que brillan la moral más pura y la belleza religiosa; y cuando somos hombres, nos dirigen con sus consejos, ó calman nuestras pasiones con las palabras sencillas de la Iglesia. Oh! el ministro de la religion que no se degrada, que no se envilece, que conoce el círculo en que debe ejercer su envidiable ministerio, que no ambiciona la pompa mundana, sino la rica humildad de los apóstoles; que no vive para sí solo, sino tambien para sus semejantes, como el *Padre del pueblo*, ese ministro nunca muere en la memoria de los buenos.

En medio del silencio que habia vuelto á restablecerse despues de la salida del cirujano, oyóse una voz débil, apagada y triste, que partia de la alcoba, pronunciando estas palabras:

—Manuel! Manuel!... Hijo mio!

Manuel se precipitó á la alcoba, seguido del señor cura, que alzó los ojos al cielo, implorando la divina misericordia.

—Aquí estoy, padre,—dijo Manuel;—aquí estoy... me llamaba usted?

—Sí, acércate... no te oigo... no te veo bien... mis ojos se turban... parece que una sombra espesa..... acércate más, más todavía...

El corazon de Manuel latia presuroso, y sus mejillas estaban bañadas en llanto.

—Quién viene contigo?... continuó el anciano labrador.

—El señor cura.

—Soy yo, amigo mio, repuso á su vez el sacerdote con acento afectuoso.

—Ah! el señor cura!... gracias... gracias!... A usted le confio mi hijo... que pronto se va á quedar huérfano, sin madre, sin padre, solo en la tierra.

—Yo seré su padre, respondió el sacerdote.

Entónces el moribundo se incorporó en la cama, y un violento acceso de tos cavernosa, que resonaba como una especie de silbido profundo ó lejano, le impidió por algunos momentos el uso de la palabra. El buen cura sostenia aquel cuerpo demacrado por la fiebre, rodeándole por la espalda con su brazo derecho; el enfermo, pasado el ataque de tos, pareció respirar más libremente, pero un sudor frio inundaba sus miembros, y en su mirada se advertia la espantosa inmovilidad de los ojos de los cadáveres.

El instinto filial no engañaba á Manuel. El desventurado comprendia con harta claridad que aquella luz de su vida iba á apagarse, aquella voz á extinguirse, para no resonar ya nunca más en sus oidos, y aquella amada compañía á faltarle para siempre, dejándole en la soledad de su vieja casa, ántes paraíso encantado y templo de su dicha. Así es que, no pudiendo reprimir por más tiempo su dolor, se arrojó á los brazos del sér querido que agonizaba, apoyando su cabeza sobre uno de los hombros del enfermo, y exclamando:

—Padre mio de mi vida y de mi corazon!

—Vamos, Manuel,—le dijo el cura con voz solemne, y recatándose de que le oyese el moribundo;—es preciso conformarse con los decretos del Altísimo; si llama á tu padre á su seno, él le dará el merecido premio por sus buenas obras.

—Hijo mio...—balbuceó el labrador,—tú serás bueno, como tu madre... como tu padre... es verdad?... partirás tu pan con los pobres... trabajarás para ganar... honradamente... el sustento... Mira, yo muero... tranquilo... sin remordimientos... He hecho todo el... bien que he... podido... Me prometes?...

—Ah! sí, sí, padre!

El sacerdote rezaba en voz baja; el labrador hizo un esfuerzo más, y aproximó sus labios marchitos á la frente del infeliz Manuel, apretando contra el pecho un crucifijo de madera, y sonriéndose como sonrien los buenos cuando mueren.

IX.

En una mañana del mes de mayo Manuel escribia lo siguiente:

«Señor cura:

»Yo no tengo más padre, más amigo ni más apoyo »que usted en el mundo, y á usted debo confiar los

»sentimientos íntimos de mi corazon, educado en los »principios santos de nuestra religion, única fuente »donde acuden á templar su dolor los que han sed de »esperanzas y de consuelos.

»El amigo de mi infancia, aquel de quien en otro »tiempo creia merecer un cariño de hermano, que na- »ció bajo el mismo cielo que yo, cuya cuna se meció »junto á la mia, que de la mano conmigo subió tantas »veces á la montaña, y durmió tantas bajo el mismo »techo que yo; Roman, en fin, no es ya el que era; »está desconocido; su alma ha experimentado una tras- »formacion tan completa, que dudo haya quedado en »ella ni el menor vestigio de las sábias máximas con »que usted fortaleció en nuestra infancia nuestros sen- »cillos corazones.

»No ignora usted que, en virtud de las repetidas ins- »tancias de Roman, abandoné mi pueblo natal, y con »él el honroso oficio de labrador, en que encanecieron »mis abuelos y mi padre, y me determiné á venir á »la córte, sin más títulos á la fortuna que la esmerada »educacion que debo á usted, y mi honradez, y ¡triste »es decirlo! en la persuasion de que Roman haria por »mí lo que me habia prometido (pues se hallaba en es- »tado de verificarlo), y cuanto tenía yo derecho á es- »perar, cuando no de su amistad, de su palabra al »ménos.

»Llegué, en efecto, á Madrid; recibióme al princi- »pio con el cariño de un hermano, y miéntras me »duró la corta cantidad que, como sabe usted, pude

»reunir en esa, vendiendo algunos instrumentos de »labranza y la mitad del huerto de la casa, y la suma »que usted me proporcionó, no hubo notable varia»cion en su conducta. Pero el momento en que me em»pezaron á faltar recursos para vivir, el momento en »que le confié el lamentable estado de mis intereses, »aquel momento fué tambien el de su indiferencia, el »de su mal humor, el de su desvío. No obstante, sa»tisfizo por mí la miserable cuenta del hospedaje de dos »meses; pero durante este tiempo, cuánto no sufrí! »¡Cuántas lágrimas no caen todavía de mis ojos cuan»do recuerdo las humillaciones por que me hizo pasar, »á mí, cuya delicadeza extremada conoce él como na»die! Pero he dicho mal; á ser él capaz de compren»derla, no hubiera sido para Manuel Flores lo que un »dueño cruel para un perro; porque ha de saber us»ted que casi llegué á servirle como un criado, sola»mente por pagarle con usura de este modo su mez»quina y cruel caridad.

»Á tal extremo llegó su duro comportamiento, que »hube de separarme de su compañía, pretextando un »viaje á ésa, que despues fingí suspender, con motivo »de una repentina indisposicion de mi salud.

»No puede usted figurarse las demostraciones de »sentimiento con que recibió Roman la noticia de mi »viaje, aunque en su interior sin duda hubiera po»dido leerse lo contrario.

»Bien sé que esta historia es vulgarísima; que si la »cuento á un amigo de café, la oirá con la mayor san-

»gre fria, careciendo, como carece, de los incidentes »dramáticos ó novelescos de que es preciso que hasta »la desgracia se revista para que merezca alguna sim- »patía.

»Pero usted, señor cura, que tiene un alma tan »bella como sensible, y que nunca deja de oir la voz »de los desgraciados, los gemidos de los enfermos, se »interesará, á no dudarlo, en estas escenas de la vida »íntima, cien veces más desgarradoras que otras que »mueven mucho ruido en el mundo; porque, en ver- »dad, un envenenamiento ú otro accidente análogo »pueden acabar de un golpe con la existencia física; »pero un asesinato moral, que se prolonga indefinida »mente, y que se recibe de mano de una persona con »quien nos han ligado vínculos fraternales, no lo resiste »el corazon de más temple, sin que estalle de una vez »toda la ira que el sufrimiento ha ido depositando en »su centro.

»Ahora bien: Roman, no sé por qué medios, ha »adquirido en cuatro años una fortuna, con la que vive »fastuosamente; yo, al contrario, carezco de recursos »para subsistir, y lo que es peor, estoy enfermo, y me he »incorporado en la cama sólo para escribir esta carta. »No podia yo abusar más tiempo del corazon generoso »de usted, que en muchas ocasiones me ha proporcio- »nado cuantos socorros necesitaba; por otra parte, no »conocia á ninguna persona á quien poder acudir para »que siquiera los auxilios de la medicina no me falta- »sen en mi penosa dolencia; en esta situacion deses-

»perada, me dirigí á Roman, escribiéndole, y espe-»rando que un buen rasgo de nobleza borraria todas »sus faltas anteriores. Vana esperanza! Roman no »contesta, y esto acaba de apurar mi sufrimiento.

»En tal estado, pido á usted por Dios que no me »desampare, y yo le prometo no volver á molestarle »en mi vida.»

Cerró esta carta Manuel Flores, y en otro papel escribió lo que sigue:

«Señor D. Roman Peña:

»Quince dias he estado esperando contestacion á »una carta, en que le pedia á usted una insignificante »suma, confiado en nuestra antigua amistad, y ofre-»ciéndole en garantía, ademas de mi palabra, la mitad »no vendida del huerto de mi casa.

»Hasta ahora habia creido que si á usted no le so-»braba dinero, al ménos no le faltaria urbanidad; veo »que, por desgracia, se me alcanza muy poco de estos »achaques, como lo prueba la experiencia; usted no »se ha servido contestarme.

»Manuel Flores.»

Estas líneas aumentaron la fiebre del infeliz mancebo, que, llamando con voz débil á la patrona, le entregó las dos cartas: una para el correo, y otra para Roman Peña. Antes que la patrona saliese con el encargo, el enfermo le pidió una bandeja, en la cual

puso un libro, que tapó cuidadosamente con un pañuelo, diciendo á la buena mujer, que observaba todas estas operaciones con ojos de asombro:

—La bandeja es para el Sr. Peña, advirtiendo al criado que la reciba, que el contenido es un postre que regalo yo á su amo para la comida de hoy.

—Señorito, usted sin duda no ha visto bien el contenido.

—No es un libro?

—Ciertamente. ¿Y un libro es acaso el postre de moda? De seguro se le va á indigestar.

—Todo es posible.

—Extraño que...

—Es una broma, no lo he dicho ya?

—Se hará lo que usted guste. ¿Se le ofrece á usted alguna otra cosa?

—Nada; que me dejen descansar.

La patrona cerró las puertas vidrieras de la alcoba del enfermo, cuyo sosiego, segun habia encargado, no entró á turbar absolutamente nadie; todo el dia estuvo solo... *con su imaginacion*. Descansaria?

X.

Á las siete de la tarde llegó á su casa, de vuelta del Retiro, á donde habia ido á pasearse, el ex-amigo de Manuel, nuestro Roman Peña, jóven de peregrino ta-

lento, pues poseia el de vivir sin trabajar, circunstancia que más de un filósofo vituperaria con cuantas censuras y anatemas le sugiriese su mal humor, y que á los ojos del vulgo, que filosofa poco, es digna de envidia y merecedora de altas alabanzas.

Este juicio del vulgo es una blasfemia contra Dios, y un sarcasmo de las leyes de su Providencia. Dios condenó á trabajo perpétuo á las generaciones de Adan, y si las razas que han poblado y pueblan la tierra se hubiesen tendido á descansar, no se veria hoy rejuvenecida la superficie del globo; no existirian artes, industria, ni comercio; y por consiguiente, el hijo del cirujano tampoco gastaria botas de charol, ni elegante frac cortado por el figurin del último número del *Courrier des tailleurs*.

Sentóse á la mesa Peña, y el criado, creyendo que el amo le agradeceria, como tenía motivos para imaginarlo, la indicacion de la sorpresa que le aguardaba, tomóse la incalificable libertad de dirigirle la palabra, cosa que hacia pocas veces sin órden expresa de Roman, que lo consideraba como una insigne prueba de mala crianza.

—Señorito...

—Qué es eso? eh? Habla, animal, habla; ya podias haber concluido.

—Acaban de traer un regalo para usted.

—Un regalo?

—Y una carta.

—Y qué haces, que no me los das, majadero?

—En cuanto á la carta, como usted me tiene encargado que no le presente ningun papel cuándo esté comiendo...

—Y el regalo, estúpido, y el regalo?

—Es para el postre.

—Psit! alguna libra de fresa... ¿no respondes, imbécil?

—No, señor, no es fresa.

—A qué viene esa risa, pedazo de naranjo?

—Cuando usted vea el postre, tambien se ha de reir; estoy seguro de ello.

—Eso te parece, salvaje? Veamos: trae la carta y el postre.

La fortuna habia limado el lenguaje y los modales de Peña hasta el punto de tratar éste con la dulzura que hemos visto á su doméstico, persona *mal criada*, pero que con el tiempo haria grandes progresos en cultura, si su amo continuaba dándole siquiera una leccion á la semana por el estilo de la de aquel dia, pues en cinco minutos no le habia llamado más que animal, majadero, estúpido, imbécil, pedazo de naranjo y salvaje. El criado entregó la carta á Peña, que la leyó de prisa y la hizo añicos, sin decir una palabra, y en seguida puso encima de la mesa la bandeja con el libro.

—Qué recado te dieron al entregarte esto?

—Que el contenido es un postre que el Sr. Flores le regala á usted para la comida de hoy.

Peña estaba léjos de imaginarse lo que aquello po-

dría ser, y hubo un momento en que creyó que el criado se bromeaba con él y se le reia en sus barbas.

Contúvose, sin embargo; mandóle salir, é impaciente por saber ya el desenlace de aquella misteriosa escena, que le parecia una farsa, cuyo sentido no acertaba á comprender, levantó el pañuelo que cubria la bandeja, vió el libro, lo abrió por la portada, y leyó para sí, mordiéndose de rabia los labios y rechinando los dientes:

MANUAL DE EDUCACION.

XI.

Lo primero que hizo Roman, así que leyó el título de la obra, fué tomar medio pliego de papel y una pluma, y trazar estas líneas:

«Sr. D. Manuel Flores:

»Mañana almorzarémos juntos en la Venta del Es»píritu-Santo; me acompañarán dos amigos; usted »puede convidar, por su parte, á otros dos. Espero sa»ber la hora que usted elige, y en cuanto á las demas »disposiciones que puedan contribuir á amenizar esta »gira improvisada, usted es árbitro de adoptar las que »guste.

»ROMAN PE...»

Al ir á poner las últimas letras de su apellido, recordó que su amigo Manuel se hallaba postrado en ca-

ma hacia mucho tiempo. Así, pues, rompió la carta, y dió principio á otra, que decia:

«Señor, etc.
»Ruego á Dios que se restablezca usted cuanto ántes, »para tener el gusto de matarle...»

Estas palabras le parecieron demasiado duras; y acordándose entónces, por casualidad, de las cristianas máximas del *Padre del pueblo*, trazó en otro papel lo que sigue:

«Señor, etc.
»Perdono á usted el insulto que me ha hecho, de» bido seguramente al lamentable estado de su cere» bro...»

—Oh! no!—dijo, arrepintiéndose al punto de su generosidad.—Es una cobardía... creerá que le perdono... de miedo! Aunque, por otra parte, y considerándolo todo con calma, su conducta conmigo se reduce á nada. Envidia! envidia pura! No contestaré.

Y resuelto á no darse por entendido, dirigióse á su alcoba y se tendió en la cama, oyéndose á poco en el solitario gabinete á que aquella pertenecia los acompasados ronquidos del hombre feliz y satisfecho. Roman Peña *descansó* un par de horas.

XII.

Una enfermedad desconocida iba minando lentamente la existencia de Manuel Flores, que, solo entre el eterno bullicio de la córte; extranjero, digámoslo así, en un mundo que ninguna semejanza tenía con la sociedad de la oscura aldea donde corrieron sus primeros años, veia pasar en el mayor abatimiento un dia tras otro, y disiparse todas sus ilusiones, como las bellas y luminosas figuras de los cuadros disolventes y cromotrópicos.

Desgraciado el hombre que vive sin ilusiones! Porque la ilusion es la esperanza, y la esperanza el bálsamo que calma ó suaviza los dolores de la humanidad, la estrella que guia por el áspero camino de la vida á tantos millones de infortunados como habitan la extension de la tierra. Quitad al hombre las ilusiones, y los campos aparecerán á sus ojos sin flores, los cielos sin luz, la sociedad sin encantos; el pobre maldecirá al rico, el enfermo blasfemará de Dios, el pintor, que en medio de su miseria crea prodigios, arrojará sus pinceles, el escritor romperá su pluma, y el músico su lira. Sin ilusiones, concluirán las gloriosas dinastías de los grandes artistas, que unen sus armonías con las magníficas armonías de la naturaleza, siendo unas y otras una nota del sublime concierto con que todas las esferas saludan al Autor del universo. Una vida sin ilusiones es como arpa sin cuerdas, como fuente

sin agua, como corazon sin amor; y la juventud actual, que tanto suspira por lo *positivo*, palabra que, al parecer, resume sus glorias y aspiraciones, y que, analizada, forma la trinidad del sensualismo, *comer, dormir y gozar;* esa juventud, digo, detestaria su existencia, si ésta sólo se deslizase entre la miseria de la realidad, despojada de los atractivos con que la imaginacion la embellece.

Manuel se veia huérfano, enfermo, pobre, sin relaciones, y abandonado por aquel á quien hasta entónces tuvo por único, leal y verdadero amigo. Habia presentado sus trabajos literarios á algunos especuladores, que, despues de medirle de piés á cabeza con una mirada friamente mercantil, y de oir su nombre, del que nadie tenía noticia, ni se dignaron pasar los ojos por aquellos. Habia visitado á actores, que, despues de entretenerlo mucho tiempo, le devolvieron sus cuadernos dramáticos, sin leer siquiera el título de las producciones; y en fin, anunciándose como pintor, esperó en vano semanas enteras á que le encargasen obras.

Y en tanto apagábase el fuego de su espíritu, y en medio de la tristeza que le devoraba, se consumia la fuente de sus creaciones, no podia dar forma á ningun pensamiento, y como consecuencia fisiológica, el espíritu mataba á la materia, el alma enferma destruia al cuerpo sano.

Antes de caer postrado en cama, habíale perseguido tan tenazmente el recuerdo de su pueblo natal, que en él pensaba despierto, con él soñaba dormido,

y en repetidas ocasiones estuvo dispuesto á emprender el viaje, dando un eterno *adios* á la córte, para volver á sus queridas montañas. Creeríase que el infeliz mancebo padecia la *nostalgia* ó *enfermedad del país*, que ejerce una influencia fatal en ciertas organizaciones, y áun llegó á pensar esto mismo; pero se engañaba. Necesitaba él otra atmósfera que la de su pueblo; su dolencia provenia únicamente de que su alma de artista vivia reconcentrada en sí propia en la estrecha cárcel del cuerpo, y le eran indispensables el bautismo de la admiracion y de los aplausos, para desplegar sus alas y recorrer los infinitos horizontes de la poesía, y la correspondencia de otra alma digna de la adoracion de la suya.

Miéntras Manuel Flores sufria en el infortunio al pié de la escala de la fortuna y de la gloria, encaramábanse por ella centenares de nulidades coronadas, cínicos usurpadores de la legitimidad, que tenian á sus plantas, y que de un pueblo grave, honrado, inteligente y noble, como es el nuestro, pretendian hacer, con sus insípidas y absurdas composiciones, cantadas ó habladas, un pueblo de saltimbanquis y de idiotas.

Al oscurecer de una tarde de Junio, un jóven sacerdote, precedido por varios devotos con hachas y velas encendidas, caminaba lentamente, llevando en sus manos el Viático, que debia administrar á un enfermo. Al sonido compasado y monótono de la campanilla, que anunciaba la presencia de Jesucristo y se

unia á las oraciones del sacerdote, todos los transeuntes detenian el paso, descubríanse la cabeza é hincában una rodilla en el suelo, rindiendo este público y solemne homenaje de respeto y de humildad al Grande entre los grandes, al Rey de reyes. Al doblar una esquina una elegante carretela, en que iban solamente una hermosa jóven y un anciano, éste mandó al lacayo que parase, pues se encontraron con la silenciosa comitiva; apeáronse los tres, ofrecieron el carruaje al ministro de la Iglesia, que ocupó el lugar de aquellos, y acompañaron al Señor hasta la puerta de la casa que se dignaba santificar y enaltecer con su divina presencia.

La jóven, inspirada, más que por un sentimiento de curiosidad, por su natural compasion, pues el aspecto de la casa revelaba que debia tratarse de un pobre, necesitado de la caridad de las buenas almas, preguntó á una mujer de la vecindad que se hallaba á su lado, si sabía quién era el enfermo.

—Sí, señorita,—le contestó:—un excelente jóven, que hace mucho tiempo no se levanta de la cama. Creo que es un estudiante.

—Sabe usted cómo se llama?

—Don Manuel Flores.

Al oir este nombre, la jóven perdió el color, apoderándose de su cuerpo un estremecimiento convulsivo, que, por fortuna, duró poco, y que sólo fué notado por su interlocutora, la cual se apresuró á decir:

—Señorita, se ha puesto usted mala?

Á esta pregunta el anciano volvió la cabeza, exclamando:

—Aurora!... qué tienes, hija mia?

—Nada, no es nada.

—Y sin embargo, estás pálida... Vámonos de aquí.

Y subiendo á la carretela, que ya estaba desocupada, el anciano, que no era otro que el conde de Vega-Sola, y su hija Aurora desaparecieron prontamente de la calle en que habia pasado esta escena.

Manuel, segun la opinion del médico que le asistia, daba pocas esperanzas de vida.

XIII.

Aquella misma noche daba un baile en su palacio el conde de Vega-Sola, en celebridad del aniversario de la salvacion casi milagrosa de su hija, que, como saben ya mis lectores, la debió al jóven aldeano, de quien ésta habia tenido rara vez noticia desde su llegada á Madrid. Con el motivo expresado, una gran concurrencia, en su mayor parte aristocrática, animaba los brillantes salones del palacio del Conde, en los cuales no se distinguia un solo semblante que no revelase el íntimo contento del alma, ó lo que es más cierto, que no lo fingiese, porque si pudiera leerse en el misterioso libro del corazon humano, ¡ cuántas amarguras, cuántos dolores, cuántas lágrimas no se encontrarian

en sus páginas! Aquella alegre y lucida reunion, agitándose á las caprichosas armonías de Strauss; aquellas elegantes damas, coronadas de flores y de diamantes, perfumadas con olorosas y suaves esencias; aquellos jóvenes y aquellos ancianos, ostentando en su pecho las condecoraciones y distintivos del mérito, del favor ó de la fortuna, nos hubieran parecido otros tántos reos condenados al horrible suplicio de reir y danzar, ahogando el llanto en su pecho, en medio de un cementerio adornado de soberbias lunas de Venecia, espléndidos cortinajes de seda y damasco de colores con remates de oro, y primorosos candelabros de plata, cuya luz, unida á la de várias arañas de cristal, colocadas en las diferentes habitaciones, esparcian una claridad sólo comparable con la de un dia sereno de Julio.

Aurora lucia un lujoso vestido azul con flores de color escarlata y profusion de encajes, realzando su prendido un aderezo de rosas, formadas de rubíes, perlas y brillantes de tal precio y tan artísticamente distribuidas, que si por su angelical belleza la hija del Conde no fuese ya la reina de la funcion, lo sería por la magnificencia verdaderamente régia y exquisito gusto de su traje. Una dulce sonrisa vagaba tambien por sus labios... Infeliz Aurora! ella era la primera víctima. Habia sabido el estado de su libertador, de aquel sin cuyo auxilio hubiera perecido ella irremisiblemente en la montaña; y áun cuando no fuese más que por un sentimiento de gratitud, debia padecer, acordándose de

que, miéntras á ella le rodeaba una turba de adoradores, Manuel se moria tal vez, sin oir una voz amiga en sus últimos momentos, sin conocer los beneficios de una mano generosa, que quizás le arrancaria del borde de la tumba.

Roman Peña era, sin disputa, entre los presentes, el único sér que se hallaba en toda la plenitud de la dicha. Paseábase de acá para allá con el cuello erguido como un avestruz, el rostro colorado como una amapola, y los ojos brillantes, casi lacrimosos de placer; sus estupendas carcajadas, sin motivo muchas veces, sobresalian entre el ruido del baile y de la orquesta.

Nadie conocia á ciencia cierta su modo de vivir; sólo aquellos que mejor enterados se suponian, sospechaban que su escandalosa y rápida fortuna era producto de ciertas operaciones bursátiles no muy limpias, pero bastante felices para que personajes de alta importancia, no sólo no se desdeñáran de admitir su trato, sino que lo solicitasen, por el provecho que pudiera reportarles.

El Conde recibió en su casa á Roman Peña, recien llegado éste de la aldea, primero con la noble y séria urbanidad correspondiente á una persona de su clase, á quien un amigo dirige una recomendacion; despues con el fastidio que temprano ó tarde llega á inspirar un importuno, y Roman lo era, pues menudeaba las visitas sin objeto alguno, aparente al ménos, por cuya causa el padre de Aurora tuvo que negarse á recibirle, con varios pretextos; y últimamente, con afectuosa

confianza, porque los tiempos habian variado, y con ellos la posicion de Peña, la cual, de humilde que era, se hizo envidiable.

Decíase que la fortuna del Conde no se hallaba en estado tan lisonjero como él quisiera para sostener el brillo de su rango; que debia á Roman gruesas sumas, y que tal vez no se habria ocultado á su perspicacia la conveniencia de un enlace entre Aurora y el único vástago del tronco de Peña, el más furibundo de todos los secuaces del *contraria contrariis;* pues en los tiempos que corren, las más rancias preocupaciones de familia, los títulos más soberbios del orgullo y de la sangre, desaparecen ante *consideraciones* más prosaicas, pero más convenientes para la vida del gran mundo. La modestísima prosapia del ex-amigo de Manuel Flores podria, en efecto, ser ennoblecida, sin más que el bautismo del oro, en que nadaba á la sazon Roman Peña.

Estos rumores no impedian que la córte de apasionados de Aurora fuese cada vez más numerosa y lucida, puesto que la linda y amable heredera del Conde eclipsaba con su belleza á las primeras hermosuras de la capital de España; así es que en toda la noche se vió libre de compromisos para bailar y de galantes insinuaciones, que ella escuchaba distraida, porque no podia borrarse de su mente la escena de la tarde. Con el objeto, pues, de calmar su inquietud, abandonó la confusion del baile, y llamando á un lacayo, le mandó á casa de Manuel Flores, encargándole el mayor sigilo,

para que adquiriese noticias exactas de su salud; volviendo en seguida al salon, en donde ya la esperaba Peña, con quien debia bailar el rigodon anunciado, y á quien se aproximó, disculpando su ausencia.

—Precisamente,—dijo Aurora,—deseaba yo que llegase este momento, porque tengo que hablar á usted de un asunto, en que no dudo se interesará su corazon generoso.

—Me hace usted la justicia de comprender mis sentimientos; y aunque ellos no fuesen tales como usted los juzga, me bastaria la más pequeña indicacion de usted para complacerla en todo.

—En ese supuesto, diré á usted que necesito el auxilio de su amistad.

—Cuente usted con él.

—Se trata de una buena accion.

—Escucho con impaciencia.

—He sabido que su amigo de usted, el Sr. de Flores, está en Madrid.

—(Hola!) Oh! ya hace años.

—Yo lo ignoraba, y en verdad, no sé cómo usted no me ha dicho nada en tanto tiempo.

—Psit! es cierto; pero como no ha habido motivo para...

—Seguramente, no recuerdo haber preguntado á usted por él ni una vez siquiera.

—(Á dónde irá á parar?)

Aquí hubo una breve interrupcion, miéntras bailaron la primera figura nuestros interlocutores, los

cuales reanudaron despues el diálogo en estos términos:

—Pues bien, amigo; Flores se halla gravemente enfermo y sumido en la mayor indigencia.

—Qué oigo!

—Esta misma tarde, al entrar en la calle donde vive, tuvimos que bajar de la carretela mi papá y yo, y cedérsela al sacerdote que iba á administrar el Viático á su amigo de usted.

—Pobre Manuel! exclamó Peña con acento compungido.

—Usted, como íntimo amigo y paisano suyo, tendrá noticia de que él me arrancó de los brazos de la muerte en una cacería.

—Juro á usted que nunca le merecí esa confianza! Ha sido siempre tan reservado commigo!

—De todas maneras, ya que la casualidad me proporciona la ocasion de saber su estado, y poseyendo medios para aliviarlo en lo posible, quiero mandarle por conducto de usted una pequeña suma, que unida á la que usted destine al mismo objeto, contribuirá á que no le falten al ménos los auxilios indispensables. Si mi papá fuese á llevársela, de seguro la rehusaria el Sr. de Flores; tengo motivos para conocer el extremo á que llega su delicadeza; pero entregándosela usted, sin descubrir la procedencia de una parte de ella, la recibirá á no dudarlo.

Nueva interrupcion.

Aurora estaba á punto de desmayarse. Roman sen-

tia todo el veneno de los celos, que iba cayendo gota á gota en su corazon, endurecido por la fortuna. Esta vez los frios cálculos algebráicos se derretian al fuego intenso de la pasion que más atormenta al hombre. El que tanto alarde hacia de la *incontrastable* insensibilidad del *positivismo*, era derribado cobardemente por la primera tempestad que estallaba en su pecho.

Y sin embargo, estas dos víctimas sonreian al compas de la música, que resonaba en sus oidos como los bramidos del mar en los del náufrago que tiende sus brazos al cielo, sin esperanza de salvarse.

Parecíale á Roman adivinar en las palabras de la hija del conde de Vega-Sola señales de un interes demasiado tierno por su amigo moribundo; señales que destruian las esperanzas que él alimentaba mucho tiempo hacia, desde la tarde misma en que Manuel le confió el secreto de sus amores junto á la gruta de la montaña. Poca constancia era de esperar del carácter frívolo y superficial de Peña en los negocios que no le interesaban de cerca; pero revelábase aquella de una manera prodigiosa cuando, por el contrario, descubria motivos de utilidad propia, en cualquier sentido que fuese. Amaba Roman á la hija del Conde? Nadie podria afirmarlo; pero lo más verosímil es que, ya por envidia, ya por el ridículo capricho de halagar su amor propio, su vanidad, habíase propuesto conquistar un cariño que tal vez no le haria feliz, y que de seguro causaria la desgracia de Manuel Flores, á llegarse á realizar su idea.

Hay hechos que no se explican, porque están colocados fuera del órden de las leyes de la naturaleza, y que son verdaderas aberraciones, nacidas acaso de la organizacion especial del individuo. Á no descubrir Manuel á su amigo su pasion por Aurora, acaso nunca hubiera ocurrido á éste el pensamiento, que no le abandonó desde entónces, de poner sus ojos en quien estaba demasiado elevada en aquella sazon para la humildad de Roman Peña, cuyas acciones no eran espontáneas las más veces, sino que necesitaban de la iniciativa ajena para manifestarse; pero entónces ningun respeto humano le detenia para convertir en provecho propio ideas que provenian de otro orígen.

—Prometo á usted, —dijo Roman, esforzándose por disimular su turbacion, luégo que concluyeron la figura, —prometo á usted entregar mañana á la patrona de Flores la cantidad que usted misma indique, y que no será la primera que él recibe de mis manos.

Añadió estas últimas palabras, creyendo que la declaracion de un beneficio, que, á ser cierto, debia ocultarlo en el fondo de su pecho, sería un título de admiracion á los ojos de Aurora.

Aurora nada respondió.

—Es tan fatal la estrella de Manuel, —continuó Peña, —que, á no ser por mí, hace mucho tiempo le hubiera sido imposible sostenerse en Madrid; y si en mi mano estuviese asegurarle un buen porvenir...

—Oh! lo merece, exclamó Aurora con entusiasmo.

—Si él se decidiese á emprender la carrera del comercio...

—Y por qué no?

—Acaso no me sería difícil colocarle en la casa de socio de un amigo mio.

—Aquí mismo, en Madrid?

—Oh! no, señora; en los Estados-Unidos, en Filadelfia.

—En Filadelfia!

—Se está por allá diez ó doce años...

—Pero no hay que olvidar,—observó Aurora con precipitacion, — que, aunque salga felizmente del grave peligro que en la actualidad amenaza á su vida, la convalecencia será larga y el viaje muy expuesto.

—Todo se reduce á esperar á que se restablezca.

—En fin... en fin... verémos,—dijo Aurora con voz balbuciente;— lo que ahora importa es socorrerle.

—No dude usted que así lo haré.

—En ese caso, mañana mandaré á usted uno de mis lacayos...

—Comprendo. ¿Me quiere usted arrebatar la gloria de ser solo en la obra de caridad de que se trata?

—Es usted demasiado ambicioso, amigo mio. Yo le ruego que me permita participar de ella; porque si usted satisface una deuda de amistad, la mia es de gratitud, y de tal naturaleza, que si hubiera de pagarla como corresponde, difícil me sería encontrar un medio oportuno. Recuerde usted que me salvó la vida.

—¿Y qué habia de hacer, viendo á usted en riesgo inminente de perderla, y pudiendo, sin sacrificio de ninguna especie, restituirla á los brazos de su anciano padre? El no haberlo ejecutado así hubiera sido indigno, no ya de mi amigo Manuel, sino hasta del hombre más despreciable.

—¿Luego, segun usted, no hay mérito alguno en la accion de Flores? repuso Aurora, sorprendida del extraño lenguaje de Peña.

—No me habré explicado bien,—replicó Roman, conociendo que habia dicho más de lo necesario.—He querido significar que el cumplimiento de ciertos deberes es natural en todos los hombres, y que el mérito está en la abnegacion y en el sacrificio, que son los que ponen á prueba la virtud.

—Tengo el sentimiento de no estar acorde con usted en ese punto: tienda usted una mirada por el mundo, y vea cuántos hombres hay que cumplan con esos deberes naturales y fáciles á todos ellos. La caridad, segun mi corta comprension, al par que un sentimiento, es un deber; y no obstante, millares de personas que pueden ser caritativas sin sacrificio, no se acuerdan de que hay dolores y miserias infinitas en torno suyo.

Esta observacion de Aurora parecia un sangriento epigrama dirigido á Roman, que ya no sabia qué responder, y bajaba los ojos, confuso y avergonzado de verse vencido por una jóven, sin más elocuencia que la que espontáneamente brotaba de su hermoso corazon.

como hemos visto, no pudo rehabilitarse á los ojos de aquella, á causa de la llegada del baroncito, que la amistad de Manuel y de Peña habia concluido; pero ni remotamente sospechaba el motivo de semejante rompimiento. Así, pues, determinó desde entónces no tener más explicaciones con el hijo del cirujano acerca de este asunto, y proceder por sí sola, segun su buen natural le dictase.

La reunion seguia bastante animada en las últimas horas de la noche; pero la animacion presentaba otro carácter que al principio. Al estrepitoso movimiento de los piés, sucedió el diálogo de silla á silla; á la tímida galantería, la declaracion resuelta, la confianza amorosa, la mirada de fuego. Gran parte de la concurrencia habíase dividido en series, formadas, como en botánica los vegetales, por el órden de sus afinidades. Veíanse aquí muchachas encantadoras reunidas en grupos, como frescos y donosos ramilletes de flores; allá, las que se habian quitado la primera cana, y pensaban con amargura en que no tardarian en quitarse la segunda, la tercera, y, ay! en tener que recurrir, tras de tanto triunfo, al acusador postizo; en otro lado, las señoras de mayor edad, joviales como niñas de seis años, porque se rejuvenecian en sus nietos, no sintiendo ya su corazon helado los flechazos y tormentos del dios de la aljaba.

Fuera de algunos jóvenes, que revolaban, á guisa de mariposas, al rededor de los primeros grupos, ó que componian parte de ellos, muchos de los individuos

del sexo masculino, que la moderna fraseologia de café designa con el prosaico nombre de *gallos*, ó hablaban de política y de las novedades del dia, ó flechando el lente, contemplaban las hermosuras *macizas* pertenecientes á los segundos grupos, sin olvidar por esto los primeros.

Bailábase de tarde en tarde, y entónces se desquitaban del abandono en que se las habia tenido toda la noche las poco favorecidas por la naturaleza, y ciertos mancebos parásitos y tímidos, que cuando todo es alegría, siempre se ven solos por los salones, ya mirando al techo, ya arrimados á una pared, ó bien junto á una puerta y pensando generalmente... en nada! Entónces, como dueños del campo, hasta tenian el atrevimiento de aventurar tal cual frasecilla, como, por ejemplo: — «Qué calor hace!» — ¿Ha bailado usted mucho?—Ya debe ser tarde.

Roman disputaba acaloradamente con el baroncito de Monte-Pardo en una antesala; pero los dos eran moros de paz, y de seguro no cometerian la sandez de citarse para un duelo, procediendo con una discrecion ajena de entrambos en los negocios ordinarios de la vida. Dábanse, no obstante, tremendas estocadas... de palabra, cuando el conde de Vega-Sola, que por allí pasaba, intervino para que se reconciliasen, y logró que se diesen la mano.

Miéntras esto sucedia en la antesala, Aurora preguntaba al lacayo que fué á enterarse de la salud de Manuel, y ya estaba de vuelta:

—Acertaste con la casa?

—Sí, señorita.

—Quién te recibió?

—Nadie, porque no tuve necesidad de subir.

—Entónces ¿cómo has sabido...

—Me ha enterado de todo el mismo facultativo que asiste al enfermo, y á quien encontré en la puerta de la calle con un sereno.

Aurora temia oir la verdad, presintiendo que habia de ser triste; por eso prolongaba con inútiles digresiones su incertidumbre, que al cabo, por penosa que fuese, lo era ménos que la realidad desconsoladora que le esperaba.

—¿Y no dijo qué enfermedad...

—Una pasion de ánimo, ya antigua, pero desconocida.

—Una pasion de ánimo!... Dime? y confia el médico...

—Ay señorita! eso es lo peor.

—Acaba.

—Es de parecer que si no le salva al enfermo su naturaleza, empleando alguno de esos recursos que la ciencia ignora, no hay remedio humano para él, y no saldrá de esta noche.

—Ah! exclamó Aurora, lanzando un grito desgarrador y cayendo en tierra sin sentido.

Este grito resonó de sala en sala; todos los concurrentes se precipitaron hácia el punto de donde habia partido, convirtiéndose en inquietud y alarma la di-

version, que tan buenos ratos prometia aún para lo que restaba de noche.

El conde de Vega-Sola atravesó como un loco por medio de la gente que se agolpaba, luégo que, volando de boca en boca, llegó á su oido el nombre de su hija, á quien trasladaron á la alcoba más inmediata, sin que diera señales de vida.

Poco despues la concurrencia bajaba por la espaciosa escalera de jaspe del palacio de Vega-Sola, trasformada en jardin: tal era la profusion de macetas y de jarrones de flores y guirnaldas con que la habian adornado, y tan delicioso el cántico de las avecillas, aprisionadas en bonitas jaulas, puestas de trecho en trecho, y ocultas entre el ramaje de frondosos arbustos.

XIV.

La noticia que el lacayo de Aurora dió á ésta del estado alarmante de Flores, produjo en ella el efecto que hubiera producido un rayo cayendo á sus piés. Sin embargo, su juventud y su naturaleza privilegiada triunfaron en breve del repentino accidente, y poco despues ya descansaba casi todo el mundo en el palacio del conde de Vega-Sola: éste se retiró á su habitacion, viendo las repetidas instancias de su hija.

No bien hubo salido de la alcoba de Aurora, entra-

ron la doncella y el lacayo, á quien éste habia ido á buscar de parte de su ama.

—Gonzalez,—dijo Aurora al lacayo,—¿supongo que no habrás olvidado la calle ni el número de la casa del enfermo por quien fuiste á preguntar ántes?

—No los he olvidado, señorita.

—Pues bien; prepárate á ir otra vez y llevar una carta, para entregar al enfermo, en propia mano.

—Señorita, el médico me dijo...

—Sí, te dijo que el enfermo estaba de mucho peligro; que tal vez no saldria... que tal vez... Jesus! —continuó la jóven, interrumpiéndose.—Siento una opresion en el pecho y unas ganas de llorar!... pero esto no será nada; ya va pasando... sí... ya pasó... Digo, pues, que, segun el facultativo, el enfermo acaso no saldria de esta noche. Sin embargo, es preciso á toda costa entregarle la carta que te daré; porque si tenemos la suerte de que pueda leerla, su salvacion es segura. Pero te encargo mucha discrecion y silencio.

—Señorita...

—Lo oyes? Mucha discrecion y silencio.

La advertencia era casi inútil. El dócil lacayo era hijo de la nodriza de Aurora y hermano de leche de ésta, á quien amaba entrañablemente, y por quien sería capaz de hacer hasta el sacrificio de su propia vida, si preciso fuese.

Aurora tomó una llavecita debajo de la almohada, y se la entregó á la doncella, para que de uno de los

cajones del elegante escritorio que en el gabinete habia, sacase una cartera de raso azul y se la llevase á la cama.

Hízolo así la doncella, y Aurora sacó de la cartera medio pliego de papel, un lapicero de plata y una carta, cuyo contenido se reducia á las siguientes palabras:

«Señorita:

»Dios ha encendido en mi pecho el fuego de una »pasion, que sólo se extinguirá con mi vida. Usted es »el objeto que me la ha inspirado, y aunque no me »hago la ilusion de alimentar esperanzas locas, me »atrevo, y por ello le pido mil perdones, á permitir á »mi corazon el triste desahogo de decirla que, aunque »sin esperanza, por usted late y que para usted será »su último latido. El cielo le dé á usted tanta alegría y »tanta felicidad como amarga desventura ha dado al »que escribe estos renglones.

»MANUEL FLORES.»

Aurora habia leido mil y mil veces la carta que antecede, pensando quizas otras tantas en la contestacion que desde luégo le hubiera dado, á consultar únicamente los impulsos de su corazon. Pero habia llegado ya la hora de decidirse resueltamente á todo; conocíalo la noble jóven; así es que, sin detenerse, trazó con el lápiz esta lacónica respuesta:

«El cielo no puede darme alegría ni felicidad mién»tras dure la amarga desventura de mi amigo y sal-

»vador, por cuya salud ruega á Dios su inconsolable
» y constante amiga,

»Aurora.»

¡Quién explicará los hondos arcanos del alma! Aurora hacia años que no veia á Flores; hallábase desde entónces rodeada de lujo, de riquezas y de adoraciones, pareciendo que sólo sueños de ambicion, de gloria y de contento debian cruzar por su mente... Pero Aurora tenía un temple de alma superior, y sus sentimientos no podian medirse con el compas con que se miden los de las almas vulgares. El recuerdo que de su salvador conservaba era indeleble, y lo que al principio no sería quizás otra cosa que gratitud, se trasformó en un amor, identificado ya de tal suerte con su existencia, que renunciar á él la hubiera sido lo mismo que renunciar á vivir. Bien conocia la noble jóven los grandes obstáculos que se opondrian á la realizacion de sus deseos, siendo los principales su cuna y las riquezas; mas no por esto llamaba locas á sus esperanzas, como Flores á las suyas, porque para su espíritu varonil y para la generosidad de su alma no existian imposibles. Educada, por otra parte, desde los seis hasta los catorce años de edad, en un pacífico monasterio de Búrgos, su corazon se mantenia vírgen aún de las pasiones que agitan á los que laten en medio del borrascoso mar del mundo. Aurora recordaba á Flores, como recordaria el cielo ó el mar un hombre que cegase de repente, sin haberlos visto más

que una vez; como se recuerda todo aquello que nos representamos sublime y lleno de perfecciones; la amaba como se aman dos palmeras lejanas, como un astro á otro; porque así en el órden moral como en el órden físico existen atracciones, que no por inexplicables dejan de ser reales y efectivas. La voz de Flores puede decirse que era la primera voz de hombre que resonaba en su oido, como una de esas melodías de los grandes maestros, que nada dicen á los indiferentes ó á los ateos, pero que en las frases más sencillas ó más vagas revelan todo un mundo de celestes goces á los corazones y á las inteligencias selectas.

Así pues, lo que Aurora contestaba á Flores era la expresion exacta y terminante del estado de su corazon.

Para un alma enferma de amor, como la de Flores, no habia remedio humano más que el que los instintos seguros y los presentimientos infalibles de Aurora inspiraron á ésta en aquel instante supremo, que tal vez hubiera sido el último del moribundo.

Gonzalez partió como una exhalacion, y en cinco minutos llegó á la casa de Flores. La patrona intentó oponerse á que se molestase al enfermo, precisamente hallándose éste en un momento de descanso, que parecia anunciar el principio de una crísis favorable. Pero oyendo la disputa Alfonso Torralva, compañero de hospedaje de Manuel, que estaba en su gabinete y que llamó al lacayo, y asaltándole una sospecha repentina, preguntó á Gonzalez si una miniatura que sacó de la cómoda del enfermo se parecia á la hija del

conde de Vega-Sola; viendo que la respuesta era afirmativa, ya no vaciló en entregar á Flores la carta bajo su responsabilidad, puesto que de ella acaso dependería la salvacion del enfermo.

Flores respiraba tranquilo, y hallándose despierto á la sazon, díjole Torralva, con las precauciones convenientes, el objeto de la venida del lacayo de Aurora, á cuyo mágico nombre el enfermo se incorporó como un cadáver galvanizado; porque su demacracion era verdaderamente cadavérica, asustaba.

Incorporóse, como he indicado, en la cama, abrió los ojos desmedidamente, y tendió con ánsia una mano para tomar la carta, de la cual se apoderó con una especie de arrebato febril, apretándola entre los dedos, como si temiera que álguien quisiese arrebatársela. Torralva acercó una bujía, á cuya luz la leyó el enfermo, animándose por grados, y recordando, mediante un breve esfuerzo de memoria, su antigua carta; porque las palabras que en la suya usaba Aurora, aunque por su combinacion en ella hacian diferente el sentido, eran casi las mismas, como verá el lector, que aquellas de que, para su declaracion se habia valido Flores.

«El cielo no puede darme,—leyó tres veces,—alegría »ni felicidad, miéntras dure la amarga desventura de »mi amigo y salvador, por cuya salud ruega á Dios su »inconsolable y constante amiga,

»AURORA.»

Lágrimas copiosas rodaron por las mejillas del poeta, despues de la lectura de esta carta; pero lágrimas que le aliviaban, y no lenta, sino rápidamente y con un alivio milagroso. La idea de que aquella criatura tan noble, tan tierna, tan angelical, no sólo no le habia olvidado, sino que hacia fervientes votos por su salud y por su felicidad, tenía el poder de arrancarle de los brazos de la muerte, ó mejor dicho, de resucitarle.

Viéndole el lacayo tan animado, se atrevió á preguntarle:

—Qué tal se siente ahora el señorito? Quisiera saberlo, para decírselo á las personas que se interesan por su salud.

—Oh! diga usted á su señorita,—respondió con voz firme y entera el enfermo,—que me siento ya casi bueno, y que miéntras mi ángel custodio, que ella sabe quíen es, me tienda una mirada de proteccion y de bondad, no se acercará á mí el ángel de la muerte; dígale usted que Dios la premiará sus beneficios, su compasion; dígale usted que yo tambien en mis oraciones pediré al cielo que conserve su vida para alegría de los que la aman, que son cuantos la conocen, y para consuelo de los que ampara, que son cuantos desgraciados imploran su caridad; y dígale usted, por último, que ha visto usted mis lágrimas, y que estas lágrimas son el único testimonio que puedo darle de mi gratitud inmensa.

Y el enfermo reclinó otra vez la cabeza sobre la almohada, algo agitado por las sentidas palabras que

habia dicho al lacayo, para que se las repitiese á la hija del conde de Vega-Sola.

XV.

No encontrando Roman Peña medio hábil y decoroso de faltar á la solemne palabra, empeñada con Aurora, de socorrer á Flores, proporcionándole los recursos necesarios para sufragar los gastos de la enfermedad que le tenía postrado en el lecho, discurrió uno, sin embargo, para que su antiguo amigo y paisano quedase reconocido y hasta cierto punto obligado á su filantropía. Acostumbrado á considerar todas las cosas como otros tantos negocios mercantiles ó como operaciones bursátiles, no daba paso ni ejecutaba accion alguna sin calcular de antemano la utilidad que podria reportarle el favorecer ó no á una persona. Su corazon metalizado era una especie de reloj, cuyas ruedecillas se movian únicamente cuando el interes las empujaba; una lira muda para la poesía, para la caridad, que sólo respondia ya á sentimientos contrarios. Él resumia todas las satisfacciones, todos los goces, todas las grandezas, todas las glorias, en una sola palabra: *dinero*. El dinero era su alfa y su omega, su patria y su Dios, su amor y su familia. Con dinero disfrutaba de cuantas comodidades son imaginables, os-

tentando un tren que nada tenía que envidiar al de los principales banqueros de la córte; con dinero había sustituido la modesta casita en que nació, con un soberbio palacio en Madrid, y su antigua cabalgadura, con un carruaje que atropellaba con el mayor donaire del mundo al descuidado transeunte, al pobre ciego, á la anciana enferma ó al niño abandonado; con dinero, en fin, sostenia relaciones con mujeres que, á su vez, le miraban como un filon digno de ser explotado, y daba suntuosos banquetes, que en más de una ocasion suministraron asunto para *revistas de Madrid* ó gacetillas juguetonas. Lanzado con sus malos instintos, y sin haber completado su educacion, en el borrascoso mar de la córte, estas mismas circunstancias favorecieron maravillosamente la elevacion de su fortuna. El hombre que posee la dignidad y la resignacion suficientes para no humillarse ni cometer vilezas, se ve obligado á luchar contra viento y marea por espacio dé largos años, y muchos van á estrellarse contra los escollos que á cada paso les presenta el revuelto piélago. Pero el que levanta su frente audaz, desafiando hasta el poder divino; el que no se enciende de rubor cuando comete una mala accion; el que sufre los desprecios del poderoso, que caen sobre él como el látigo sobre el esclavo, y no solamente los sufre, sino que ademas sonrie; el que atropella todo decoro, toda conveniencia, toda consideracion, á trueque de lograr sus fines; ése llega al puerto, sano y salvo, como llegó Roman Peña, y como han llegado

parte de los que nos deslumbran con su opulencia ó con su grandeza.

Roman Peña, sin embargo, no era feliz; cuanto más tenía, más codiciaba; como el hidrópico sediento, que cuanto más bebe, tanto más inextinguible es la sed que le devora. Y no era riqueza lo único que deseaba; era todo lo que no poseia; y no lo deseaba precisamente por poseerlo, sino por privar de la posesion á otro.

Peña se propuso, como he indicado, hacer que Flores quedase reconocido á su filantropía, á cuyo fin se dirigió, el dia siguiente al del baile, á casa del enfermo.

Reducíase la alçoba que ocupaba Flores á una habitacion oscura del todo, situada en un pasillo del cuarto, y que recibia la débil luz que penetraba por los sucios vidrios verdosos de una ventana que daba á un patio, tambien oscuro, estrecho y mal ventilado, por cuyas paredes conocíase que no habia pasado durante largos años la brocha higiénica y restauradora del blanqueador; eran unas paredes muy propias y muy dignas de un meson de aldea, de un figon de ciudad ó de muchos de nuestros establecimientos penales. El interior de todo el cuarto revelaba, más que la miseria, el proverbial descuido que se observa en gran parte de las casas de huéspedes de la córte.

Recibió al capitalista en una reducida sala bastante limpia, pero que indicaba la escasez de fondos del inquilino, la patrona de Flores, vieja á quien la sátira

no dudaria en calificar de sardina, arrugada como un higo, *cofiada* con una papalina de antigua fecha, con dos lazos de color de rosa, marchitos, como todos los objetos de aquella casa. La patrona, que habia visto parar un elegante tilbury á la puerta de la calle, y que esperaba (sin poderse dar razon de ello) la venida de un huésped que pagase, como los judíos esperan la venida de un Mesías, deshacíase en cumplimientos y reverencias, revelando en la alegría de su rostro todas las ilusiones que halagaban su mente.

—Segun mis noticias, ¿tiene usted de huésped un jóven que se llama D. Manuel Flores?

—Sí señor, eso es, Manolito Flores: un alma de Dios, con un corazon de oro, mucho talento y... y mucha desgracia! No merecia tan mala suerte!

—Creo que su salud...

—Es lamentable, caballero; está casi desahuciado. Esta noche, sin embargo, la ha pasado bastante tranquilo.

—Parece que la gravedad de su mal depende, en parte, de la falta de recursos para proporcionarle la necesaria asistencia.

—Yo le diré á usted: como ya hace medio año que está enfermo, al principio recibió de su pueblo una letra de mil reales; despues he suplido yo los gastos; pero bien sabe Dios que ya no sé qué hacer, y que como no me venda yo!... Porque, eso sí, le quiero como á un hijo, y el ver que se va acabando, acabando, me parte el corazon.

La buena mujer sacó un pañuelo de yerbas para enjugarse las lágrimas, que abundantes salian de sus ojos.

—No hay que afligirse, —exclamó Roman, con el acento de la indiferencia, más bien que con el de la compasion;—Flores tiene amigos consecuentes y cariñosos, por más que él los haya olvidado y áun ofendido con un orgullo que sienta malísimamente en las persónas que necesitan del prójimo.

—Orgulloso él?... Pues si es una malva!

—Ésa es la equivocacion de la gente honrada.

—Qué está usted diciendo?

—Si usted me prometiera secreto, yo la descubriria...

—Hable usted sin cuidado. Ya se ve! ¡Yo no le conocia!... esto de no saber una en Madrid con quién trata!

—Pues bien; envanecido con la idea de que le ama una señorita de la alta aristocracia, y soñando con un enlace imposible por todos conceptos, Flores ha preferido vivir entre privaciones, á aceptar de mano de sus amigos los socorros que éstos le hubieran proporcionado generosamente en várias ocasiones. Hijo de un pobre labrador de provincia, ha creido sin duda que le afrentaria el trato de sus antiguas relaciones, de las cuales se ha ido alejando poco á poco, para estar completamente libre de ellas el dia en que haya de celebrarse su soñado casamiento.

—Caballero, no me atrevo... interrumpió la patrona,

recordando, no obstante, lo ocurrido la noche anterior con el lacayo.

—Créalo usted todo; y si no, los hechos confirmarán muy pronto cuanto acabo de revelar á usted, confiado en su palabra de que nunca ha de descubrirlo, ni por nada en este mundo. Aquí tiene usted (añadió, abriendo su cartera, y sacando un billete de dos mil reales, que le habia mandado Aurora), aquí tiene usted este billete, que se servirá entregarle, diciendo que ha venido á traérselo su amigo D. Roman Peña.

La patrona recibió el billete con muestras de profundo agradecimiento.

Roman añadió:

—Seguro estoy de que así que oiga mi nombre despreciará la dádiva; le conozco demasiado, para esperar que la agradezca; pero esto en nada disminuirá la amistad que le profeso, y que, á despecho suyo, le conservaré eternamente; porque no puedo olvidar que hemos sido como dos hermanos en nuestra infancia, y que el infeliz padece.

La patrona principiaba á contemplar con admiracion y respeto á Roman, y á considerarle como un dechado perfecto de amistad, como un modelo de virtud incomparable.

—Si, como digo,—prosiguió Peña,—se negase á recibir la cantidad que acabo de traerle, queda usted autorizada para usar de ella en beneficio de mi amigo, diciéndole á él que me la ha devuelto.

La señora no sabía lo que le pasaba; estaba aturdi-

da de asombro, y si hubiera notado en el aspecto, en la persona toda de Roman, algo que le asemejase, aunque remotamente, con la idea que los mortales tenemos de los bienaventurados habitantes del cielo, hubiérale creido un ángel, venido al mundo expresamente á derramar consuelo... y dinero en la morada de los pobres.

La primera impresion que le produjo el aspecto de Roman, al entrar éste en su casa, habia sido antipática, enteramente desfavorable; y justo es añadir que, áun despues de recibido el billete, le quedó, sin acertar á explicarse la causa, algun resto de aversion en su alma. Aquel hombre tan frio, tan empaquetado, tan rollizo; aquella mirada de hielo, aquel acento de bondad, que parecia hipócrita... todo, en fin, le gritaba que era imposible que semejante aparicion fuese una de las múltiples manifestaciones de la Caridad. Pero cuando el hijo del cirujano dió la última prueba de abnegacion, renunciando á la gloria de que el mundo, y sobre todo el enfermo, conociesen el rasgo de desprendimiento ya dicho, se disiparon todas las prevenciones de la patrona, que no pudo ménos de exclamar:

—Todavía hay virtud en el mundo!

Abriéronse en este momento las puertas vidrieras del gabinete contiguo, y salió de él Alfonso Torralva, que hizo un cortés saludo al atravesar la sala. Entónces clavó Roman sus ojos en el boceto de un cuadro al óleo, colocado en un caballete, en la estancia del jóven huésped.

—Es un cuadro que estaba pintando el Sr. Flores ántes que la enfermedad le postrase en cama, dijo la patrona, advirtiendo el ínteres con que Roman lo contemplaba.

—Si usted me permite ver ese trabajo...

—Con mucho gusto; usted manda en mi casa.

El capitalista entró en el gabinete, acercóse al lienzo, y no pudo reprimir un gesto de cólera.

—Qué le parece á usted? le preguntó la patrona.

—Es una obra maestra... de insolencia, respondió Peña, poniéndose pálido como un cadáver.

La patrona, que observó el repentino cambio de color del amable caballero, y el tono sarcástico con que habia pronunciado éste las últimas palabras, no pudo descubrir en el mismo instante el motivo de lo que observando estaba; pero fijando alternativamente sus ojos de liebre asustada en el cuadro y en Peña, vió con gran sorpresa la admirable semejanza que existia entre éste y la figura que el óleo representaba.

—Caballero,—dijo,—espero que volverá usted á hacer justicia á los nobles sentimientos de su amigo de infancia, á quien no há mucho suponia olvidado de sus antiguos afectos. Ahí tiene usted su rostro, que por cierto está hablando; está, como suele decirse, saltándose del cuadro.

El rostro de Peña habia recobrado su color de grana, y convertídose casi en violado. El furor le ahogaba.

—Es un verdadero capricho!—prosiguió la señora; por qué le habrá retratado á usted así?

En el cuadro no habia más que una figura en primer término, y esta figura era Roman, desnudo, con un agujero correspondiente al punto que el corazon ocupa en la cavidad torácica; el corazon habia volado, tomando la forma de un murciélago, á un viejo torreon medio derruido, con sendas grietas, por las que salian secos jaramagos. El murciélago se parecia á Roman, como un huevo á otro. Á la izquierda, en lontananza, asomaban la franca y hermosa cabeza de Flores y una mano asida de la derecha de su amigo, entre un bosquecillo de rosas y de verdura.

—Entiendo la alegoría, exclamó Roman, que estuvo á punto de pedir á la patrona que le devolviese los dos mil reales.

—Ya!—repuso la patrona.—¡Para el que esté en antecedentes! Pero, en fin, ya ve usted que Flores no le olvida.

—Esta mujer es imbécil como un caracol,—pensó Roman,—ó está burlándose de mí. ¿Sabe usted,—continuó, levantando la voz,—el significado de esa alegoría?

—Un recuerdo cariñoso, un...

—Una ofensa, que cualquier hombre lavaria con sangre. ¿Ve usted esa lontananza verde, fresca, suave, iluminada por el crepúsculo de la mañana, en la que aparecen la cabeza de Flores y mi mano derecha estrechando la suya?

—Sí, señor, sí.

—Pues eso es una imágen de nuestra amistad en los

risueños días de la infancia. ¿ Nada le dice á usted esa figura sin corazon?

—Nada, caballero, nada.

—Pues quiere decir que yo no le tengo. ¿ Ve usted, —añadió con un rechinamiento de dientes, que estremeció á la tímida señora;—ve usted ese pájaro, que, aunque en forma de corazon, tiene semejanza con un murciélago?

—Lo veo.

—Pues ese es mi corazon, que ha volado del pecho; corazon feo, como lo es esa ave nocturna. ¡Oh, es muy feo, muy malo, muy duro mi corazon!

—Válgame Dios, caballero! ¿Serán posibles tan ruines sentimientos en mi huésped?

—Oh! Si usted le conociese bien! Sin embargo, trátele usted con esmero; porque si se restablece su salud, pienso darle la última prueba de mi maldad, proporcionándole un soberbio destino.

Este golpe acabó de fascinar á la pobre mujer, la cual acompañó hasta la puerta de la escalera al capitalista que tan buen empleo hacia de sus intereses, colmándole de bendiciones y ofreciéndole mil veces su *choza*.

En seguida entró en la oscura alcoba del enfermo, á quien refirió el sublime rasgo de Peña. Flores, contra lo que esperaba la patrona, aceptó el socorro de su amigo, vertiendo copiosas lágrimas, y tan pesaroso de su conducta anterior, por más que la justificase la que con él habia observado el hijo del cirujano, que man-

dó que le llevasen el boceto á la cama, y borró con cuatro pinceladas aquella sátira maestra, considerándola indigna de un alma noble.

Sin embargo, la patrona, viéndole aceptar el billete se explicó este fenómeno, interpretando como un sentimiento de vileza lo que nacia de la bondad del corazon de Flores, que todo lo olvidaba ante aquel rasgo, que él creia caritativo.

—Es un mal hombre! Despues de alejarse, por un necio orgullo, de sus mejores amigos; despues de ofender gravemente al primero de todos ellos, ridiculizándole en ese cuadro, que sería muy capaz de llevar á la Exposicion de pinturas, recibir de él un socorro cuando la miseria y la enfermedad le rodean, cuando el mundo le abandona, es propio solamente de un hombre sin pudor, sin vergüenza. No, yo le prometo que así que se levante ha de oirme las verdades del barquero y que si continúa postrado en cama, no he de suplir como hasta ahora, tanto divino gasto. ¡Vaya con el señor Conde!

Y pronunció las últimas palabras con cierto retintin que se avenia muy mal con su moderado lenguaje de costumbre.

XVI.

Manuel habia llegado á Madrid como el conquistador, que ántes de ganar una batalla en que va á decidirse la suerte de un pueblo, de un imperio, se forja

en su mente las ilusiones de un triunfo completo; contempla el campo sembrado de cadáveres enemigos; oye el himno ardiente de las músicas militares, las aclamaciones de la multitud, que ya corre y se atropella, ya se estaciona apiñada en calles y plazas; vé los balcones colgados y llenos de personas de ambos sexos, que agitan pañuelos y sombreros para saludarle, y sonrie pensando en el premio que le reserva la patria.

«Yo tambien,—habia dicho para sí,—voy á luchar, voy á combatir sin tregua en el campo de las letras y de las artes; sé que me esperan muchos dias de miseria, de amargura, de llanto, de desesperacion; pero tengo la fuerza de voluntad suficiente para esperar mi hora; porque no hay hombre, por desgraciado que sea, que no tenga en su vida alguna hora afortunada; y cuando esa hora llegue, mi nombre brillará al lado de los nombres que hoy ilustran á mi país, y mis obras serán la admiracion de mis contemporáneos y de los venideros.»

Pero habian pasado dias y dias, meses y meses, y años enteros, y su estado parecia una muerte próxima. No le asustaba ni temia la muerte; sentia que se acercase, únicamente al considerar que sus sufrimientos, su resignacion, sus estudios, todo iba á ser estéril; su vida era un árbol tierno y lozano, que iba á se carse enflor, quizás en el momento de producir frutos, en el momento en que podria presentarse á su amada y poner á sus plantas la corona de laurel con que tanto habia soñado.

¡La corona de laurel! Sí, porque su corazon le anunciaba, en medio de todo, con el presentimiento claro, elocuente y seguro del genio, que su última creacion dramática, la última palabra de su corazon, el último perfume de su alma delicada, arrancaria lágrimas y aplausos del público de nuestros dias; de ese público, á quien consideran los descreidos como una estatua de bronce, calculando por el propio sentimiento el sentimiento ajeno. Si es estatua, el genio, que roba el fuego al cielo, como Prometeo, sabe animarla.

Manuel habia remitido, bajo el pseudónimo de *Job*, estando ya enfermo, su última produccion dramática, á uno de los teatros de primer órden de la córte, pidiendo en la carta con que la acompañó, qué si era aprobada, la anunciasen y pusiesen en escena cuando bien les pareciera, y que sólo despues de esto se presentaria él al empresario. Flores no queria pasar por más humillaciones; sus dos primeros ensayos para el teatro no habian recibido siquiera los honores de la lectura, cuando, por débiles que su modestia los creyese, estaban á infinita altura sobre los engendros con que las empresas insultaban á menudo al público, afrentando al propio tiempo á la literatura nacional.

Él habia visto el teatro por dentro, y estudiado la jerga y observado las costumbres íntimas y los misterios de bastidores, y más de una vez estuvo á punto de renunciar á escribir para la escena. Allí vió autores célebres en la república de las letras y envidiados por el mundo profano, que aclamaba sus nombres, con-

vertidos, en vez de amigos, en lacayos, en ayudas de cámara de los actores, pordioseando la admision, la representacion, la simple lectura de sus obras: aquellas cabezas, dentro de las cuales ardia el fuego de la inspiracion; aquellas frentes, selladas con el sello del talento, y que conservaban vestigios de su nobleza y dignidad antiguas, se doblaban servilmente ante el primer galan ó la primera dama, autócratas á quienes ellos mismos sirvieron acaso de pedestal para subirlos á un trono, desde el cual trataban á latigazos á sus esclavos, y á muchos de los cuales tal vez una frase oportuna, un rasgo feliz y gráfico de los que continuamente desperdiciaban los autores en sus conversaciones de café, de esos que fotografian de una manera admirable la vida de un hombre público, y que hacen fortuna, hubiera podido derribarlos como un acha, y cubrir su nada como un epitafio.

Allí conoció á varios periodistas (al ménos tal nombre llevaban, desgraciadamente para la prensa), que por una sonrisa (que muchas veces no se les otorgaba), por un saludo frio, por un cumplimiento forzado, por un falso apreton de manos, por una muestra de preferencia, inmerecida quizás, sobre otros autores, prostituian su pluma, convirtiéndose, de críticos, en sacristanes ó monagos de las divinidades de los coliseos que querian favorecer, á las que envolvian entre el humo del incienso que continuamente brotaba de la gacetilla y de los folletines.

Porque, merced á los beneficios de la civilizacion,

que, rasero en mano, va nivelando las clases todas de la sociedad y suprimiendo injustas desigualdades, los que se dedican al noble arte escénico han arrojado el sambenito y la coroza que el mundo, con razon entónces ó sin ella, les habia puesto; y no sólo no trabajan ya al aire libre sobre escenarios improvisados, compuestos de unas cuantas estacas y lienzos toscos, para librarse de la intemperie, como en los buenos tiempos de Rueda; no sólo no andan vagabundos, errantes, viviendo una vida nómada, como los gitanos y los beduinos, sino que muchos de ellos, en algunos países de Europa, ostentan títulos nobiliarios, se establecen en las grandes capitales, representan en teatros más ó ménos soberbios, ganan lo que quieren, y algunos más de lo regular, y bautizados con el nombre de *actores* ó de *artistas*, aunque no pocos sean unos pobres badulaques, reinan despóticamente en la república teatral.

Flores necesitaba todas las horas del dia y de la noche para el estudio, para la meditacion y para el trabajo; y sin embargo, sabía por experiencia, y esto le desconsolaba, que para elevarse era preciso vivir en los abismos lóbregos del teatro por dentro, como un condenado; vivir entre bastidores más que en su casa; arraigarse, aclimatarse, digámoslo así, en aquellos sitios, respirar aquel aire, someterse á la influencia de aquella atmósfera insalubre, abortar al calor de aquellas estufas de la inteligencia, flores raquíticas, escrofulosas, enfermizas, cuyos matices pálidos revelaban

que requerian otros climas, otros aires, más soledad, más libertad, más silencio.

Las empresas, atentas, en general, únicamente á la utilidad metálica del espectáculo, ó legas del todo, acogian con avidez los monstruosos delirios y sandeces del teatro frances, que tocaba ya en el último período de su decadencia, pero de una decadencia infame; y los acogian por dos razones muy diversas: en primer lugar, porque les costaban mucho ménos que las producciones originales; y en segundo, por ser de más *efecto;* bien que en esta parte parecia existir un acuerdo unánime entre las empresas, los directores de escena y la canalla de la literatura. La palabra *efecto*, entre los escritores que se estimaban y las personas dotadas de buen sentido, era entónces, como ahora, sinónima de aberracion, de absurdo, de profanacion de todo lo noble, de todo lo santo, de todo lo bello; pero entre los chalanes literarios, entre aquellos asesinos de nuestras glorias, entre aquellos presidiarios de la posteridad, significaba dinero y hasta genio.

No se trataba ya de ofrecer al público algunos ratos de honesto recreo, el espectáculo de pasiones, de hechos, de virtudes ó de crímenes verdaderos y de lícita exhibicion, respetando los fueros del decoro, de la moral y del buen gusto; tratábase únicamente de hacer dinero, y más dinero, y siempre dinero.

Y el público?... Él público iba tambien contaminándose con los vicios que, como un foco de infeccion, exhalaba la escena para propagarlos por todas partes.

El teatro no era ya el espejo de la vida social ni del corazon humano, sino el taller, la fábrica, el laboratorio en que se creaban sociedades imaginarias, impías y groseras. El individuo, la familia, el pueblo, el país, no se reconocian en la pintura que de ellos hacian los mamarrachistas nacionales y extranjeros, que habian escamoteado y que monopolizaban el imperio de la escena; pero aplaudia, aplaudia algunas veces hasta con encarnizamiento, despues de arrojar á las puertas de los coliseos raudales de oro, que iban á perderse en las cajas de las empresas y en los bolsillos de los Churrigueras del arte, y de los actores.

La crítica no existia, ó existia, con raras excepciones, sólo para la alabanza ó para la censura ciega de las pandillas; careciendo, por tanto, de autoridad. Era preciso que, en medio de los escombros del teatro de la época, apareciese, como entre las ruinas del imperio romano, un Atila, que, armado con el rayo de la verdad, realizase en las letras, parodiándola, la tremenda amenaza del jefe de los bárbaros, del *azote del cielo*, clamando con toda la fuerza de sus pulmones: «El tonto que toque yo con mi pluma no volverá á hacer impunemente tonterías.» Pero Atila no llamaba aún á las puertas de Roma, y la mala yerba obstruia todos los senderos que conducian á la gloria escénica.

Tal era el estado de la dramática, y tal el de los teatros en España, cuando Flores mandó su obra, segun he dicho, á uno de los de Madrid, al principio del año cómico. Pocos dias ántes de mediar éste, y

precisamente en uno de los más peligrosos para la vida de Flores, puesto que se manifestaron en su cerebro síntomas de alarmante gravedad, apareció en los carteles el anuncio del ensayo de un drama nuevo, primera produccion de un jóven escritor. Este drama era el suyo, este drama era el fruto de largas vigilias y de sérias meditaciones. Al propio tiempo recibió la patrona una carta con sobre para su huésped, que conservó, sin atreverse á dársela, porque el médico habia prevenido que no se molestase al enfermo con cosas que pudieran ocupar su imaginacion, aunque fuese por breves instantes, en lo cual le iba la vida. Esta carta era del director de escena, que, por efecto de uno de esos fenómenos que no se explican, habia leido y aprobado la obra de Manuel. El sobre decia: *Al señor D. N. Job*, y la patrona la recibió porque Manuel, ántes de enfermar, habia hablado sobre el asunto con Torralva, que habitaba, segun hemos visto, en el gabinete donde el primero tenia el óleo del *Descorazonado*.

En la noche del estreno todas las localidades del teatro estaban ocupadas por la concurrencia más selecta de la córte. La circunstancia de ser nueva la funcion, las excelentes noticias que de ella circulaban, y el incógnito guardado por el autor, eran estímulos bastantes para despertar la curiosidad, así de los profanos, como de los hombres entendidos en literatura.

Las redacciones habian mandado sus folletinistas, los dramaturgos bullian por todas partes, las familias

aristocráticas ocuparon sus palcos, galerías y butacas; el teatro, en fin, estaba *de bote en bote.*

En uno de los palcos inmediatos al proscenio se hallaban el conde de Vega-Sola, su hija, Roman y el baroncito de Monte-Pardo.

El padre de Aurora hablaba con este último, y el hijo del cirujano con la encantadora jóven. De todos los personajes que ya conocen mis lectores, no habia más en el teatro que los mencionados, y Alfonso Torralva en una butaca no muy distante.

Así que se abrió el palco de Vega-Sola, Torralva fijó en él sus ojos, como si recordase haber visto anteriormente las personas que entraron, y con especialidad á Aurora y á Peña. No le fué muy difícil acordarse del ex-amigo de Flores, del flamante banquero, por su admirable semejanza con el *Descorazonado;* mas no sucedió así con la heredera del Conde, á quien sólo conoció despues de repetidas comparaciones mentales entre ella y la miniatura que su compañero de hospedaje conservaba cuidadosamente en la cómoda, en una cajita que le enseñó várias veces, sin revelarle, empero, que la amaba.

Los ojos de Roman, escondidos detras de unos enormes gemelos de concha trasparente de color de granate, despues de mariposear en todas direcciones, se posaron repentinamente sobre Torralva, que á la sazon clavaba los suyos en el palco de Aurora. La insistencia del jóven desconocido en mirar hácia aquel punto, y el recuerdo remoto de haberle visto ó ha-

lado Roman en alguna parte, principiaban á llamar la atencion de éste, y acabaron de preocuparle enteramente luégo que se hubo convencido de que Torralva era el jóven que salió del gabinete del *Descorazonado* en el momento de desplegar él ante la patrona los inagotables tesoros de caridad que encerraba su pecho.

La orquesta llenaba el lujoso coliseo con las armoniosas notas de la sinfonía del *Pirata*.

El baroncito, cuya boca era un verdadero molino de palabras, y áun pudiera decirse que de viento, sin agraviarle mucho, por lo vano de aquellas, atormentaba los oidos del Conde con el mayor entusiasmo, anunciándole la estupenda cacería que preparaba para el próximo domingo en sus posesiones de Aranjuez.

—Si usted honrase,—añadió,—mi diversion favorita con su presencia, mi gozo sería completo.

—Pero, hijo, ¿no se hace usted cargo de que ya no puedo con mis años y con mis achaques?

—La caza, segun varios autores que conozco... de oidas, robustece el cuerpo, renueva la sangre, abre el apetito y reanima el espíritu.

—Es muy cierto, cuando la agilidad de los miembros permite esa clase de ejercicio; pero las piernas ya no obedecen á mi voluntad, y ademas para nada tengo gusto.

—Vamos, eso equivale á declararse en estado de inválido.

—Justamente.

—Pues yo creo que aunque tenga cien años, he de entregarme á la deliciosa ocupacion de correr liebres y matar calandrias. Sepa usted que la calandria es uno de los pájaros más pérfidos que hay.

—Es usted todo un Nemrod.

—Sí, he oido que Neron era hombre que lo entendia.

El Conde soltó una carcajada, al oir el disparate pronunciado por el baroncito.

Roman seguia mirando á Torralva, y Torralva al palco.

—Muy distraido está usted, Peña, dijo Aurora.

—Qué quiere usted! los negocios... un proyecto importante...... ¡Si usted pudiera adivinar lo que me preocupa!

—No es fácil, amigo; jamas he podido comprender ni una letra en asuntos mercantiles; el juego de la bolsa no es juego para niños ni para mujeres.

—En efecto,—repuso Peña, con el grosero despecho y con el acento irónico propio de la situacion presente de su alma, y de su carácter,—las mujeres se entretienen en juegos que conceptúan pueriles, inocentes, y que suelen causar la desesperacion y la desgracia eternas del hombre. Las mujeres juegan con nuestros corazones, como los niños con sus muñecos.

—Todas las mujeres? preguntó Aurora, cuya delicada penetracion, que en ella suplia al conocimiento que otras adquieren en la escuela del mundo, adivinó la ofensa que Roman intentaba inferirla.

—Todas, replicó sin vacilar el aturdido y celoso banquero, que un momento despues de responder, comprendió su imprudencia y se puso encendido como la grana.

—Muy aventurado me parece,—observó al punto la asombrada jóven,—el anatema que sobre todo nuestro débil sexo se ha permitido usted fulminar. ¿Tan mala opinion ha formado de nosotras el mundo, que no tenga excepciones la regla? Es moda ultrajarnos, y usted no quiere, por lo visto, oponerse á la corriente.

—Aurora, pido á usted mil...

La palabra *perdones* se le quedó en los labios, gracias al baroncito, que, con la oportunidad de costumbre, interrumpió la conversacion de Aurora y de Peña (cuya posicion, en el concepto de aquella, iba siendo cada vez más desventajosa), para convidar á entrambos á su cacería.

Terminada la sinfonía, y amenazando la orquesta con preludios de otra pieza, el público del *paraíso* comenzó á impacientarse y á pedir con palmadas y pataletas, al compas de los instrumentos músicos, que se levantase el telon, cosa que nada tenía de particular, por su misma frecuencia, ni chocaba á la generalidad; pero que, unida á otras, insignificantes, tambien al parecer, influye más de lo que puede creerse en el resultado de un estreno. El público de nuestros dias, —nótese bien esta circunstancia,—no asiste ya á los teatros como simple testigo, y mucho ménos como testigo simple, á la vista de la causa, esto es, á la re-

presentacion; asiste como testigo y como juez, como espectador y como crítico. La mayor parte de las veces es justo, es recto, y ademas de recto, generoso; pero en ocasiones, por un efecto del desarrollo prodigioso de la personalidad en la época presente, abusa de su derecho, y reclama para sí, y áun ejerce, hasta las funciones de verdugo, ó mejor dicho, de asesino, sin causa legítima para ello. Una tos sibilante, una exclamacion de un imbécil, la salida á la escena de un comparsa mal vestido ó de un racionista con voz de tiple, han sido á veces *causas ocasionales*, como dicen los médicos, que, unidas á las *predisponentes* (y entre ellas debe contarse el retraso, culpable siempre, criminal en ciertas noches, en levantarse el telon), han producido borrascas y naufragios de obras no escasas de mérito.

Sonó, por fin, la campanilla de órden, y dióse principio á la representacion.

La obra que se estrenaba no era una creacion de rutina, cortada por el mezquino patron de las que comunmente aparecian en la escena; era una obra que, sin ser precisamente ecléctica, reunia lo bueno de todas las escuelas, de todos los géneros, asimilándose todas las formas elegantes de la poesía, y atrayendo tan distintos elementos á la idea capital, magníficamente concebida y desarrollada, la cual consistia en la rehabilitacion del siglo presente por esos ilustres mártires llamados *poetas*, que desde el abismo de su desamparo, conmueven con su voz el corazon del

ateo, y desatan las ciegas fuentes de su llanto, como la vara de Moisés hacia brotar agua de las rocas del Oreb.

El protagonista era un jóven de alma elevada y de inteligencia superior, laborioso, meditabundo, solitario, pobre hasta la indigencia, resignado hasta la beatitud, modesto hasta la humildad; viva encarnacion de esos genios desheredados, acaso los más eminentes; de esos párias de la civilizacion, que deleitan, consuelan y admiran con sus armonías celestes, y recogen sólo desdenes, miseria, y cuando más, una compasion estéril; era un verdadedo poeta, un *fénix* en nuestros tiempos. Tenía por enemigo en cuantas empresas acometia, una especie de demonio (el siglo), mito, en apariencia, del moderno positivismo, que al fin cae á las plantas de aquel, vencido por el poder de la inteligencia, como Satanás á los piés del Arcángel.

Echábase de ver en la profundidad del pensamiento, en lo correcto y hermoso de la forma, y en la riqueza y verdad de los detalles, el estudio detenido y concienzudo que el autor habia hecho del corazon humano y de la época, no ménos que el conocimiento de los grandes filósofos dramáticos, entre los que descollaban en primera línea los clásicos españoles, y de la parte casi mecánica del arte, la cual para los autores vulgares constituye lo importante de una obra, no siendo sino lo accesorio para una cabeza audaz y creadora.

Habíase propuesto Flores, y lo consiguió, demos-

trar que no sólo no está muerta la poesía, sino que todos los hombres son poetas, y que el más abyecto, el más impío, el más miserable, crea con sus acciones y con sus sentimientos, en algunas circunstancias de la vida, poemas que, no por no estar escritos ni rimados, dejan de ser sublimes y tan honrosos para la humanidad como para el siglo.

El público oyó con extrañeza el principio de la exposicion y algunas de las primeras escenas del drama, porque, como he dicho, el autor se habia emancipado de los viejos principios y reglas, no sin temores de que su soberbio ensayo se estrellase en los malos hábitos del auditorio, tan indulgente hasta para los mayores crímenes contra el arte. Pero desde el momento mismo de comenzar la accion, comenzaron esos rumores aprobatorios, sinceros y unánimes, que, sin ir mezclados con palabra ni movimiento alguno, tanto se diferencian de los que anuncian las catástrofes teatrales; y los rumores iban acrecentándose, resonando tal cual aplauso aislado, pero de buen agüero, así como á veces estalla un trueno seco ántes de desatarse la tempestad; porque el genio desconocido fué á poco saludado con una tempestad de bravos y de aplausos.

La poderosa voz de Alfonso Torralva sobresalia entre todas y las dominaba, no sólo por su extension y robustez, sino por el entusiasmo. Las mujeres, como si una varita mágica hubiese tocado su alma, como si los versos divinos de tan estupenda creacion hubiesen despertado hasta la fibra más dormida de su pecho,

derramaban lágrimas, y lágrimas vertian tambien muchos hombres, sin avergonzarse de ellas, porque se las arrancaba un sentimiento puro é irresistible, y no eran efecto de ninguno de los recursos bárbaros de que entónces se valian los dramaturgos para causar impresion, para producir *efecto*, desnaturalizando la verdad, y ultrajando y atormentando á la naturaleza.

Aurora, dulcemente conmovida como nunca, apénas oia las observaciones críticas de Peña, quien, sin poderse explicar exactamente el por qué, hallábase disgustado. Ya se le figuraba encontrar cierta semejanza entre el carácter del personaje odioso de la obra y el suyo propio; ya desechaba este pensamiento como una quimera, hasta que un nuevo rasgo, una nueva pincelada maestra del protagonista, venía á determinar más y más el parecido.

—Hasta ahora, si he de hablar con franqueza,—decia,—no veo motivo para el escándalo que dan algunos alborotadores; todo lo que va representado me parece una extravagancia.

—No diga usted eso, Peña,—respondió el baroncito;—yo soy hombre que si concurro á los teatros de verso, es sólo cuando tengo mal humor y quiero acabar de aburrirme; pero confieso que esta noche estoy muy despabilado y agradablemente entretenido.

—No puede negarse que si ésta es la primera obra del autor, el autor dará muchos dias de gloria á su patria, observó el Conde.

—Respeto altamente el favorable juicio de ustedes,—

repuso Roman;—pero si me lo permiten, les diré que acaso nuestra discordancia nazca del diferente punto de vista desde el cual consideramos la obra. Yo la estoy juzgando en la elevada esfera del arte, como aficionado que fuí en mis primeros años á la literatura, para la cual revelaba disposiciones colosales, segun decian; y en esta esfera colocado, observo que el autor ha prescindido de todas las conveniencias, de todos los principios, de todas las necesidades, y pretendido oscurecer con su mamarracho las tradiciones y glorias seculares del teatro.

Hecho este alarde de suficiencia, Roman se limpió el sudor que bañaba su frente, y dirigiendo la palabra á la hija del Conde, la preguntó:

—Y á usted qué le parece, Aurora?

—Qué quiere usted que responda!—dijo la jóven, marcando irónicamente el resto de su contestacion.— ¡Si yo hubiera subido alguna vez á la esfera desde la cual tiene usted la fortuna de contemplar la obra en cuestion!...

—Chúpate esa! exclamó para sí el baroncito.

—Nosotros los profanos,—continuó Aurora,— nosotros los simples espectadores, por muy buen criterio que se nos conceda, no juzgamos con la cabeza, juzgamos con el corazon, ó por mejor decir, no juzgamos, sentimos.

—Eso iba yo á decir precisamente,—exclamó el baroncito;—para nosotros, todo es cuestion de nervios.

Á la mitad del segundo acto, fué llamado á la escena

el autor, y el primer galan manifestó que la empresa habia recibido la obra con una carta anónima, no habiéndose presentado aún el autor á revelar su nombre. El público no se dió por satisfecho, y siguió aplaudiendo y victoreando, por espacio de un cuarto de hora, al poeta desconocido, hasta que tuvo que intervenir eficazmente la autoridad para que continuase la representacion.

Peña observó que Torralva habia desaparecido poco ántes de seguir representándose el segundo acto, y vuelto á la conclusion del mismo. La concurrencia tornó á llamar al autor, pero con una tenacidad y un clamoreo, que rayaban en frenesí.

Al levantarse el telon y salir el galan, quedó la sala en un silencio tan profundo, que casi se hubiera oido volar una mosca.

Entónces se supo que el autor era Manuel Flores, el cual no se presentaba por hallarse gravemente enfermo.

Aurora estaba radiante de hermosura, y lloraba de gozo y de dolor al mismo tiempo, lanzando involuntaria, pero irresistiblemente, una mirada de triunfo al ex-amigo de Manuel, que no sabía lo que le pasaba.

Torralva habia revelado al galan el nombre del autor de la obra, en el momento de echarle de ménos en su butaca el *Descorazonado*.

El baroncito se dignó aplaudir, acaso por la primera vez de su vida, aunque sin quitarse los guantes, lo cual le valió una sonrisa de agradecimiento de Aurora,

que él interpretó de una manera ventajosa á sus pretensiones amatorias.

Vuelto de su sorpresa Roman, trató de recuperar el terreno perdido, haciéndose el sentimental y el caritativo.

—Pobre muchacho! —exclamó. —La suerte se le muestra demasiado esquiva, y es lástima; porque, aunque no puedo convenir en que esta obra merece la ruidosa ovacion que ha tenido, no soy tan injusto, que le niegue cierta chispa, ciertas disposiciones... Pero nunca será nada; el orgullo le ciega, pretende salir de su miserable estado y conquistarse un buen puesto en el mundo, sin auxilio ajeno, no queriendo persuadirse de que es una locura.

—Luego usted le conoce? preguntó el baroncito.

—Un poco.

—Este caballero,—dijo el Conde, dirigiendo los ojos á Peña,—tiene la honra, si no me equivoco, de ser amigo del autor.

—Al ménos se lo he demostrado en las ocasiones en que se conocen los verdaderos amigos; mi bolsillo,—añadió, sin alterarse la fria serenidad de su rostro,—siempre ha estado abierto para él.

—Entónces no comprendo,—observó el baroncito,—la severidad con que usted ha juzgado los dos primeros actos de la obra de esta noche.

—Oh amigo! Una cosa es la amistad, y otra el arte. Bien puedo quererle como á un hermano, y no obstante, creer que ha errado la vocacion metiéndose á literato.

—Aurora,—dijo el anciano Conde,—es preciso averiguar dónde vive ese jóven, y puesto que tan apurada es su situacion, hacer que acepte la dádiva con que en otro tiempo quise recompensar un servicio que nunca olvidaré, y que estoy seguro de que tampoco tú has olvidado.

Peña esperaba con visible ansiedad la respuesta de Aurora.

—Oh! no por cierto,—respondió con tierna efusion la noble jóven;—si tiene usted hija, á él sólo se la debe, y no sé que haya recompensa bastante con que agradecérselo.

Roman Peña se mordia de rabia los labios.

—Resulta, pues,—dijo el baroncito,—que todos ustedes conocen al autor.

Y mirando al Conde y á Aurora, añadió:

—Me asocio con el alma y la vida á la obra de misericordia que ustedes proyectan.

—Inscriban ustedes tambien mi nombre en la lista que sin duda formarán para socorrer al necesitado, exclamó Roman, con la idea de humillar á su antiguo amigo; porque habia llegado á figurarse que, en efecto, se abriria una especie de suscricion.

El acento con que pronunció Peña las palabras que anteceden, acabó de poner de manifiesto á la noble señorita el carácter envidioso de aquel.

El tercer acto, interesantísimo tambien, fué un horrible martirio para Roman; cada aplauso resonaba en su corazon como un martillazo sobre un yunque. Á

pesar de su apego al dinero, hubiera dado cuanto se le hubiese pedido porque naufragase la obra. El triunfo del gran poeta iba á desbaratar quizás sus ambiciosos planes, urdidos en la sombra con incesante afan, desde el dia en que Flores le reveló en la montaña su amor á la hija del Conde. Evitar á todo trance que Manuel se acercase á á ella; envolver al Conde en deudas, que le colocasen bajo su dependencia; comprometerle en ciertas operaciones de bolsa, para producir su ruina, y presentarse luégo á él como protector y salvador, lo cual le daria derecho á pedirle la mano de su hija, la heredera del título de Vega-Sola, tales habian sido sus proyectos durante algunos años; proyectos que, segun él creia, iban á dar muy pronto los ansiados frutos.

Roman sabía, como nadie, el mal estado de los negocios del Conde, á quien, segun se murmuraba entre la gente de comercio, habia prestado gruesas sumas; un paso más por parte del Conde en la peligrosa pendiente en que le habia colocado Peña, y los sueños de éste se realizarian. El único obstáculo sería entónces el consentimiento de Aurora; pero ésta amaba á su padre con entrañable cariño, y se resignaria, para evitar la ruina del Conde, al sacrificio que le preparaba el cobarde amante.

El drama concluyó en medio de los más entusiastas aplausos, y en los dias siguientes la prensa toda, eco de la opinion del público madrileño y de la literatura, dió á conocer el nombre del poeta, que con

su magnífica creacion habia venido á eclipsar las modernas reputaciones dramáticas, marcando un nuevo rumbo á los desmayados ingenios.

XVII.

El *Padre del pueblo* no podia contentarse con la pequeña suma que remitió á Flores al principio de su enfermedad, y mucho ménos habiendo sabido por Torralva, á quien el poeta, ya falto de fuerzas, habia encargado que le escribiese, que su discípulo predilecto se hallaba al borde del sepulcro. Ni los muchos años del buen sacerdote, ni los achaques, que algunos dias apénas le permitian cumplir los deberes de su ministerio; ni el rigor, en fin, de la estacion, que era la del invierno, fueron parte á retraerle de la idea de emprender un viaje á la córte, y asistir en sus últimos momentos al que consideraba como hijo. Las pasiones humanas, si algun dia intentaron agitar su corazon, armado desde muy jóven contra ellas con una virtud incontrastable, hacia mucho tiempo que habian muerto en él; pero todos sus instintos nobles, todas sus aspiraciones elevadas, todos sus sentimientos dignos se conservaban enteros y ardientes, y hasta pudiera decirse que el hielo de los años, léjos de entibiarlos, habia ido robusteciéndolos y aumentándolos.

Así pues, concebir la idea del viaje y realizarla

fué una misma cosa, y media hora despues de la representacion del drama de su pobre alumno, á quien el triunfo escénico, que le anunció Torralva, habia reanimado notablemente, se acercaba D. Angel al lecho del gran poeta, y las lágrimas y los abrazos de uno y otro se confundieron, no sin enternecer tambien á los únicos testigos de esta escena, Torralva y la patrona.

Dos dias despues, D. Angel oia silencioso y atento la relacion completa que de su vida en la córte le hacia Flores; nada omitió éste: refirió su miseria, sus ilusiones engañadas, el mal comportamiento de Peña, su enfermedad, y por último, la pasion que la hija del conde de Vega-Sola le habia inspirado, y que era verdaderamente lo que más abatido le tenía, la causa principal de sus padecimientos. Así lo comprendió el anciano sacerdote: un amor sin esperanza, una pasion de ánimo, irremediable al parecer, comprometian la existencia del pobre autor recientemente laureado.

Pensativo se quedó el buen cura durante algunos segundos, al cabo de los cuales, levantándose de la silla que ocupaba, con el aire resuelto de quien acaba de tomar una determinacion repentina, exclamó:

—Te salvaré, Manuel. No hay que desmayar, hijo mio: puesto que la señorita de Vega-Sola ha manifestado claras simpatías hácia tí, yo me encargo de lo demas.

—Su padre será inflexible.

—Procuraremos vencer su inflexibilidad.

—Es noble, y...

—Eso es, precisamente, lo que ménos importa.

—Es rico, y yo...

—Ese creo que es uno de los errores en que vives. Era rico; pero hoy... En fin, yo tengo mis motivos para pensar que su situacion no es tan desahogada actualmente como se cree.

Don Angel decia esto con algun fundamento, porque, habiendo ido á visitarle el escribano del pueblo, que á la sazon se hallaba tambien en Madrid, le dijo, entre otras cosas, que el que habia hecho fortuna era Peña, á quien, segun él mismo, sólo el conde de Vega-Sola le debia 300,000 reales.

Con tales antecedentes, dirigióse D. Angel á casa del Conde, que ya le conocia, aunque de oidas, como le conocia todo el mundo en la provincia en que estaba su curato. Despues de anunciarle un lacayo, le introdujo en el despacho de su amo, que al ver al sacerdote, dejó su silla, adelantándose á recibirle y darle la mano.

—Usted se servirá manifestarme el motivo que le conduce á honrar mi casa.

—Un asunto importantísimo, señor Conde.

—Dígnese usted explicarse.

—Estamos solos?

—Enteramente solos; aquí nadie entra ni se acercan sin mi permiso ó sin que llame yo.

—Pues bien, señor Conde; se trata, no sólo de la felicidad, sino de la vida de un hombre, y para hacer

la una y salvar la otra se necesita de nuestro auxilio.

—Si ese hombre es digno de él...

—Usted me conoce suficientemente; por lo mismo no diré más, sino que la persona para quien reclamo el apoyo de usted, ya cuenta con el mio. Sin embargo, me explicaré, para que usted proceda con pleno conocimiento de causa.

—Eso me parece lo más prudente.

—¿Se acuerda usted de un jóven que hace algunos años salvó la vida á su hija de usted, la señorita doña Aurora?

—Ah!—exclamó el Conde, haciendo un gesto, que así expresaba el disgusto como la sorpresa.—Sí, señor, me acuerdo,—añadió, procurando disimular el mal efecto que le habia causado la pregunta;—y por cierto, que si mis informes son exactos, ese jóven se halla enfermo de gravedad y en la última miseria; cosas entrambas que siento en el alma, señor cura, y que quisiera poder remediar.

—Y las remediará usted.

—Veamos cómo. Casi tengo la certeza de que su orgullo, que en su situacion desgraciada mejor merece el nombre de vanidad, no le permitirá aceptar ningun socorro ajeno; creeria degradarse; nos diria que él no recibe limosnas. Por lo demas, ni he olvidado, ni olvidaré nunca que si tengo hija, á él, despues de Dios, se la debo.

—Yo me referia á otra clase de remedios que á los materiales que usted indica.

—A cuál? preguntó el Conde, frunciendo el ceño.

—Señor Conde, mi protegido ama á su hija de usted.

El Conde soltó, sin poderse reprimir, una sonora carcajada.

—Repito,—continuó el sacerdote,—que ama á su hija de usted años há, y áun exponiéndome á que usted acoja con otra carcajada cosas que tanto importan, añadiré que su hija de usted ama á mi protegido.

—Es una calumnia infame.

—Sosiéguese usted, señor Conde, ó no nos entenderémos.

—Mi hija, la hija del conde de Vega-Sola, no ama, no puede amar á ese hombre.

—Que no le amase podria ser, aunque no lo es; mas para que no pudiera amarle, sería preciso que su hija de usted tuviese distinta naturaleza que la que Dios le ha dado, y nos ha dado á todos.

—¿Quién es él, para soñar siquera que mi hija habia de rebajarse hasta...

—Él es hijo de un pobre labrador honradísimo, que para mayor desgracia, ya no existe.

—Hijo de un labrador! ¡Qué porvenir para mi hija!

—Yo tambien lo soy, y no sólo no me considero inferior al magnate más elevado, sino que... Pero no he venido aquí á ofender á nadie, y por tanto, ni una palabra más diré sobre esto.

—A usted, señor cura, su sagrado ministerio le reviste de un carácter y de una elevacion, que borran la

humildad de su orígen. Pero él, ¿qué oficio, qué profesion desempeña? Qué es?

—Es poeta.

—Nada más que poeta?

—Nada más. Le parece á usted poco?

—Siempre me ha parecido ese oficio, si es que merece tal nombre, un pasatiempo, á que sólo se dedican los holgazanes y los locos.

—Oh! seguramente, —exclamó el sacerdote con acento sarcástico, no pudiendo ya dominarse, ni sufrir los insultos que su interlocutor dirigia á su discípulo;—seguramente no hay comparacion entre el oficio de rico ocioso, por ejemplo, y el de poeta. Nuestro rico puede estarse en su casa, durmiendo á pierna suelta ó tendido en una butaca, observando detras de las vidrieras el confuso panorama de todas las necesidades: la desnudez, el hambre, el frio y la enfermedad, bajo el vestido ó los andrajos del inválido, del pordiosero, del menestral sin trabajo, de la viuda desamparada, del huérfano abandonado; puede contemplar la ostentacion, el lujo, la soberbia de otros, y ver agitarse, con el movimiento del siglo, al comerciante, al artesano, al hombre de negocios; á todas las clases, en fin, de la sociedad. Llega el pago de las rentas, recíbelas nuestro rico ocioso, y si no es muy avariento, puede volver á la inercia, á la frialdad, al refinado egoismo, que le aconseja su situacion. ¡Esto es altamente laudable, señor Conde! Pero lo que hace un poeta honrado, un verdadero poeta; oh!... para vituperar lo

que hace un poeta, no hay palabras bastantes en nuestro rico idioma.

—No, no se moleste usted en explicármelo.

—Necesito explicarlo. Figúrese usted un jóven; mi tipo es generalmente pobre, sin padrinos, sin protectores; este jóven, espléndidamente dotado por el cielo con un corazon y una inteligencia superiores, mejor diria sobrehumanos, vive rodeado de privaciones, sin pan que llevar á la boca, sin abrigo para su cuerpo, oprimido entre las cuatro paredes de una estrecha habitacion, sin aire que respirar, sin luz para trabajar... y despues de largos años de esta existencia angustiosa, cuando sus ojos están ciegos de llorar, y su corazon cansado de sufrir, y su cerebro seco de pensar, y su frente cubierta de canas, inválido ilustre y heroico, que aunque no haya perdido una pierna, por ejemplo, en una batalla donde se cruzan las balas, tiene el alma muerta, porque se la han matado las contínuas luchas y la actividad febril y perpétua de la inteligencia; cuando esto sucede, digo, réstale, si es afortunado ó tiene favor, un destino en cualquiera de las oficinas del Estado, suficiente para no morirse de hambre y para arrebatarle á la gloria de su país; ó bien un hospital; ó si no, el abandono de la sociedad, que ha elevado su nombre hasta las nubes, y que si ha podido darle gloria, no ha querido darle pan.

—Veo, señor cura, que no ha hecho usted más que pintar los sufrimientos del poeta, cosa que para él será de suma importancia; pero que no interesa á todos

los demas en igual grado. ¿Qué beneficios reporta á la sociedad?

—Oh! esperaba esa pregunta,—respondió con creciente entusiasmo el digno sacerdote.—¡Qué beneficios reporta un poeta! Acaso no haya quien pueda en este punto compararse con él. El poeta es el gran apóstol de la humanidad; sus cantos, sus lecciones, sus máximas, sus consejos; su verbo, en fin, encarnado en las diferentes formas de la oda, del romance, de la fábula, de la comedia, del discurso, del drama, de la epopeya, etc., caen sobre el pueblo como el rocío sobre los campos sedientos que lo reciben; y el pueblo, no solamente los recibe, y los aprende, y los hace suyos, sino que, apóstol á su vez, toma parte en la propaganda, y esparce la semilla, como el labrador los granos de trigo en los surcos que abrió la reja.

Y áun prescindiendo de la enseñanza, áun considerando la poesía simplemente como arte de recreo, ¿acaso no merece grandísima consideracion y respeto y aplausos el hombre que con sus chistes y sus gracias desarruga el ceño á toda una generacion, y hace sonreir á más de un desgraciado en medio de sus aflicciones? ¿Acaso no es digno de eterna loa el que con la trompa épica conmueve el corazon de sus compatriotas, enciende el valor del soldado que marcha al combate, canta las glorias de la nacion, inmortaliza á sus héroes y á sus mártires, infunde aliento á la humanidad, que camina desmayada hácia la tierra de promision, ó en triste elegía, llora la decadencia de la

atria, la corrupcion de las costumbres, la muerte de ıs virtudes cívicas y sociales? Ah, señor Conde! si sto nada vale, no sé, no sé qué es lo que puede valer n el mundo.

He hablado á usted de los grandes poetas (que son oquísimos en cada nacion), y mi protegido es un gran oeta; de ninguna manera hablo de la turba que se plica tambien este nombre; turba más digna ciertaıente de compasion, cuando no de censura, que de abanza.

—Usted descubrirá en la profesion de su protegido ıantas ventajas y cuanta nobleza guste; pero no me onviene para mi hija.

—Todavía me resta hablar de otra ventaja más potiva, segun el modo de pensar del siglo, no segun el ıio. Mi protegido es hoy pobre...

—Y ¿es ésa la ventaja que...

—Mañana será rico; le doto yo con sesenta mil dus. Yo no tengo herederos forzosos, soy opulento, y uedo disponer libremente de mi patrimonio, convendo de que Flores socorrerá liberalmente á los pobres, quienes destinaba yo parte de mis riquezas.

Al llegar aquí, entró Gonzalez, anunciando á Roman eña.

—Señor Conde,—dijo el sacerdote,—mañana volveré, y acabarémos de tratar nuestro asunto, pues no ne conviene que me vea Peña, y mucho ménos aquí.

El Conde acompañó al cura hasta una de las dos puertas del despacho, por la cual no debia entrar Ro-

man; y dándole la mano, se despidió de él hasta la mañana siguiente.

XVIII.

Entró Peña en el despacho del Conde, pero no con la alegría que otras veces, conociéndose al primer golpe de vista que una idea desagradable le preocupaba profundamente. Sus ojos estaban abatidos, su color era pálido, y hasta sus mejillas habian perdido la tersura y el brillo, que les asemejaban á un par de manzanas. Su soltura, su desparpajo y su resolucion ordinarias faltábanle igualmente, hasta el punto de tropezar en la alfombra y caérsele al suelo el sombrero al ir á dejarlo con mano trémula en una butaca.

La fisonomía del Conde, por el contrario, expresaba el mayor contento, siendo esta circunstancia tanto más rara, cuanto que, generalmente, veíase en él un sello de gravedad excesiva, al par que de respeto, que producia repulsion. Al saludarle Peña, respondióle medio distraido, porque tambien le preocupaba una idea, pero una idea satisfactoria. Pensaba en las últimas palabras del sacerdote; y áun observando el movimiento, casi imperceptible de sus labios, hubiera podido sospecharse que las repetia con fruicion verdadera.

Mucho estimaba el Conde sus títulos de nobleza, los viejos pergaminos de familia, que habian llegado á sus manos despues de una larga serie de generaciones,

en las que cada poseedor, cada heredero procuró conservarlos como tesoros inapreciables. Ignoro si heredando los antecesores del padre de Aurora, al tiempo mismo que los títulos nobiliarios, cierto número de virtudes, conservaron éstas con el esmero que aquellos, comprendiendo que la nobleza en el papel sin la nobleza en el corazon, si vale mucho ante el mundo, no sólo no vale, sino que hasta es un padron de afrenta ante Dios y ante la conciencia, jueces supremos de nuestras acciones.

Siempre fueron, desde el primer conde de Vega-Sola hasta el último, objeto para todos ellos de los más exquisitos cuidados la integridad y limpieza de sus blasones; la pequeña mancha de una mosca audaz, en el yelmo ó en las plumas pintadas de un escudo; el deterioro del color del campo, de los gules, de los castillos ó de la corona; el menor asomo de orin en una espada, en una lanza, en una rodela de las que componian la panoplia de su sala de armas, producian la llamada del pintor y del armero, que restauraban y bruñian aquellos objetos con la prontitud que el caso requeria.

Oh! tambien el alma tiene su heráldica; y es lástima ciertamente que cuando se nos estropean algunos blasones de los que constituyen su nobleza, no cuidemos de restaurarlos y limpiarlos, para restituirles su esplendor primitivo.

Pero si el Conde daba tanto valor á sus títulos de nobleza, entiéndase que era por la posicion en que le

colocaban en la sociedad, no por la satisfaccion y el legítimo orgullo que resultan al hombre de contar entre sus ascendientes ilustres personajes, dignos de tomar asiento en el senado escogido de la posteridad, y de que sobre sus cabezas irradien gloriosos resplandores, aureolas eternas.

Dicho se está, pues, que el Conde amaba más aún que sus títulos, el dinero, los intereses *positivos*, ante los cuales hubiera quemado incienso exclusivamente, á no tener una hija, que era el objeto privilegiado de sus adoraciones, y que espiritualizaba, digámoslo así, con su belleza celeste y con sus hermosos sentimientos, hasta lo más prosaico de su existencia.

El tropiezo en la alfombra y la caida del sombrero revelaron demasiado la inquietud y la agitacion de Roman, para que éste no tratase de disimularlas. Conducíanle aquel dia á casa del Conde dos asuntos para él de la mayor importancia, y que reclamaban de su parte la serenidad con que acometia otras empresas.

La realizacion de sus sueños dorados, el cumplimiento de una venganza, y la tranquilidad de su espíritu envidioso, dependian de esta conferencia; su nombre iba á figurar entre los más nobles, ó á hundirse en los abismos ignorados de la humilde clase de que procedia, y de la cual le habia elevado un poco el rápido aumento de su fortuna. En una palabra, iba á pedir la mano de Aurora, y á *desbancar*, como él decia para sí, á Flores.

Para obtener una y otra cosa iba provisto de ar-

mas... de papel, que en hombres delicados, ó en personas que ocupan altos puestos en la sociedad, causan tanto efecto como un puñal ó una pistola. Roman habia ido preparando el terreno para llegar paso á paso al fin de su empresa, y ahora anticipaba el momento de declarar sus pretensiones sin rodeos ni contemplacion alguna.

—Adios, Sr. Peña,—dijo sériamente el Conde, contestando al saludo de Roman.—¿Cómo todavía en Madrid? Pues y el viaje á Bruselas?

—Ay, amigo! he tenido que suspenderlo por ahora.

—Supongo que no habrá sido á consecuencia de ninguna desgracia, de ningun contratiempo...

—De todo hay, de todo hay, respondió Peña, exhalando un largo suspiro.

—Oh! lo siento en el alma!

—Ademas tenía pendiente una pretension, que me interesaba en extremo, y que debia resolverse uno de estos dias.

—Y esa resolucion?...

—Ha sido favorable, y de ella vengo á dar cuenta á usted, por la parte que tomará indudablemente en mi satisfaccion, no ménos que Aurorita.

—No acierto á...

—Recordará usted que en la noche del estreno de la obra de mi paisano Flores, acordamos abrir una especie de suscricion para socorrerle, porque, segun noticias, se hallaba espirando y lleno de miseria.

—Sí, señor, lo recuerdo; precisamente aquel jóven

era el que salvó, hace años, de una muerte cierta á mi hija.

—Pues bien; yo, que á la circunstancia de hallarme presente al tratarse de llevar á efecto el socorro, unia las de ser paisano y haber sido íntimo amigo del poeta; yo, digo, guiado por un impulso, disculpable en cierto modo, de ambiciosa caridad, me adelanté á los sentimientos generosos de ustedes, proponiéndome asegurar para mucho tiempo el sustento de mi antiguo amigo, y la suerte ha querido favorecerme á medida de mi deseo. Vea usted este papel.

El Conde desdobló un papel que le entregó Roman, y leyó el Real nombramiento de Manuel Flores para un gran destino en Filipinas.

Esperaba Roman que despues de la lectura de la credencial, el Conde se levantaria á darle un abrazo, cuando ménos, porque ponia miles de leguas entre Aurora y Manuel. Roman creia que el Conde no ignoraba las pretensiones, ó mejor dicho, los sentimientos del poeta respecto de la noble jóven.

El orgulloso aristócrata quizá hubiera acogido un dia ántes con demostraciones de gozo la nueva que se le comunicaba; pero todavía resonaban en su oido como una música dulce, las últimas palabras del sacerdote, y Flores no era ya á sus ojos el gran poeta abandonado, agonizante y pobre, sino la esperanza acaso de su porvenir y del de su hija. La lectura de la credencial le dejó, pues, impasible, sereno y grave, como de costumbre, mucho más hasta saber el otro

asunto que motivaba la visita de Roman, y que, por las palabras de éste, prometia tener muy poco de agradable. Nada extraño era, en su consecuencia, que á Peña se le representasen al vivo sus primeras visitas al Conde, recien llegado él de la aldea, y la frialdad con que éste le recibió en aquella época; frialdad que fué desapareciendo á medida que sus necesidades le pusieron en el caso de acudir al bolsillo de Roman, á quien la fortuna sonrió siempre como á uno de sus favoritos.

—Qué le parece á usted? preguntó Peña al Conde, al devolverle éste la credencial.

—Psit!— respondió el Conde, encogiéndose de hombros.—Como á él le convenga!

En el tono de indiferencia glacial con que su deudor le respondia, conoció Roman que habia ocurrido alguna cosa extraordinaria, y estuvo un momento tentado á no declararle sus pretensiones respecto de Aurora. Pero despues de otro momento de reflexion, decidióse á llevar á cabo su idea; que no se renuncia con tanta facilidad á ambiciones largos años alimentadas. Dobló su papel sin hablar palabra, metióselo con calma en el bolsillo, y poniendo la cara más compungida que le fué posible, dijo:

—Mucho siento, señor Conde, verme en la necesidad de recordar por segunda vez que en 31 del pasado mes debió usted entregarme los quince mil duros que, para pago de acreedores, le adelanté hace ya más de un año, generosamente, sin interes alguno, y

áun casi puede decirse que sin garantía, puesto que las fincas que se hipotecaron al efecto, escasamente valdrán el capital que yo desembolsé, ni me cuidé mucho, como usted sabe perfectamente, de averiguar con la debida escrupulosidad si estaban tan libres como parecia. Repito que me duele verme en el caso de dar este disgusto á una persona de quien tantas distinciones he merecido, y á quien siempre me complaceré en servir.

—Señor Peña,—respondió grave y reposadamente el Conde,—jamas olvido yo los favores que se me hacen, y sé que estoy en la obligacion de pagar á mis legítimos acreedores. Pero mi situacion...

—Permítame usted que le interrumpa un momento,—exclamó Roman, con un gesto cada vez más aflictivo.—Precisamente mi situacion es tambien lo que me mueve á dar este paso, que de otro modo, nunca hubiera dado. Amigo, la fortuna me vuelve la espalda; llevo una temporada fatal; mis operaciones y cálculos naufragan, y si no reuno todos mis fondos para hacer frente al nublado que se me viene encima, y luchar con algunas probabilidades de triunfo, veo mi porvenir muy negro y muy triste.

—Como el mio. Desgraciadamente, por dejarme guiar de los consejos de usted, me veré envuelto en su caida, y tendré que ir á ocultar mi ruina y mi afrenta á cualquier rincon de España ó del extranjero, donde nadie vuelva á acordarse de mí. Usted ha sido hasta hace poco el niño mimado de la suerte; y un

hombre de tan buena estrella, que pinta á otro, que en él confia, los negocios y las jugadas de bolsa con los colores que usted me pintó á mí todos aquellos en que he tomado parte con usted, nada tiene de extraño que seduzca y arrastre á personas crédulas y profanas, como yo. Esto no es una acusacion, Sr. Peña; es pura y simplemente manifestar el estado de mis intereses; aunque, en verdad, pudiera haberlo evitado, puesto que usted lo conoce tan bien como yo.

—Es decir, que si todos mis deudores me responden lo que usted,—repuso Roman,—no me quedará más remedio que tirarme al Canal ó levantarme la tapa de los sesos; porque, se lo juro á usted con la mano puesta sobre el corazon, si dentro de quince dias no realizo cuarenta mil duros para pagar un crédito, se me abrirán las puertas del Saladero, ó yo me abriré las de la eternidad. Si los realizo... Oh! entónces!...—añadió, abriendo desmedidamente los ojos,—entónces!... nadaré en oro. Hay cierto proyecto de empréstito y ciertas subastas, que prometen...

—¿Ha venido usted á amenazarme con un embargo, con una ejecucion? le interrumpió secamente el Conde, levantándose alarmado, como si la justicia entrase ya por sus puertas, y dirigiendo una mirada terrible á Roman.

—No, señor; he venido á proponer un medio de salvacion para los dos.

—Un medio? Hable usted, respondió el Conde más sosegado y sentándose, con la respiracion agitada.

—Mi enlace con Aurora.

El Conde sabía que Roman exageraba á lo sumo el mal estado de su fortuna, y que al hacerlo así no podia llevarse otro fin que el de obligarle á elegir entre el sacrificio de Aurora ó su descrédito y ruina. Pero su situacion era apuradísima: habia sufrido grandes pérdidas, debia á Roman quince mil duros, y ya no encontraba quien le prestase un maravedí. La proposicion de Peña le tuvo un instante indeciso, ó mejor dicho, le dejó parado, sin acertar á responderle; mas luégo que hubo desaparecido la impresion del momento; luégo que se representó á su hija en brazos de un hombre á quien estaba seguro de que aquella no amaba, y cuya fama nada tenía de envidiable; luégo, en fin, que recordó las palabras que D. Angel habia dicho en su despedida, respondió á Roman con una seriedad y un gesto, que casi equivalian á una negativa formal:

—Dentro de tres dias contestaré á usted definitivamente. Espero que se servirá usted concederme este breve plazo.

—No tengo inconveniente.

—Gracias!

—Supongo que Aurorita, como niña obediente y dócil...

—Aurora no tiene más voluntad que la de su padre.

—Oh! entónces...

—Qué?

—Las pruebas de estimacion que debo á usted y á...

—Nada, ni una palabra más por hoy; hasta dentro de tres dias, Sr. Peña.

—Adios, señor Conde!

—Adios, adios!

A los tres dias volvió Roman á ver al Conde; éste, por toda respuesta, le pagó lo que le debia, cerrándole para lo sucesivo las puertas de su casa.

XIX.

La pálida luna del mes de Agosto ilumina tibiamente la montaña del pueblo donde nació nuestro amigo Flores, y el bosquecillo de tilos, acacias y castaños que rodea á la Casa-Azul, bajo cuyo techo habita ya el poeta con su esposa, la hija del conde de Vega-Sola.

Acercaos, y le veréis en un banco de piedra, á la puerta de la Casa-Azul, bajo un verde emparrado, que apénas puede con los trasparentes racimos que de sus sarmientos cuelgan. Levanta los ojos al cielo en actitud pensativa, como si quisiera penetrar los misterios que oculta el magnífico velo de estrellas, y aplica el oido, como si el silencio solemne de la noche tuviese para él palabras desconocidas á los demas. Y es que hay, en verdad, facultades perceptivas, propias solamente de ciertas almas, ó existe en ellas un instinto, una intuicion, un sentido especial privilegiado, que les descubre goces y bellezas infinitas en donde otros nada encuentran.

Nuestro amigo se halla en uno de esos momentos de

meditacion vaga, de melancólica indecision ó de verdadero éxtasis, término medio entre el sueño y la vigilia; y si nos acercásemos á preguntarle en qué está pensando, no sabria qué respondernos.

Pero al vibrar de improviso en lo interior de la Casa-Azul los acordes de un soberbio piano, cuyo teclado recorrian unas manos bellas y adoradas, preludiando indistintamente frases de *El último pensamiento* de Weber y del *Stabat Mater* de Rossini, sublime elegía, cuyas palabras resumen todos los dolores humanos en su más horrible amargura, y parecen ecos del Calvario, que en alas de los tiempos han llegado hasta nosotros, los ojos de Flores se llenaron de lágrimas, porque en el momento mismo vió pasar por delante de ellos el drama entero de su vida, en representacion fantasmagórica: los juegos de la infancia; las caricias de su santa madre; el anciano cura, conversando con los pobres y con los niños, y doctrinándolos; su padre moribundo, besando el crucifijo; la agonía de su pasada existencia en Madrid; su amigo Roman, dándole el beso de Júdas, y luégo abandonándole y vendiéndole; su primer triunfo escénico, apoteósis gloriosa de su virtud y de su genio; y siempre iluminando lo sombrío del cuadro una figura celeste, que se desprendia del cielo para consolarle en la tierra; porque Aurora siempre se le habia aparecido en sus sueños como un sér perteneciente á un mundo mejor que el que habitamos.

El conde de Vega-Sola se habia muerto, despues de

casar á su hija. Una tosca cruz negra, colocada sobre una losa del cementerio de la aldea, decia que allí estaba enterrado el cura, el infatigable apóstol de la religion y de la moral, bastando esta humildad al héroe desconocido, que con sus muchas riquezas hubiera podido erigir hasta un templo para conservar sus cenizas, y comprar unos funerales regios. Pero este grande hombre, que he llamado desconocido, no era tal ciertamente para los pobres ni para los corazones sensibles. No se derraman tantas lágrimas por el príncipe más poderoso, como derramaron por él los desgraciados, el triste dia en que dejó sus restos mortales á la tierra, y en que su espíritu tendió las alas al cielo. Hasta Roman lloró amargamente en aquel dia; porque viéndose poco tiempo ántes de este suceso en completa ruina, perseguido por la justicia, sin crédito, sin el apoyo de los que ántes adulaban á su fortuna, y próximo á ser encerrado en una cárcel, habia vuelto al pueblo de su naturaleza, en las tinieblas de la noche, ocultándose como un criminal, miserable como un hijo pródigo, y encontró un salvador en el digno ministro del altar, y un corazon generoso en el compañero de su niñez y de su adolescencia.

Dos horas permaneció Flores en el banco de piedra, y en este mismo tiempo el céfiro de la noche llevó á las vecinas arboledas y á todas aquellas amenas y solitarias cercanías dulcísimos cantos de los maestros más célebres.

Eran ya las once; principiaba á refrescar, y Manuel

entró en la Casa-Azul, su paraíso terrestre en tualidad. Manuel sólo tenía motivos para dar gr Dios, que colmaba la medida de la dicha ambici por él, mucho más habiendo sido poeta y pobr lo cual podria decirse de él que era un fenó *rara avis in terra.* Veíase restablecido de su medad mucho tiempo hacia; rico, aplaudido, t mente amado por una esposa adorable; y par nada faltase á su felicidad, allí mismo, bajo un bellones de vaporosa gasa y seda, respiraba en quilo y dulce sueño, reclinando sobre la almoh cabeza cubierta de rizos de oro, un niño de dos cuyas tintas delicadas y suaves, cuyo candoroso to, cuya belleza angélica, en fin, hubieran he desesperacion de Ticiano y de Murillo, y no h acertado á trasladar al lienzo los mágicos pinc Andres del Sarto.

Al entrar el poeta, Aurora le tendió una man él estrechó cariñosamente; le condujo hasta la cera del lecho donde el niño dormia, y conter dolo entrambos un solo momento, pero un mo que compendiaba todas las felicidades human tes de entregarse ellos tambien al descanso, t con sus labios la frente hermosa de aquella inc rable criatura, carne de su carne y alma de su

Pero si nada, segun he dicho, faltaba á l tura del poeta como hombre aislado, como es como padre de familia, faltábale mucho como dano de una gran nacion, que para revindicar

tigua preponderancia y la grandeza que tuvo en los pasados siglos, reclamaba el concurso, la actividad, la abnegacion y el patriotismo de todos y de cada uno de sus hijos. Nuestro poeta habia ido á pasar una temporada á la Casa-Azul; pero ni podia, ni queria reconcentrarse en un egoismo estéril y mezquino; ni podia ni queria fijar en el campo su residencia; porque si Dios le habia dado un gran corazon y una inteligencia sublime, era sin duda para que los emplease en servicio de su país, despertando ó reanimando con su palabra los nobles sentimientos de éste, y señalándole una de las páginas más brillantes en la historia de la humanidad.

La córte llamaba con la poderosa voz de sus pasiones, de sus tempestades, de sus vicios, de sus virtudes, de sus miserias y de sus esplendores, á este soldado de la civilizacion, y nuestro poeta no queria faltar al llamamiento.

FIN.

HERIR POR LOS MISMOS FILOS.

HERIR POR LOS MISMOS FILOS.

¡Con qué afan, con qué interes, con qué amor arreglaba la señora Teresa, viuda de un barbero, el baul que habia de conducir á la córte el equipaje de su Ricardillo! Porque la señora Teresa era madre de Ricardillo, á quien queria como puede querer á sus hijos una buena madre, que es cuanto hay que decir. La señora Teresa tenía puestos sus cinco sentidos en el muchacho, y su cariño le pintaba todo lo perteneciente á él con los colores más hermosos. Verdad es que el chico era una alhaja, y que correspondia al amor maternal con su aplicacion y ejemplar conducta; cosa no muy comun en hijos de viudas, los cuales son, por regla general, antojadizos, traviesos, caprichosos, desobedientes y holgazanes, á tal punto, que no tiene el diablo por donde desecharlos. El único defecto de Ricardo era el de ser un poco presumido, ó mejor dicho, un mucho, lo cual hacia desmerecer bastante sus bellas cualidades.

Cuando Ricardillo hablaba, oíale la madre, colgada de sus labios, como si tuviera delante de sí al mismo

Salomon en esencia y presencia; si Ricardillo salia á la calle, el corazon de la madre saltaba de gozo, pareciéndole imposible que pudiera encontrarse en el mundo mancebo más gallardo, ni que más imperio ejerciese en las almas. Pues ¿consentir en que nadie le pusiese pero ni tacha? Bonita era ella para eso! capaz hubiera sido de habérselas con el lucero del alba, aunque el lucero del alba tuviese razon hasta dejarlo de sobra. ¡Pobres madres, y qué mal les pagamos lo mucho que nos aman y lo mucho que por nosotros sufren!

Ricardo, que acababa de cumplir diez y seis años, iba á dejar dentro de breves horas su pueblo, y á partir para la córte, en donde un tio suyo, carpintero, viudo sin hijos, y persona bien acomodada para su clase, queria encargarse de darle carrera, y hacerle de este modo, andando el tiempo, hombre de provecho.

El sacrificio de esta separacion era dolorosísimo para la madre, que ya se figuraba no volver á verle más en la vida; si bien templaba un tanto su pena la idea de que Ricardo tendria en su hermano, el carpintero, otro padre, que no apartaria de él sus ojos en el peligroso mar de la córte.

Sucedia lo que voy refiriendo allá por los años de 1836 á 1840, esto es, cuando no habia aún en España ferro-carriles y apénas se conocian las diligencias; resultando de la falta de buenos caminos y de medios rápidos de comunicacion, que un viaje á Ma-

drid, por corto que fuese, era cosa para pensada y muy detenidamente consultada, si es que no se añadian, como á principios de este siglo, el testamento y la confesion prévios, por si acaso. Venir á Madrid se consideraba entónces empresa más ardua que ir ahora á la capital del celeste imperio, y áun á la luna. Las madres, esas sublimes avaras del bien de sus hijos, veian, desde su rincon de provincia, una esfinge ó un dragon de formidables garras á la entrada de cada calle, prontos á devorar las prendas de sus entrañas; representábales su imaginacion temerosa á todos los ladrones cortesanos desnudando á sus hijos, á todas las mujeres públicas tirándoles por el faldon de la levita, y á todos los deleites llamándoles y atrayéndoles al abismo de perdicion, con voz dulce y engañosa, como otras tantas sirenas. En una palabra, miraban á la córte como centro de todos los vicios y verdadera imágen del infierno.

Los que volvian de Madrid á provincias eran examinados de piés á cabeza, como procedentes de otro mundo, y áun yo creo que muchos les tentaban la ropa, no atreviéndose á dar crédito á sus ojos, para asegurarse de que los tenian delante buenos y sanos. Entónces era el oir con la boca abierta, los ménos afortunados, contar al peregrino las maravillas que habia visto en la *Casa de fieras*, en la *Historia Natural*, en el *Casino de Cristina*, en la *Armería*, en el *Diorama de Recoletos* y en el *Museo Naval;* entónces el contar la altura y magnificencia de los edificios, el lujo imponderable

de los habitantes, la gracia de las manolas, lo concurrido y vistoso de los paseos, los espectáculos teatrales, y principalmente la *Pata de cabra*, con todo lo demas que pueden figurarse mis lectores. ¡Cuánto motivo de temor para los padres, y cuántas seducciones para los hijos!

Con el pretexto de pedir á la señora Teresa una mata de peregil, entró en el cuarto en donde ésta preparaba el equipaje, la tia Cavilosa, ó como quien dice, la curiosidad en persona. Habia husmeado el gran acontecimiento del pueblo, el viaje de Ricardillo, pues, aunque chata, su olfato era de perro perdiguero; y sin encomendarse á Dios ni al diablo, se plantó en casa de la señora Teresa y la dijo:

—Señá Teresita...

—Qué pedis en esa peticion? le interrumpió la señora Teresa, que, por lo visto, la conocia perfectamente.

—¿Me hace usté el favor de una matita de peregil?

—Siento no poder servir á usted, tia Cavilosa; no me ha quedado ni una hoja.

—Cómo ha de ser! *pacencia!* otra vez será.

Despues de una breve pausa, continúa la tia Cavilosa.

—Señá Teresita, dígame usté, y usté perdone: ¿es cierto que Ricardillo va á la córte?

—Sí, señora.

—Al momento me lo calé... ¡si tengo yo un corazon más leal! En *cuantis* le vi á usté con el cofre y la ropa

á vueltas...! ¡pues ahí es nada lo que lleva, en gracia de Dios! Ni el rey de España es capaz de presentarse con más *aquel* que el muchacho.

La señora Teresa, viéndose lisonjeada en lo que más estima, responde:

—Ya sabe usted, tia Cavilosa, que siempre he tenido yo mi fachenda en traer al chico aseadito y bien puesto; que, aunque palurdos,—añade con aire de importancia,—tambien por acá se nos alcanza alguna cosa en materia de modas.

—Qué apostamos á qué da golpe en Madrid? No, lo que es en lo tocante á vestir, ya se sabe que nuestro pueblo hace raya.

—Lo que es golpe en Madrid, no soy tan tonta, que crea que va á darlo; pero tampoco harán burla de él, como de otros que van allá de los pueblos de provincia.

Formemos un inventario del equipaje de Ricardillo, y veamos hasta qué punto la señora Teresa tenía razon para enorgullecerse y fomentar su amor propio.

Principiemos por la cabeza. La señora Teresa le habia hecho una cachucha rizada, de merino verde, tras de la cual, en verdad sea dicho, se iban los ojos de todos los vecinos de la aldea. Acompañaba á la cachucha un sombrero de copa alta, color de pasa-corinto; cosa de gusto, años ántes, en toda la península, y sin más partidarios en la aldea que Ricardillo, ó mejor dicho, su difunto padre, de quien él lo habia heredado.

Item. Un corbatin de pana azul turquí, que, pue como Dios manda, casi le tapaba el pulpejo de la o ja; era lo que podia llamarse un señor corbatin, p la señora Teresa nada tenía de tacaña, y mucho mé tratándose de su hijo.

Item. Dos pañuelos de tafetan negro, para c batas.

Item. Cuatro camisas de algodon de color, y ci mudas blancas de lienzo casero, hechas, como tod demas, por la señora Teresa.

Item. Un chaleco de pelo de cabra, y dos de pe frances rameado, que le podian servir de chupas áun estirando un poco, de levitas de verano. La po señora, temiendo que le faltase tiempo para acabar habia pasado cuatro noches en vela, que se las do la más pintada; cuatro noches desojándose, picánd mil veces con la aguja, y sufriendo unas jaquecas se chupaba los dedos.

Item. Unos tirantes de orillo.

Item. Dos pares de pantalones de paño, y dos algodon, todos los cuales le llegaban á Ricardillo ha debajo del sobaco; la madre los llamaba *crecederi* y en efecto, mucho habia de crecer su hijo, para qu viniesen cortos.

Item. Seis pares de medias de hilo crudo, que habia querido cocer la señora Teresa, por razones economía doméstica, que comprenderán mis amab lectoras.

Item. Una chaqueta de paño de Garrobillas.

Item. Una levita de cúbica, crecederita, como los pantalones, y otra de paño, su hermana carnal con respecto á las dimensiones.

Item. Un baston de castaño, charolado de negro con bola de la que usaban los militares para limpiar las cartucheras, y del cual pendian dos borlas de seda azul-cristina, segun la moda que poco ántes reinaba.

Ya se ve! Con tal equipaje, ¿quién tosia á nuestro héroe? El dia en que á Ricardo le daba la gana de ponerse de mírame y no me toques, ó de rechupete, como decian en el pueblo, y de irse á dar un paseo por el Calvario, punto el más concurrido los domingos y fiestas de guardar, no era extraño que el hijo del alcalde, rival suyo en amores, le pusiera más faltas que á una pelota; á lo cual él se decia por lo bajo: «¡Si la envidia fuera tiña!» no era extraño que el hijo del escribano exclamase para sus adentros: «¡Quién tuviera un sombrero así!» no era extraño que el sobrino del cura murmurára: «Parece un señor!» y por último, no era extraño que Ricardillo trajese al retortero la mitad de las mozas del pueblo. Su vanidad crecia con sus triunfos, y hasta contemplaba no sin placer el martirio que con ella á los demas causaba.

A la señora Teresa se le caia la baba, viendo que su hijo era señalado por el dedo de todos sus convecinos; y cuando pensaba en la boda de Ricardillo, le parecian mujeres de tres al cuarto para él las ricas é ilustres princesas de los cuentos y romances que se le ve-

nian á la memoria, cuanto más las rústicas y zafias y humildes muchachas de la aldea.

—Señá Teresita, lo dicho,—exclamó la tia Cavilosa, luégo que hubo visto prenda por prenda, miéntras aquella las doblaba y las ponia en su sitio correspondiente;— Ricardito va á parecer un príncipe. ¡Buenos cuartos le habrá costado á usté este ajuar!

—Ay, hija! no lo sabe usted bien; y eso qué, á Dios gracias, miéntras tenga yo salud y cinco dedos en cada mano, no he de dar á hacer nada fuera de casa; pero así y todo, para traer decentito al chico, algunos bocados he tenido que quitarme de la boca, amén de llevarme muchos malos ratos.

—Toma! y vender buenos pedazos de tierra, señá Teresita; algunas veces he dicho yo para mí: «¡Válgame Dios! la *probe* de la *señá* Teresita se va á quedar por puertas»; pero, como dijo el otro, *no se cogen truchas á bragas enjutas*, y al que pudre se le alegrará el alma de ver lo que usté rema por su hijo; á más que el muchacho se lo agradecerá á usté cuando sea hombre para buscárselas; y si no lo hace así, no tendrá perdon de Dios.

—Oh! lo que es en eso, pongo por él las manos en la lumbre.

—Y yo y todo; pero muchos no son de ese modo de pensar, y algunas *probes* pueden decir con razon, *dispues* de haberse estado *escrismando* por más de cuatro: *cria cuervos y te sacarán los ojos.* Apuradamente, lo que sobran son desagradecidos.

—Ea !—exclamó la señora Teresa,—ya está el baul.

—Ahora lo que falta,—respondió la Cavilosa,—és que al chico le dé Dios *salú* para romper lo que va dentro.

—Muchas gracias, tia Cavilosa.

Ricardillo habia estado despidiéndose de sus amigos, parientes y personas de mayor respeto, y á eso de las tres de la tarde bajaba, en un carro atartanado, la cuesta que une al pueblo con la carretera.

Lo que la señora Teresa lloró y sollozó no es para dicho ni para sentido; la pobre madre no se hartaba de estrechar al muchacho contra su corazon, ni el muchacho de limpiarse las lágrimas, que en abundancia le caian por las mejillas: soltábale aquella de sus brazos, haciendo formal y firme propósito de no volver á detenerlo; pero ¿qué tal sería su firmeza, cuando no bien Ricardo se apartaba cuatro pasos, corria detras la afligida viuda, como si se le fuera el alma con él, y tornaba á acariciarle con mayor ternura y dobles extremos? Así estuvieron largo rato, hasta que hubo que separarlos casi á la fuerza.

El pueblo distaba cuarenta y dos leguas de Madrid, en las cuales empleó el viajero nueve dias, tiempo suficiente para cruzar hoy media Europa. Llegó al término de su viaje, conoció á su tio, instalóse en su casa, y en la misma tarde de su llegada escribió á su madre, hablándole de los *países* recorridos, de la cariñosa acogida de su pariente, y de sus primeras impresiones en la capital de la monarquía.

Ricardo salió á la calle várias veces de chaqueta y cachucha; y aunque anduvo por medio Madrid y por los sitios más públicos, nadie reparó én él, ni verdaderamente habia por qué ni para qué; pero vino un dia de fiesta entre semana, y Ricardo, para solemnizarlo, determinó ponerse de tiros largos, esto es, lo mejorcito de su ropa, lo que tan asombroso efecto habia producido en la flor y nata de la aldea. Su tio se hallaba entónces en Aranjuez, á comprar madera para el taller, y no pudo, por esta causa, acompañarle á paseo. ¡Poquito entusiasmado estaba el muchacho con su traje! Palpitábale de alegría el corazon, y humedeciansele los ojos, pensando en su amorosa madre, cuyas manos habian cortado y cosido aquellas primorosas prendas. ¡Cómo se alegraria tambien ella cuando su hijo le dijese que todo el mundo le habia mirado en los paseos! ¡Cómo se le saltarian las lágrimas cuando la escribiese: «A todos los que me preguntan que quién me ha hecho el traje, les respondo: *Mi madre*»! Considerando la vanidad de Ricardillo bajo este punto de vista, era disculpable al ménos.

Nuestro intrépido jóven se puso camisa amarilla, chaleco verde, corbatin azul de pana, pantalon de paño (á 14 de Julio), levita de lo mismo, y el célebre sombrero de color de pasa-corinto, empuñando, por supuesto, minutos ántes de salir, el indispensable baston con borlas de seda azul-cristina. Recuerdo haber visto fachas por el estilo en algunas piezas cómicas.

Lo que es á la criada, le llenó tanto el ojo el apuesto doncel, que habiendo llegado el carpintero á poco de ausentarse Ricardo, y preguntado por él, le dijo aquella que habia salido, hecho un niñito Jesus, con su melenita rubia como unas candelas, y la preciosidad del sombrero. Al oir el tio lo del sombrero de color, que áun no habia visto, arrugó el entrecejo, asaltáronle temores de catástrofes desconocidas, un sudor se le iba y otro se le venía, é impulsado por un vago presentimiento, se echó fuera de casa.

Nuestro amiguito no se anduvo con «tio páseme usté el rio», sino que, midiendo á paso largo toda la calle de Alcalá, se plantó en el Prado, precisamente á la hora de más concurrencia. Habíase distraido tanto por el camino, que ni un minuto pensó en sí; pero no bien hubo puesto el pié en el salon, advirtió que era objeto de la curiosidad y cuchicheos generales. Sorprendió miradas burlonas y sonrisitas sarcásticas, y oyó palabras sueltas y frases que indudablemente aludian á él, pero cuya significacion interpretaba de un modo favorable, por lo mismo que no las comprendia, y por lo mismo que estaba muy léjos de sospechar que se mofaban de su traje.

—Es un guacamayo!

—Se ha escapado de un tapiz!

—Pero, señor, no hay policía?

—Oh! corvas almas, admirad!

—Perdonadle, señor!

—D. Quisque!

—Qué compasion de criatura!

—Soberbia colmena!

—Magnífica levita! Lástima que le falten trabillas!

—La cria quisiera yo.

Ricardo oyó todas estas frases; pero las que pudieran haberle puesto en guardia, las aplicaba sencillamente á cualquiera de los paseantes, y seguia impávido, como si tal cosa. Si alguna vez pasó por su imaginacion la más leve sombra de una sospecha desagradable, hallaria en su lógica especial razones para ahuyentarla como una vana quimera.

—Que me miran...—se diria.—Y qué? Tambien yo miro á todo el mundo; con que, estamos en paz.

No debió ser su tio de este parecer, pues acercándose á él por detras, le dijo, dándole con el baston un golpecito en la espalda:

—Ricardo!

—Hola, tio! ha venido usté ya?

—No lo ves?... Mira, hijo, vámonos á casa.

Pronunció el carpintero las últimas palabras visiblemente disgustado.

—Sucede algo, tio?

—Sí, sobrino; sucede que estás siendo el hazme reir, y que todo el mundo se burla de tí.

El pobre Ricardo se puso encendido como una amapola, y se le anudó la lengua, hasta que por fin atrevióse á preguntar:

—De qué se rien? Tengo acaso alguna danza de monos en la cara?

—Se rien de tu vestimenta; estás hecho un adefesio, un espantajo. ¿A quién se le ocurre venir al Prado con esos colorines y ese sombrero del tiempo del rey que rabió? A fe, que si yo te hubiese visto ántes, no hubieras servido de diversion á nadie.

Cayósele el alma á los piés al infeliz Ricardo, viendo que aquello mismo que habia constituido sus delicias; que aquellas prendas, que tantas vigilias y tantas privaciones costaron á su madre adorada, eran ahora objeto del escarnio y de la risa del mundo. Pobre niño! Habia vivido hasta entónces en el país de los sueños y de las ilusiones, y despertaba en el de las realidades, al ruido que causaba la caida de sus castillos y palacios encantados. Habia mortificado á todos los mozos de la aldea con su imaginaria elegancia en el vestir, y ahora la córte le recibia con una carcajada: le heria por los mismos filos con que él habia herido á otros.

Del paseo á casa apénas despegó Ricardillo los labios; y el carpintero, cada vez más avergonzado de acompañar á su sobrino, que iba verdaderamente ridículo, hubiera querido hundirse siete varas bajo tierra, para ocultarse á la vista de los que encontraban al paso.

En toda la noche pudo Ricardo pegar los ojos, y la desazon no se le quitó de encima en una semana.

Una imprudencia cometió, que afortunadamente no surtió el efecto que él se proponia, porque el tio pudo evitarlo á tiempo; y fué, escribir á su madre, dicién-

dola que queria volverse al pueblo, alegando por causa de esta determinacion el desagradable suceso que acabo de referir. Hé aquí las palabras con qué él se lo noticiaba:

«Me puse, como digo, lo mejorcito: la camisa ama»rilla, el chaleco verde, el corbatin azul de pana, el »pantalon de paño de mezcla, la levita de lo mismo, y »el sombrero, sin olvidarme del baston. Ay, madre! »ahora lo recuerdo, y lo comprendo todo claramente; »se reian y se burlaban de mí, como si fuese un animal »raro, y yo tan tonto, que me figuré que me alababan; »pero lo que me llega al alma, lo que me hace llorar y »sufrir, es el considerar que despues de sacrificarse us»ted tanto por vestirme... vamos! no quiero, no quiero »estar aquí; que me lleven al pueblo; que venga por mí »el ordinario, ó me escapo y me voy solo á pié, aunque »sea pidiendo una limosna por esos caminos de Dios, y »durmiendo en los pajares.»

No logrando el carpintero quitar de la cabeza á su sobrino la idea de contárselo todo á su madre, escribióla él tambien, en lo cual procedió como hombre discreto, pues su carta fue el antídoto del veneno que Ricardo le daba á tragar en la suya. El tio de Ricardo, que por costumbre y temperamento examinaba las cosas con una calma, una reflexion y una imparcialidad de que pocos pueden envanecerse justamente, decia, en su lenguaje, á su hermana:

«¿Nunca has oido tú que allá léjos, muy léjos, al »otro extremo de la tierra, hay unos hombres que an-

»dan desnuditos como su madre los parió, sin más *aquel* »que un tapa-rabos; que los tales hombres se *abujerean* »las narices y las orejas para colgarse de ellas conchas, »piedras y pedazos de metal; pongo por caso, de oro y »de plata; y que á más de esto, se pintan várias partes »del cuerpo, y se ponen en la cabeza uno á manera de »penacho, como los caballos de las caballerizas reales? »Estos hombres se llaman salvajes, y viven en los bos»ques en compañía de las monas, de los tigres y de las »culebras. Ahora ven acá, hermana. ¿Qué harias tú, »qué haria tu hijo, y qué harian todos los vecinos de »ese pueblo, si de repente se presentase un salvaje así »en medio de la plaza, de la conformidad que he dicho? »¿Qué haceis todos cuando, por carnaval, veis los ma»marrachos que andan chillando por esas calles? Rei»ros y burlaros de ellos: esto es lo que haceis; pues, »hija, aplica el cuento. Ricardillo era en ésa un figurin, »porque vivis cien años atrasados; pero lo que es por »acá era una antigualla, y milagro que no le apedrea»ron. Acordaos tambien de lo que sucede cuando los »muchachos de ese lugar atisban un señorito forastero, »vestido á estilo de ciudad. Algunos he visto yo correr»los, gritándoles detras:

»Señorito del pan pringao,
»echa los mocos en el tejao.

»Solamente que vemos la paja en el ojo ajeno, y no una »viga en el nuestro.

»No hagas caso de lo que dice el chico; déjamele, y »yo te prometo que dentro de un año será otro hombre; »habrá perdido su presuncion, que es lo único que »le echa á perder, y darás gracias á Dios por haberle »enviado á la córte, primeramente para su escarmien»to, y despues para su bien. Mucho malo hay aquí, no »te lo niego, hermana; pero tambien hay mucho bueno »y rebueno, pues como canta el refran: *en todas partes »cuecen habas;* y finalmente, no olvides, por si se »ofrece, aquel otro que dice: *donde quiera que fueres, »haz lo que vieres.* Y con esto, no canso más.»

Áun no habia trascurrido el año que indicaba el tio de Ricardo, cuando éste, como si toda la vida hubiése estado en Madrid, se reia de sí mismo cada vez que recordaba la facha con que habia ido al Prado á lucirse, creyendo, si no poner una pica en Flándes, poder al ménos presentarse en aquel magnífico paseo sin distinguirse, como se distinguió, por lo antiguo y por lo grotesco.

FIN.

QUIEN CON LOBOS ANDA Á AULLAR SE ENSEÑA.

QUIEN CON LOBOS ANDA A AULLAR SE ENSEÑA.

I.

Meliton el zapatero es lo que se llama un perdido; basta ver su facha, para calificarle, sin temor de equivocarse. Héla aquí: frente chata y estrecha, nariz corva como el pico de un ave de rapiña, cejas revueltas y pobladas, ojos que poquísimas veces miran derecho, y que se las están apostando á todo el mundo; labios abultados, con una profunda mella el superior; boca torcida, cabeza enorme, pelo crespo y mano de oso. No concedo yo al arte fisiognomónico la infalibilidad absoluta que otros; pero cuando encuentro por esas calles de Dios una persona cuya fisonomía moral corresponde tan exactamente como en ésta á la física, áun suponiendo casual la coincidencia, entónces disminuyen mis escrúpulos, y hasta creo á ciegas, siquiera por un momento.

La antigua taberna *del Gallo*, bautizada en estos últimos años, como otras muchas, con el título más ambicioso, aunque más vago, de *Despacho de vino*, distingue entre sus parroquianos predilectos y asiduos

á Meliton, el cual ocupa en sus reuniones el puesto principal; honra singularísima, que únicamente suele concederse en todas partes al que con sus méritos ha sabido granjearse el respeto y las simpatías generales. Meliton, no sólo cuenta largos servicios en el viejo establecimiento, no sólo ha principiado á encanecer en él, sino que ha hecho salir canas á más de cuatro. ¿Quién, pues, se atreveria á disputarle la presidencia de las sesiones que públicamente se celebran todas las noches, y á menudo *entre dos luces*, en la taberna del Gallo? Allí se habla de la alza y baja del vino de Valdepeñas, del Arganda y del Cariñena; allí de las ganancias ó pérdidas fabulosas del *Rondeño*, doctor en *cané* y en el *monte*, y de los galanteos del *Sr. Grigorio*, memorialista conocido de criadas y aguadores, en tres ó cuatro calles á la redonda; allí la habilidad y destreza del *Tato*, de *Cayetano* y otras celebridades tauromáquicas de *primo cartello*, se someten á debates acalorados, pero libres y ámplios, en los que usan de la palabra, y á veces de los puños, la mayor parte de los presentes, cuya elocuencia, inspirada por el néctar de diez cuartos el cuartillo, no es raro que vaya adornada de interjecciones furibundas y otras flores de retórica tabernaria; allí se elogian las virtudes cívicas (bien conocidas de los *cívicos*) y hechos memorables de ciertos moradores del Saladero, que padecen persecucion por la justicia, y á quienes, por consiguiente, debe colocarse en los comprendidos en las bienaventuranzas; los poetas de escalera abajo los

colocarán, andando el tiempo, en sus coplas de ciego, como héroes y rivales del guapo Francisco Estéban y de los Niños de Écija; finalmente, allí se examinan y ventilan otras muchas cuestiones trascendentales, en las que el parecer de Meliton es, como si dijéramos, la espada de Breno. La gravedad, y el asombro á veces, que en la discusion de tan instructivas materias brillan en los rostros y en la voz de los adalides parlamentarios, sentados ó medio caidos en los bancos de aquel congreso, recuerdan involuntariamente los populares versos del *Otelo*, que dicen:

Ilustres y gloriosos senadores,
cesen vuestro temor y sobresalto.

Tambien á Meliton le pusieron en dos ocasiones *á la sombra*, en Diciembre por cierto; pero fué contra su gusto, pues no se tiene por persona de esos tratos, y prefiere dormir en su casa, aunque sea sobre el santo suelo, al mismísimo Real palacio. Siempre halla razones para estarse brazo sobre brazo, y principalmente el dia de *San Lúnes*, santo desconocido en otros países, pero veneradísimo por los zapateros del nuestro; y es más aficionado á distraerse con botellas, vasos y copas en la taberna de su presidencia, que no con la *cheira*, el *cerote*,, los *cabos*, la *lezna* y el *tirapié*, los cuales descansan no pequeña parte de la semana. Exceptuemos, sin embargo, el tirapié, y apresurémonos á manifestar la causa. Catalina, esposa de Meliton, perte-

nece á una clase de mujeres que nunca he podido comprender, y es muy probable suceda lo propio á mis lectores. Se casó con Meliton, ciegamente enamorada de él, y aunque conoce todos los defectos y los vicios todos de su marido, no solamente los disculpa y áun los aplaude y santifica, sino que, á sus ojos constituyen otros tantos títulos de aprecio. Bien dice el refran: *Dios los cria, y ellos se juntan.* Meliton es naturalmente arrebatado y colérico; pero cuando, segun su lenguaje, *se ha subido á la parra*, que es un dia sí y otro tambien, ó más claro, cuando ha bebido con exceso, entónces sacude, á manera de arriero loco, unas *zurribandas* de tirapié á su consorte, que la hace bailar como una peonza, persiguiéndola por toda la casa, hecho un demonio. Y aquí entra mi asombro. ¿Quién creerá que cuanto más castiga Meliton á Catalina, más y *remás* quiere y *requiere* Catalina á Meliton? El dia en que no la pega, confiesa ella que parece que le falta algo para estar contenta; y cuando en la cara y otros puntos del cuerpo no asoman arañazos ó cardenales, es de temer que su marido se lamente de ello, como quien echa de ménos atractivos á que se halla há largo tiempo habituado, y sin los cuales no encuentra belleza acabada. ¡Cuántas para agradar no se pintan lunares y ojeras oscuras, dando al cútis el suave color de las violetas! Él, que no entiende de filosofías ni de generosidades, considera el beber y el pegar á su esposa como dos actos, ó mejor dicho, como dos necesidades idénticas, que pertenecen pura y simplemente á la vida animal

Hasta ahora, en ocho años de matrimonio, no han tenido más descendencia que Felipe. Felipe nació á los doce meses justos de casados, de manera que reune ochenta y cuatro de edad, esto es, siete años, salvo error de suma ó pluma; y como desde entónces no se ha quitado de su vista el excelente ejemplo del autor de sus dias, sacude á su madre sin piedad maldita, la llama *las cuatro letras*, profiere expresiones que escandalizarian á un presidiario, y que á Meliton le engordan de gusto, se echa sus sorbitos de aguardiente del que sirve al desayuno de su padre, y es tan dócil, que si se le manda estar callado, coge el tambor y la trompeta de la última feria, y ya puede la vecindad taparse los oidos. El padre, ya se ve! tan ocupado siempre en no hacer nada, claro es que mal puede corregir al chiquillo, al ménos en sus hechos, pues en lo tocante á sus *dichos*, repito que es el primero que los celebra. Verdaderamente, á veces sería capaz Felipillo de hacer reir con su lengua al más serio alcalde de montera: se ha empeñado en convertir indistintamente en *bes* y en *pes* las *efes*, y de este cambio resultan á menudo disparates de á fólio y epigramas, que suelen tener más aplicacion de lo que algunas personas quisieran. Él dice, ó lee, *árboles brutales*, por árboles frutales; *brutos coloniales*, por frutos coloniales; *perro-carril*, por ferro carril; y á su tia Rosa la llama *gosa*, que en valenciano significa *perra*, porque la *r*, en principio de diccion, la pronuncia como *g* fuerte, vicio que no deja de ser frecuente.

Meliton se estableció en la época de su casamiento, abriendo una tienda casi lujosa, con sus escaparates correspondientes, detras de cuyos cristales asomaban de muestra unas botitas y unos zapatos, que parecia que no los hubiese tocado mano de humana criatura. Aunque pequeña la tienda, esta circunstancia la hubiera acreditado en breve tiempo; á la señorita que por allí pasaba se le iban los ojos tras de una obra tan delicada y elegante, y el *conocedor* afirmaba desde luégo que aquel calzado modelo estaba exclusivamente hecho para el pié de las damas españolas, pié cuya coquetería, belleza y primor incomparables son, sin controversia, reconocidos donde quiera que los hombres tienen ojos en la cara y hay personas de gusto. A los dos años, y primero de vida desarreglada, tuvo Meliton que cerrar la tienda y despedir los aprendices; él mismo, que ántes se limitaba á cortar y preparar materiales detras del mostrador, dándose la importancia propia de su representacion suprema, resigna ahora sus facultades omnímodas: de la alta direccion de la *obra prima*, ha descendido á detalles dignos solamente de los que ocupan el ínfimo lugar en el gremio que invoca y venera por patronos á los santos Crispin y Crispiniano. Es zapatero remendon, y está dicho todo.

Tabique por medio vive otro matrimonio, que es el reverso de la medalla de éste. Antonio es uno de esos hombres de quienes se dice que *de buenos se están cayendo á pedazos*, asegurándose de él con tanto más fundamento, cuanto que en su vida ha dado motivo

para otra cosa que para muchísimas alabanzas. Es sastre, y dia y noche está dale que le das á la aguja, ayudándole su *parienta* Cármen y dos *oficialas*, si no hay trabajo extraordinario; si lo hay, se aumenta hasta cuatro y á veces cinco el número de las últimas.

La fortuna de Antonio camina en progresion ascendente; se la ve crecer de dia en dia, como la espuma, merced á su laboriosidad, economía y ejemplar conducta. Años atras era simple oficial; hoy trabaja ya por cuenta propia, es todo un maestro; y si su buena estrella sigue favoreciéndole, el dia ménos pensado es capaz de poner un obrador formal, y delante de sus balcones un tarjeton de madera, con letras doradas, que diga:

ANTONIO ESPERANZA,

MAESTRO SASTRE.

Los dias de fiesta se va con su mujer á paseo; de vuelta entran en un café, y por último en *Jovellanos;* ella luciendo su mantilla de casco de raso con cinta de terciopelo y ancha guarnicion de tul, pañuelo de Manila y vestido de seda, y él con gaban negro, chaleco de terciopelo morado, pañuelo al cuello, recogido en la parte media del pecho por una sortija de oro, y sombrero de copa. El pintor que acertase á trasladar al lienzo la expresion tranquila y simpática de estas dos fisonomías, habria hecho un cuadro acabado de la felicidad conyugal.

En el cuarto de Meliton á cada momento hay bolina por un quítame allá esas pajas; en el de Antonio casi nunca se siente rebullir ni un mosquito; diríase que está desalquilado, ó que lo habitan ángeles del cielo. Alguna vez, sin embargo, regañan Antonio y Cármen; pero estos regaños son la salsa, digámoslo así, de un matrimonio, que sin ellos sería frio y soso, de puro bueno. De todas maneras, esto merece explicarse. Lo explicaré en dos palabras. Antonio y Cármen viven allí hace solo un año: habiendo observado ésta el género de vida de su vecino, y conociendo el carácter débil y condescendiente de su marido, que se deja traer y llevar por cualquiera como un pelele, y que habia acompañado ya tres veces á Meliton fuera de casa, cometió una noche, cuando todo era silencio, la indiscrecion de reñirle en alta voz.

—Ea! ya lo sabes,—le dijo, entre otras cosas.—No me acomoda que salgas con el zapatero, ó de lo contrario, cojo la mantilla y no vuelves á verme. Acuérdate del refran: *Quien con lobos anda, á aullar se enseña.*

Catalina, que no congeniaba con Cármen, por la sencilla razon de que ésta no queria congeniar con ella, va, y qué hace? Sin encomendarse á Dios ni al diablo, abre su puerta y llama en la del sastre.

—Quién és? le preguntan.

—Abra usté, responde.

Una vez dentro la zapatera, se dirige como una exhalacion á la sastra, y poniéndose en jarras, empie-

za á echar por aquella bendita boca sapos y culebras.

—Pues! —repetia en lo más recio de su cólera, marcando mucho las palabras con gesto y voz, para darles la fuerza é intencion que ella deseaba.—Pues! Qué no salga con mi marido! Se le pegará algo! ¿Le ha *robao* á usté algun peso duro? ¡Cómo si no nos conociéramos todos! Eso quisieran más de cuatro! ¡El demonio de la señora doña Nada! ¡ Se le caerá la venera al Sr. Antonio si sale con mi marido! *Dijo la sarten al cazo: Quítate allá que me manchas.*

Pasada la tempestad, los dos varones se reconciliaron de nuevo, y áun sus mujeres parecian haber echado tambien pelillos á la mar. Sin embargo, no era así. El matrimonio pacífico aceptaba el trato del matrimonio vecino, como aceptaria un raton el de un gato, si el gato se dignase mantener buenas relaciones con él; lo aceptaba por temor, lo aceptaba á la fuerza. Conocian las malas entrañas del zapatero y la lengua de escorpion de su cara consorte, y comprendieron que lo más acertado era usar con ellos cierto ten con ten, para no ser blanco de su malevolencia; de manera que el sosiego que disfrutaban era una limosna debida á la generosidad de sus vecinos, y á las larguezas del bendito del sastre, cuyo bolsillo equivocaba sin duda el zapatero con una mina inagotable, que explotaba sin conciencia en sus necesidades cuotidianas. Antonio se hubiera ido á otro barrio; pero estaba perfectamente acreditado en su domicilio actual; casi todos sus parroquianos pertenecian á aquel punto de la pobla-

cion, y seguramente muchos le hubieran abandonado á seguir la voz de su corazon. A Cármen se le hizo al principio muy cuesta arriba el consentir en la tal amistad; cada vez que veia á su marido con Meliton se la llevaban cincuenta legiones de diablos; pero acostumbrada con el tiempo á ceder á la fuerza, resignóse á sufrir esta cruz hasta que Dios otra cosa dispusiese. Cierto es que era en extremo difícil no caer en las redes que el astuto zapatero tendia á cada paso á su vecino, con el objeto de enredarle en ellas, y pescar su amistad como quien pesca una trucha; la miseria le habia hecho diplomático á su manera, y sobresaliente en gramática parda. A lo mejor entraba en casa de Antonio á pedirle papel para un cigarrillo; unas veces le rogaba que le cosiese un boton, porque Catalina se habia ido al rio; otras le convidaba á comer el melon ó la sandía que en las manos llevaba; si Antonio ó su mujer hacian cama de resultas de una indisposicion cualquiera, el zapatero iba y venía continuamente, demostrando un interes por el enfermo, que ni la madre que le echó al mundo. Antonio, que reunia virtudes domésticas envidiables, que era honrado en toda la extension de la palabra, sin ser su virtud y su honradez de esas que *arañan* y ofenden por lo rígidas é insociables, siguió, sin embargo, lo mismo durante los primeros meses de sus relaciones con Meliton, en quien el contínuo trato y su propia benevolencia le hicieron ver, reducidos á las proporciones de simples defectos, fáciles de corregir, los ne-

gros vicios que en el corazon y en el alma del zapatero habian echado profundas raíces.

II.

Eran las ocho de una de las noches más crueles de invierno. A las cuatro de la tarde habian principiado á caer menudas gotas de agua, que luégo se convirtieron en chaparron, y continuaba lloviendo, lloviendo, lloviendo, si Dios tenía qué. Apénas sonaban por las calles los pasos de un transeunte; sólo el ruido monótono de las canales, comparable con el que haria una enorme sarten al fuego con una buena fritada (y perdónese lo vulgar del símil, en gracia de lo exacto), interrumpia el silencio de la poblacion, metida en las casas, en los teatros y en los cafés, los cuales reemplazan hoy á los antiguos mentideros. La lluvia habia obligado á refugiarse á las siete en casa de Meliton, por hallarse léjos de la suya, á su amigote Basilio; y como, en vez de cesar, arreciaba más y más el chubasco, andaban ya discurriendo cómo pasar el rato entretenidos, cuando en mal hora le ocurrió á Meliton acordarse de Antònio para echar unas cuantas manos de *solo*. Dicho y hecho: levántanse los dos amigos, y quieras ó no, invaden el tranquilo hogar del sastre, como propietario, ademas, de una baraja pintiparada para el caso presente, siempre que los huéspedes se sirviesen

hacer la vista gorda respecto de cierta grasilla con que el uso habia barnizado los naipes, y de los negros filetes que el borde cubrian de muchos de ellos.

—Hay permiso, maestro? dijo Meliton, entrando en el taller.

— Adelante, caballeros! — respondió el sastre con un acento que equivalia á decirles: «¡Si me hiciesen ustedes el favor de tomar el portante!»

Cármen, viéndolos entrar, clavóse, de rabia, la aguja en la yema de un dedo, que se tuvo que chupar deprisa, para evitar la enconadura.

—Maestra,—exclamó Meliton,—no se ponga usté séria. El asunto es muy sencillo: el señor se ha metido en mi casa, huyendo del agua; y como no sabiamos la manera de matar el tiempo, saltó y dijo: — «Meliton, qué hariamos?» — Y dije yo: — «Basilio, no sé.» — Y dijo: — «Pues hombre, podiamos echar un *solo*.» — Y dije: — «Pues ya se ve que sí.» — Y dijo: — «Pero falta un pié.» — Y dije: — «Vamos á buscar al Sr. Antonio»; y aquí nos tiene usté.

—El caso es,—observó Antonio, á quien su mujer se le comia con los ojos, para que contestase negativamente;—el caso es que tengo que acabar para pasado mañana esta chaqueta y una levita; he dado palabra, y no me parece bien faltar á ella, porque son para una persona á quien debo muchos favores, favores que...

—Ta! ta! ta! —interrumpió el zapatero.— De aquí á pasado mañana quedan cuarenta y ocho horas, y en

ese tiempo se puede ir á *filibusterre*, y coser veinte y cinco chaquetas y levitas.

—Por mí, no hay que incomodarse, dijo Basilio con gesto amostazado.

—El Sr. Antonio,—observó Meliton,—es persona que no desaira á nadie por tan poca cosa.

Al sastre le pareció una grosería hacerse más de rogar, tratándose de complacer á un extraño, que por primera vez ponia los piés en su casa.

—Vaya,—dijo,—pues tengan ustedes un poquito de paciencia; en cuanto planche estas costuras, soy con ustedes.

Cármen estaba detras de los tres hombres; aprovechando la ocasion, sacó disimuladamente la baraja de un viejo armario de pino colocado sobre una mesa, y se la guardó en la faltriquera.

Antonio tomó el *palo de planchar*, palo grueso, de una vara escasa de largo, cilíndrico por arriba y plano por abajo; lo colocó sobre sus muslos, puso encima una manga de paño vuelta del revés, y mojando la costura, le pasó por encima la plancha. En seguida repitió la operacion en la otra manga; y por último, sobre el *medio queso* y la cabeza del *guitarrin* (tabla éste de figura de pera aplastada, y parecido aquel á lo que su nombre indica), planchó las *sisas*, las *solapas* y el *pié de cuello*. Esto hecho, dijo:

—Ya me tienen ustedes á su disposicion.

—Vivan los hombres campechanos! exclamó el zapatero, frotándose las manos.

Basilio (á quien el zapatero distinguia con el precioso nombre de *Basilisco*, tal vez por sus recomendables cualidades) calentábase, arrimado al brasero de hierro, donde habian estado las planchas, porque tenía las manos *como rábanos*. Meliton se soplaba las uñas, pensando en el frio, y á veces se las chupaba de gusto, discurriendo la proposicion que iba á presentar á sus amigos, producto de sus profundas meditaciones en cinco minutos de recogimiento.

—De qué hemos de jugar? preguntó de repente á sus dos amigos. Antonio y Basilio se miraron estupefactos; no hubieran mostrado más asombro, á habérseles propuesto la resolucion de un formidable problema.

Cármen, de quien ya, en medio del entusiasmo, no se acordaban ellos, respondió sin vacilar:

—De habichuelas, como jugamos nosotros algunos domingos; aquí hay media libra.

—Sí, sí, de habichuelas, dijo el sastre.

Figúrense mis lectores un pobre diablo que posee un décimo de la lotería moderna, que le gusta, que le exalta; un décimo, con el cual sueña y delira; número tan fijo, tan seguro, tan infalible á sus ojos, que lo está viendo y palpando en la lista grande que se pone en las administraciones del ramo despues del sorteo, y cuya lista la percibe ahora en su imaginacion; figúrense que á nuestro pobre diablo se le pierde el décimo en el dia mismo en que esperaba ser rico, y que, en efecto, aquel sale favorecido con el premio grande;

por último, figúrense la situacion desesperada de su antiguo y verdadero dueño; pues una cosa análoga le sucedió á Meliton al oir la vil palabra *habichuelas* á su vecina, obstáculo eterno á sus ingeniosas combinaciones para empinar el codo y andar de huelga.—«Jugar de habichuelas!»—decia para su mandil de cuero, pues lo llevaba puesto como abrigo.—«¡*Ni* que fuéramos *dotrinos!* Yo sí que te la voy á jugar á tí de puños.»

—Corriente y moliente; vengan las habichuelas, dijo luégo en voz alta.

Acércase Antonio al armario, tira de un cajon, y... nada; tira de otro... que si quieres! Examinados todos, y viendo que su registro es completamente estéril, se queda pensativo un momento, rascándose la cabeza, sin duda para hacer memoria.

—Cármen,—dice,—¿sabes dónde anda la baraja que metí en el armario el domingo?

—No.

—Por eso no hay que apurarse; yo traeré una de la tienda de al lado, exclamó al punto, disponiéndose á salir, el Sr. Meliton, quien para estas cosas es listo como una ardilla. Así lo fuera tanto para otras!

Considerando Cármen que no sólo era inútil guardar la baraja, sino que, de comprar otra, le tocaria á su marido su parte de escote:

—Espere usted, Sr. Meliton,—dijo;—puede que yo la encuentre.

Excusado es añadir que la encontró. En tanto que

Cármen ponia tres montones iguales de habichuelas encima de la mesa del armario, escurrióse el zapatero, sin decir tus ni mus, y al cabo de cinco minutos volvió triunfante con una botella de aguardiente, que habia tomado en la tienda inmediata.

—Qué trae usted, Sr. Meliton? preguntó Cármen.

—Una pintita del anisado, maestra; es *pa* remojar la palabra. ¡Cómo yo *paezco* de resecaciones, *velay* usté!

Sentáronse los tres personajes, y dieron principio al juego.

Cármen salió para la cocina, y aprovechando su ausencia, el zapatero propuso á los otros dos jugar una merienda, con el fin de dar un poco de interes al *solo*. Antonio y Basilio accedieron.

Sin saber por qué, la pobre Cármen, cubriéndose el rostro con las manos y sentándose en un rincon de la cocina, en cuanto se vió sola, dejó correr las lágrimas que á sus ojos se agolpaban, y en estas lágrimas copiosas, y en el temblor de todo su cuerpo, y en la repentina tristeza de que sintió inundársele el alma, adivinó su delicado instinto de mujer el negro porvenir que la esperaba. Era ésta la primera vez que lloraba durante su matrimonio, y la primera que temió perder para siempre el corazon de su Antonio; aquel corazon tan sencillo, tan leal, tan amante y tan bueno; aquel corazon todo suyo; porque si alguna mujer en el mundo podia envanecerse con razon de reinar en un hombre, esa mujer era Cármen, la esposa del honrado artesano. La parábola de los dos caminos, el del

bien y el del mal, estéril y áspero el uno, llano y florido el otro, no es ciertamente un cuento caprichoso; es la historia de la locura humana. Nadie ignora que el uno conduce á la felicidad, y el otro á la perdicion; y sin embargo, nada ha enseñado al hombre la experiencia de los siglos, ni la suya propia, que debia ser más elocuente aún. Antonio habia jugado otras veces, pero sin abandonar el trabajo, sin engañar, como ahora, á Cármen, que creia no mediar interes alguno. Antonio acababa de dar el primer paso hácia el abismo; dado el primer paso, todo lo demas es ménos.

A la una y media continuaban tan engolfados en el juego, que á no faltar aceite para la luz, hubieran seguido así hasta sabe Dios cuándo. Antonio perdió la merienda, esto es, sesenta reales, sobre su palabra, pues como Cármen era la depositaria y administradora de todos los fondos de la casa, é ignoraba que fuese dinero en realidad lo que se atravesaba, no se atrevió su marido á pedirle entónces los tres duros; ademas, habiendo fijado la merienda para ocho dias despues, no era puñalada de pícaro la entrega de aquella suma, y callando se evitaba el sermon, que á pesar de todo, sospechaba no dejaria de predicarle su mujer. En esto se llevó chasco; su mujer no despegó los labios para reñirle, si bien se mantuvo séria el tiempo que tardaron en recogerse.

Antonio, madrugador como un campesino, levantóse, no obstante, el dia siguiente á las nueve de la mañana, cosa que no le habia sucedido en muchos años;

y bien por no hallarse habituado á trasnochar, bien por otra causa cualquiera, sintió una jaqueca y una desazon general tan fuertes, que tuvo que dejar el trabajo y tenderse en la cama. Resultados de la visita de Meliton y Basilio: una noche perdida, sesenta reales ménos en el bolsillo, y la indisposicion, que le duró dos dias, en los que no le fué posible dar una mala puntada. Claro es que la chaqueta y la levita consabidas tampoco pudieron ser entregadas á tiempo; y hé aquí cómo un hombre que nunca habia faltado á su palabra, vióse obligado á faltar á una persona que, segun confesion propia, tanto le habia favorecido. El desgraciado no se atrevió á pedir á Cármen un maravedí; medios no tenía de juntar en tan breve plazo sesenta reales, sin que aquella lo notase; así es que necesitó recurrir á un amigo, quien para demostrarle que no lo era de farsa, tuvo la mala idea de prestarle media onza, que fué como si le hubiese dado un empujon para precipitarle más pronto en el abismo, á cuyo borde ya se asomaba. Con esta media onza hizo Antonio lo que rara vez deja de hacer el que pierde al juego: *buscar el desquite*. Ya se sabia: al oscurecer, inventando mil patrañas para engañar á Cármen, se encaminaba pian, piano, con Meliton, á la taberna del Gallo, en donde se *armaba timbirimba*, y en donde en tres ó cuatro noches le *desplumaron*, á fuerza de *amarres* y otras habilidades, los escamoteadores que le rodeaban. ¡Quién sabe si uno de ellos sería el mismo Meliton, su Mefistófeles, su ángel malo!

Así trascurrieron seis meses: Antonio volvia por las noches muy tarde á casa, por las mañanas sentábale malditamente coger la aguja, y al más mínimo pretexto dejaba el trabajo.—¡No sé qué diablos tengo en estos ojos! Me escuecen como lumbre!—¡Qué dia tan nublado!—No veo pizca!—Ay, que hoy es dia de misa! —Ay! voy á ver á mi amigo Fulano, que se ha roto una pierna.—Ay, que esto! ay, que lo otro!—Con semejante abandono le era imposible complacer á los parroquianos, que de dia en dia iban disminuyendo; volvióse, ademas, petardista, fullero, mentiroso, mal hablado y hasta provocativo.

Una tarde regresó con Meliton de la Vírgen del Puerto, tan bebido, que no queriendo oir las justas y prudentes reflexiones que principiaba á dirigirle su mujer con la humildad y la dulzura de una santa, cometió la infamia de darla un bofeton. Más despejada luégo su cabeza, derramó lágrimas de arrepentimiento, pretendiendo borrar tan afrentosa mancha á fuerza de cariño y repetidas protestas de dolor sincero. Pero este bofeton fué un verdadero asesinato para un alma tan tierna, tan delicada y tan afectuosa como la de Cármen; desde aquella tarde principió á desmejorarse, convencida hasta la evidencia de que Antonio, por más que se propusiese una enmienda completa, era ya una víctima sin voluntad, arrastrada á todos los excesos por los vicios del juego y la bebida.

Otra tarde llegó, acompañado del inseparable Meliton, profiriendo horribles blasfemias y amenazas. Cár-

men, aunque ya nada la sorprendia, alarmóse al verle toda la pechera de la camisa y las manos manchadas de sangre, y cruzó por su imaginacion la idea de un crímen. Meliton se reia brutalmente del espanto que revelaban los ojos de la infeliz esposa, porque, segun declaró despues, no habia motivo para tanto.

—Qué ha sucedido, Meliton?—exclamó Cármen, asiendo de un brazo al zapatero, y suplicándole, medio de rodillas á sus piés.—Qué ha sucedido? Hable usted, por la Vírgen Santísima, y sáqueme de esta angustia.

—Nada, vecina,—respondió Meliton;—le han santiguado por un muerto que...

—Por un muerto?—interrumpió Cármen.—¿Por un muerto? Acabe usted, Meliton.

—Estábamos jugando...

—Siga usted, siga usted.

—En la taberna del Gallo; ya sabe usté..... un despacho de vino que da envidia verlo; es cosa *manífica!* allí nos juntamos muchos caballeros, artistas, vamos al decir.

—Y qué, y qué?

—Su marido de usté se habia *quedao* como el gallo de Moron, cacareando y sin pluma.

—Entiendo, entiendo; pero caramba! acabe usted, que está matándome, dijo Cármen, dando una patada en el suelo.

Meliton continuó, con calma feroz:

—Habia seis reales puestos á un rey; vuelve *el libro* el banquero, y zas! tira una carta, pongo por caso

un... entiende usté? En seguida zas! tira otra, y á la tercera echa un rey. Toma los seis reales, pega con ellos sobre la mesa, diciendo:—«Seis, seis!»—y el señor Antonio, observando que nadie chista, responde: —«Acá!» y se los pagan, y se *arrampla* los doce del pico, y cátele usté *armao*.

Entónces el *punto* que habia hecho la apuesta, y que por descuido no reclamó á tiempo, se la pide al señor Antonio, el Sr. Antonio contesta que *nones*, y el otro, que ya estaba resentido por várias trampas que le habia hecho su pariente de usté en otras ocasiones (porque, hija, el Sr. Antonio..... así á lo santo..... es un pajarito que canta en la mano), me le estampa los cinco mandamientos en la cara; siendo un milagro de Dios que le dejase con narices. Entónces el Sr. Antonio principió á echar sangre y...

—Y qué?

—Y nada.

—Bien; pero el muerto...

—Cuando en la *banca* toma uno dinero que pertenece á otro que no lo ha reclamado, se dice que *ha levantado un muerto.*

Antonio habia olvidado ya el bofeton, porque al acabar el zapatero su relato, soltó una carcajada y dijo, volviéndose á él:

—No se ha mamado poco susto la bobona!

Cármen respiró más tranquila; pero ¡cómo llegaba su Antonio á casa! ¡Qué noche esperaba á la infeliz esposa, pensando en la afrenta de su marido!

III.

Dos años despues, el Miércoles de Ceniza, siguiendo una costumbre inmemorial, inundaba el pueblo madrileño las diferentes avenidas del Canal, pebetero profundo y perenne, que con sus emanaciones pestilenciales impregnaba la atmósfera de la coronada villa. Celébrase todos los años en la ancha y famosa *Pradera* el no ménos famoso *Entierro de la sardina*, cuya ceremonia consiste en dar sepultura, algunos de los grupos que allí concurren, á las sardinas, símbolo del Carnaval difunto, que conducen en cajitas de turron, de hojalata ú otra materia análoga, aullando cánticos salvajes; última y bulliciosa expresion de la alegre temporada que espira.

La Pradera, con tal motivo, presenta un golpe de vista animadísimo, un cuadro que, como ninguno, se presta al pincel y á la pluma de los que estudian nuestras costumbres actuales. Familias enteras, con el recien nacido que mama y el abuelo que chochea, establecen allí sus reales por todo el dia, recordando, en medio de la extensa llanura, casi despojada de vegetacion (porque hasta sus escasos árboles están desnudos), las caravanas que plantan las tiendas en el desierto y las tribus nómadas de las sociedades primitivas. Cada familia lleva su correspondiente provision de boca, provision abundantísima, porque en este dia todo el que pisa la Pradera ha formado de antemano,

sin conocerlo, el firme propósito de no volver sin un cólico siquiera, aunque se esfuerce luégo en mantenerse en los límites de una justa moderacion.

¡Cómo le chispean, cómo le bailan los ojos á esa doncella! ¡Vuelvan ustedes ahora la cabeza, y escuchen las improvisaciones báquicas de esotro mancebo! la risa le retoza hasta en las uñas! No darémos veinte pasos sin encontrar un baile; aquí privan las seguidillas manchegas, allá la polka; en este corro juegan á la gallina ciega ellos con ellas; en aquel á las cuatro esquinas; y el observador curioso ve sucederse (en tan rápido movimiento, que le produce vértigos) pañuelos y dominós, vestidos y capuchones, oscuros y claros, amarillos y encarnados, azules y verdes; todas las gradaciones de todos los colores, y marineros, y moros, y beatas, y diablos, y caricaturas á millares, al informe estrépito de murgas, organillos, guitarras, panderetas, castañuelas y violines; sin contar con el ruido formidable de las máscaras, que recorre toda la escala de la voz humana, desde la afeminada y chillona que hace el polichinela, hasta la de sochantre de catedral, y que remeda magistralmente desde el *quiquiriquí* del gallo hasta el gruñido del cerdo y el rebuzno del asno.

Habrán venido Antonio y Meliton? Quién lo duda? Primero faltaria el lucero del alba que ellos. De Meliton puede asegurarse, dados su carácter dispuesto y el exquisito arreglo de sus costumbres, que habrá estado pensando en el dichoso *entierro* lo ménos con

ocho dias de anticipacion. Esta clase de *festividades*, nombre que da á las giras campestres y á las *romerías* á figones y tabernas, constituyen para él los grandes intereses, los intereses vitales de la sociedad; y siendo tan simpático para Antonio, á quien tiene *sorbidos los sesos* y atrae irresistiblemente, como el iman al acero, Antonio debe haberle seguido, como un gozque á su dueño, como un ciego á su lazarillo. Sí, han venido, pero han venido solos; Catalina está, *por escandalosa*, en la casa Galera, calle del Barquillo, paradero que ya le habia pronosticado su marido con la admirable penetracion que en estas cosas le ha dado su consumada experiencia, y de que él se envanece. Así es que, cuando fueron á buscarla para llevársela, no manifestó Meliton pesadumbre ni extrañeza; pero aunque no necesitaba Catalina que la animasen, parecióle á él *conviniente* dirigirla por despedida estas palabras:

—Ten pecho, hija; *los duelos con pan son ménos*; allí no tratan mal del todo, que digamos; así como así, ya sabes que por *acatus* no hay *manducáminis* ni *trigo* (dinero); con que anda, Catála, que allí no te faltará la *sursistencia*.

Cármen ha salido á ver á sus padres, que quieren llevársela consigo y separarla de un hombre, á cuyo lado la vida es un martirio sin tregua. La infeliz, para atender á las obligaciones de la casa, ha ido gastando poco á poco los ahorros reunidos á costa de privaciones sin cuento, en los tiempos en que Antonio le de-

cia por esta causa, en su pintoresco y expresivo lenguaje, que *hacia la arañita*, y en que llamaba ella á su marido *la hormiga*, por lo vividor, lo mañoso y lo aplicado que era. Ademas Cármen ha cosido sin descanso, miéntras él holgazaneaba y dormia á pierna suelta, amodorrado por el vino. Las oficialas, hartas ya de trabajar sin ver un maravedí en dos meses, se sublevaron un dia, hallándose Antonio ausente, y pusieron de tramposa á la *maestra*, que no habia por donde cogerla. Cármen, para no ahogar más á su marido, acosado por una nube de acreedores, tuvo que empeñarlo y venderlo todo, hasta su ropa, quedándose poco ménos que *en cueritos vivos*. No adelantando nada con reñirle, recurrió á las súplicas, y mil veces le dijo:

—Hombre, no seas loco; por Dios, ten juicio; mira que nos vamos á ver perdidos.

Él contestaba:

—Tienes razon, Carmencita; desde mañana voy á ser otro hombre.

Predicar en desierto: al dia siguiente, peor que peor. Antonio era un cuerpo cuyo centro de gravedad estaba en la taberna, antesala de la cárcel, y siempre iba *á caer* en ella, como cae en el suelo una piedra que se arroja al aire.

Libres, pues, é independientes nuestros dos héroes, campaban tiempo hacia por sus respetos, sin cuidarse de las familias respectivas, ni Cristo que lo fundó; pues hasta Felipillo, que hubiera podido embarazar

algo al zapatero desde la prision de su madre, estaba en Valdemoro con su tio el *Patato*, que se ocupaba á la sazon en hacer mondadientes de enebro y otras friolerillas de igual importancia industrial, con una navaja que tenía honores de sierra, ¡tales y tantas eran las mellas que el uso la habia producido! El tio Patato fué el primer vendedor ambulante de escobas en Madrid, que, para llamar la atencion hácia su comercio, gritaba por las calles con una socarronería que electrizaba á las domésticas:

—El escobero, muchachas! ¡Vamos á barrer, perezosas!

Antonio y Meliton pasaron todo el dia en la Pradera.

Poco ántes de anochecer emprendieron el regreso á casa; pero en qué estadó! ¡Cómo no se pondrian de vino y licores aquellos benditos cuerpos, cuando Meliton perdió el sombrero y un zapato, y al pobre Antonio le quitaron la capa, sin sentirlo, ni echarla de ménos!

Su entrada en Madrid, por la puerta de Toledo, fué una especie de triunfo, que ellos, á saber historia, hubieran comparado con los de los emperadores romanos.

Abrian la marcha dos mocitos medio chispos, rascando rabiosamente un par de guitarruchos con cuerdas de alambre: seguíales el Sr. Meliton, marcando el paso y haciendo el molinete con un palo, á manera de tambor mayor, no sin perder á menudo el compas, á

pique de romperse la crisma; y en último término, *del bracilete* con dos vírgenes de lo más desollado de Lavapiés, venía el Sr. Antonio, ceñida la cabeza con una corona de papel que fué dorado, y la cintura con unas enaguas no muy limpias. Cerraban la marcha una infinidad de muchachos, á quienes se unieron otros muchos de la vecindad de los dos amigos, que acudian, como moscas á la miel, á ver aquel cuadro, y que escapaban cuando el Sr. Meliton hacia el ademan de correr tras ellos, despues de oirles las coplas con que á él y á su compañero saludaban, y que ya en otras ocasiones les habian cantado.

A Meliton le decian:

Zapatero,
Remendero,
Come tripas
De carnero.

Y al Sr. Antonio:

Sastre, sastrillo,
Daca la sisa;
No se te escurra
La tijerilla.

A la infernal gritería de los muchachos, que iba creciendo á proporcion que se acercaban á su casa Antonio y Meliton, salió á la puerta Cármen, de vuelta ya de la visita á sus padres, impulsada por un movi-

miento de simple curiosidad. ¡Cuál no sería su asombro al contemplar, entre dos furias beodas, á su marido, tambaleándose, tartamudeando y abriendo desmesuradamente los ojos, rodeados de dos círculos casi negros, como la cara toda! Porque la embriaguez le habia puesto en un estado semi-apoplético.

Cármen no era ya ni sombra suya; profundos pesares habian ido minando lentamente su salud, y sus débiles fuerzas apénas podian sostenerla; pero Cármen, como todas las mujeres apasionadas, tratándose del objeto de su amor, encontraba en las ocasiones supremas una voluntad enérgica y un espíritu indomable, dignos sólo de las almas heróicas. Si el asombro cubrió un instante de vergüenza y de mortal palidez su rostro, la indignacion lo inflamó como una llama divina, dió á sus ojos la mirada del rayo, y á toda ella el resuelto ademan de una leona acosada. Plantóse, pues, en medio de la puerta, observando que las dos mujeres querian entrar en la casa con Antonio, y dijo:

—A dónde van ustedes?

—Y á usté quién *la dao* vela *pa* este *intierro?* contestó una de las mujeres, la ménos bebida.

—Calle usted, escandalosa.

—La escandalosa será ella.

—Antonio, —continuó Cármen, revistiéndose de prudencia por última vez,—entra, y no demos que hablar.

Las dos mujeres, que ya habian soltado al sastre, volvieron á sujetarle como perros de presa, y la que

tomó anteriormente la palabra se atrevió á decir á Cármen, encarándosele con horrible desfachatez:

—Este buen mozo me *camela* á mí hace un año, y á nadie le debe *náa*, D.ª Toribia.

Los muchachos gritaban:

Zapatero,
Remendero,
Come tripas
De carnero.

Y despues de una breve pausa, repetian:

Sastre, sastrillo,
Daca la sisa;
No se te escurra
La tijerilla.

Meliton, recostado contra la pared, entablaba diálogos á media voz consigo mismo, alargando y encogiendo los brazos como si anduviese á caza de moscas; lo cual excitaba la compasion, la rechifla ó la repugnancia de los transeuntes.

Antonio, hecho un mar de lágrimas, miraba, con la ternura nauseabunda de la sensualidad emancipada de la razon, á las dos rameras, y despues de andar buscando palabras con que explicarse, y en el bolsillo del pantalon algo, que bien pudiera ser la navaja, sólo acertó á balbucear:

—Caar...men...! ¡miii...ra... que... te... te... casco... la... lien...dre!

Entónces Cármen, ejecutando un movimiento que no fué visto ni oido, agarró por un brazo á la más robusta de las dos mujeres, y en un momento de ciega cólera, de un empellon la arrojó el suelo, contra el cual rebotó su cabeza, herida por el agudo corte de los pedernales. El segundo movimiento de Cármen, no ménos rápido que el anterior, dió por resultado arrancar á su marido de las garras de la otra arpía, cerrando tras de sí la puerta.

Con todo, esto no la libró de sustos, y su situacion vino á complicarse con la presencia de dos municipales que acudieron á los gritos de la herida, y que, enterados del caso, llamaron fuertemente á la puerta con los tacones de los borceguíes, como quien da coces.

No hubo remedio para la desdichada Cármen; por más ruegos, por más sollozos, por más lágrimas que empleó para que no se la llevasen de casa, apoderáronse de ella, y sacándola casi á la rastra, la condujeron, más muerta que viva, al *cajon* inmediato del distrito, en donde tuvo que pasar la noche entre rateros y prostitutas. Habia herido á una mujer, era delincuente, y la ley se ha hecho para castigar el crímen y defender la inocencia. Viva la justicia humana!

Cuando, despues de mucho tiempo de martirio al lado de Antonio, vió Cármen espirar á éste, en el hospital de incurables, entre las horrorosas convulsiones del *delirium tremens*, que amortigua en los grandes beodos los signos principales de la inteligencia, y marca su frente con el sello del idiotismo, dió gracias

á Dios en el fondo de su alma, porque así ponia término á los crueles padecimientos del hombre á quien tanto habia amado, y que la dejaba en el mundo jóven, enferma y desamparada, esperando tambien su hora.

Al saber Meliton la muerte de su amigo, á quien no habia ido á visitar ni una sola vez al piadoso establecimiento, dijo en la taberna del Gallo:

—Si no podia suceder otra cosa! Era un borrachin de lo fino, capaz de *enviciar* á un santo. ¡ Mas veces me ha hecho á mí dejar el trabajo *pa echar las once*, que pelos tengo en la cabeza! ¡ No sé cómo no me ha *perdío*; porque, aunque uno tenga *el aquel* suficiente *pa* no caer, siempre las malas compañías... ya me entienden *ustés*!

FIN.

EL GAITERO DE BUJALANCE,

Ó

UN MARAVEDÍ PORQUE EMPIECE Y DIEZ PORQUE ACABE.

EL GAITERO DE BUJALANCE,

UN MARAVEDÍ PORQUE EMPIECE Y DIEZ PORQUE ACABE.

El Sr. de Perez habia pasado, como de costumbre, una especie de circular á las personas que concurrian á sus reuniones quincenales, reuniones que llegaron á adquirir cierta fama, particularmente entre los jóvenes de diez y seis años arriba, edad dichosa, en que principia á salir el bigote y á hervir la sangre, y en que, unos por aficion y otros por diversos motivos, todos se dedican á los ejercicios coreográficos con un entusiasmo que poco tiempo despues,—trasformados como por encanto los jóvenes en hombres graves, porque en nuestra sociedad se envejece pronto,—apénas acierta á comprender la mayor parte de ellos. La invitacion terminaba con las siguientes palabras, puestas allí como se pone el reclamo junto á la red de cazar pájaros:

TOCARÁ Y CANTARÁ LA SEÑORITA DE LIRIOS.

Perez no cabia en sí de gozo, pensando en el delicioso rato que iba á proporcionar á sus tertulios, exhi-

biendo las maravillas de unas manos, que recorrerian el teclado del soberbio piano con asombrosa rapidez y limpieza para arrancarle notas y armonías desconocidas, y los encantos de una voz, que iba á dar en la tierra una idea exacta de las voces que resuenan en los espacios celestes. Su esposa doña Cristina y su hija Clara se habian prendido de veinticinco alfileres, y el salon,—pues tal nombre merecia el local de los conciertos y del baile,—estaba espléndidamente iluminado, pudiendo sin duda competir, por el gusto de sus adornos y mueblaje, con los de muchas casas de Madrid que en esto rayen más alto.

A todo el que entraba dirigíale Perez la misma pregunta:

—Supongo que habrá usted recibido la papeletita?

—Sí, señor.

—Habrá usted leido la postdata que...?

—Con que, tocará y cantará la de Lirios?

—Cabales! Oh, es cosa notable! Ya verá usted! Ya verá usted!

De manera que cuando llegó la señorita de Lirios, la impaciencia de todos era tan grande, que en vano trataria yo de explicarla.

Doña Carlota, mamá de la heroína de la fiesta, entró en el salon haciendo mil dengues altamente ridículos, indicios de una vanidad superlativa, sólo disculpable en una madre idólatra de su hija, pero que en otra persona ménos íntima hubiera seguramente convertido la curiosa gravedad de los circunstantes en una

repentina explosion de risa. Laura, su hija, ocupó á su lado una silla, próxima al piano, con la majestad de una reina que ocupa su trono para recibir una embajada.

—Qué desdeñosa! dijeron unos.

—Qué aire tan distinguido! exclamaron otros.

Las mujeres cuchicheaban como cotorras, criticando á Laura de piés á cabeza (por supuesto, sin mala intencion) tan desapiadadamente, que, á ser posible que existiera una persona con los defectos que en ella encontraron, Laura no hubiera sido mujer, hubiera sido un monstruo como el que pinta Horacio en su famosa *Epístola á los Pisones:*

Humano capiti cervicem pictor equinam
Jungere si velit, et varias inducere plumas; etc.

Yo, que naturalmente debo ser más imparcial que ellas, aseguro con toda ingenuidad que la hija de Doña Carlota era una muchacha hermosa, elegante, bien formada y de modales escogidos; pero en quien el hábito de oirse elogiar á todas horas por su familia ó por sus aduladores, habia llegado á crear un orgullo sin igual, estereotipado, digámoslo así, en el pliegue particular de las comisuras de sus labios; pliegue que parecia emitir por cada uno de sus poros y de sus fibras la voz íntima de Laura, en estos ó parecidos términos:

—Cuánto valgo! Qué pobres gentes son éstas! ¡No han estado en París! Me inspiran lástima!

Agarrado casi materialmente á la oreja de Laura, como un perro de presa, su novio, tambien aficionado furibundo á las corcheas y á los bemoles, devorábala con los ojos, lanzando al par su boca las frases más amorosas.

La curiosidad y la impaciencia de los tertulios por oir á Laura eran muy naturales. Educada en París desde la infancia la señorita de Lirios, en una de las casas de pension más célebres (donde aprendió, entre cien cosas fútiles, otras ciento para crearse necesidades, que pudieran con el tiempo, no teniendo medios de satisfacerlas, conducirla á la vergüenza ó al suicidio; pero que formaban y forman la base de la educacion de las clases altas y ricas, así como la privacion de ellas causa la envidia de las pobres), esta sola circunstancia habia despertado aquellos sentimientos, contribuyendo tambien no poco las ponderaciones hiperbólicas del complaciente Perez, natural de Sevilla, por más señas.

Despues de haber tocado y cantado várias señoritas y caballeros, acercóse el dueño de la casa, lleno de confianza, á las de Lirios, y dijo á D.ª Carlota:

—¿Sabe usted, señora, que me he permitido la libertad de hacer á Laura una traicioncilla?

—Usted dirá.

—En la papeleta de convite he anunciado que toca y canta esta noche.

—Jesus, qué Perez!—exclamó D.ª Carlota.—¡Sin avisarnos ántes! Vaya, no se lo perdono á usted!

—Sería usted tan cruel?... Bah! yo espero que nó me dejarán ustedes feo.

—El caso es que la niña está fatal de los nervios!

—Válgate Dios!

—Y de la garganta! añadió Laura, tosiendo con seductora coquetería.

—Ea, Laura, modestias á un lado; en mi casa no se usan etiquetas; usted hace lo que sepa ó lo que pueda, que siempre será mucho, y *laus Deo*.

—Dispénseme usted, Perez, siento no complacerle; pero, créame usted, no estoy en voz. Ademas,—añadió Laura con una humildad vanidosamente insufrible,—á una aficionada como yo, donde hay personas que tanto valen, sólo le corresponde ver, oir y callar.

Doña Carlota pensaba para sí, miéntras su hija hablaba:

—Qué labia de criatura! En cuanto la oigan, apuesto á que se quedan estupefactos. ¡Cómo se conoce la educacion! *Las otras*, á la menor instancia se han puesto al piano; pero lo que es *la mia!*...

—Perez,—exclamó D.ª Cristina, —que cante Laurita, que cante Laurita!

—Que cante!

—Que cante!

—Que cante!

Repitieron en coro todos los presentes. Las de Lirios continuaban haciéndose las desentendidas; Perez ya no encontraba expresiones con que pedirlas que fueran complacientes; y las lenguas de los tertulios, con

especialidad las del sexo femenino, despues de bien aguzadas en la piedra de la paciencia, desatáronse y arrojaron los dardos más agudos contra la que era causa del general disgusto.

Aquí decia una:

—Si tendrémos que echarla memoriales!

Allá saltaba otra, volviéndose á su vecina:

—¡No hay gente más cargante que la que se educa en París! Qué monas!

—Tiene usted razon,—le contestó una viuda, que, por sus atinadas observaciones, era conocida en su círculo con el apodo de *Sentencias*,—tiene usted razon; le miran á una por cima del hombro, como si fuésemos unas honradas vecinas de Cienpozuelos, ó cosa así.

En otro lado murmuraban:

—Siempre lleva el paje al lado, cosido á pespunte. Le gusta á usted, Maruja?

—No señora,—respondió Maruja;—tiene cara de perro chino.

—Exacto, me lo ha quitado usted de la boca. ¿Sabe usted que el peinado de Laura tiene lances? ¡Qué historiado!

—Yo creo que la visten y la peinan sus enemigas.

Perez, en tanto que todo el mundo se moria de fastidio, apuraba los recursos de su elocuencia, y á no parecer ridículo, se hubiera postrado á los piés de Laura para pedirle, por las once mil vírgenes, que se sirviese cantar siquiera unas seguidillas manchegas, una jota,

el *Guerra, guerra al infiel marroquí!* el *¡Ay, mamá, qué noche aquella!* cualquiera cosa, en fin, que á él le sacase del compromiso en que estaba.

Por último, D.ª Cristina y Clara, abandonando sus sillas para acercarse á las de Lirios é interponer su influencia, auxiliaron tan eficazmente al pesaroso Perez, que, al cabo de un cuarto de hora, Laura dijo á su novio:

—Eduardo, ¿tiene usted la bondad de acompañarme al piano?

—Con el alma y la vida, respondió Eduardo.

Y conduciéndola de la mano hasta el piano, que se hallaba á dos pasos de ellos, hubo de repente un silencio tan profundo, que hubiera podido oirse el vuelo de un mosquito.

El aspecto general de la concurrencia era un desafío, que podia traducirse así:

—Pues señor, ahora verémos!

El de D.ª Carlota, positivamente era tambien un reto que decia:

—Ahora, ahora verán ustedes!

Perez despabiló las bujías de esperma, colocadas á los lados del atril, sobre el cual puso un cuaderno de música, limpióse el sudor de la frente, copioso como el que baña la del guerrero despues de una batalla, y pasó á sentarse junto á su esposa y su hija, á descansar de sus fatigas.

Pero es el caso, que, despues de tararear casi imperceptiblemente unas cuantas frases musicales, como

si se hubiera propuesto engolosinar más y más al auditorio, la hechicera Laura se levantó muy serena, sacudióse tranquilamente con una mano los pliegues del vestido, y quiso volver á su sitio, exclamando con una expresion de sinceridad lo más propia para persuadir á cualquiera de sus palabras:

—Vaya, se acabó! no se empeñen ustedes; me he quedado sin voz, no puedo dar una nota.

Sin embargo, no pudo sentarse; Perez, bien sea que la conociese á fondo, bien que adivinase su intento, se plantó en el antiguo sitio de la señorita de Lirios, diciéndola:

—No hay cuartel, hija mia; el que fué á Sevilla, perdió la silla.

—Por Dios, Sr. de Perez...

—Nada, D.ª Carlota, no admito disculpas, soy inflexible.

Por supuesto, D.ª Carlota estaba rabiando porque su hija cantase; su hija tampoco deseaba otra cosa: Perez no cedia, D.ª Cristina y Clara repitieron sus fervientes súplicas, hasta que al fin y al cabo, se encaminó otra vez Laura al piano, firmemente resuelta ahora á lucir sus dotes filarmónicas.

El cuaderno que tenía delante de sus ojos era un aria de la *Traviata*, ópera perteneciente (hablo del libreto) á lo que debiera llamarse literatura *patológica*, pues uno de los elementos principales que la constituyen es la exhibicion de personajes y cuadros tan agradables, como tísicos escupiendo sangre, doctores tomando

pulsos, y mesas de noche y veladores llenos de *potingues*.

Todo esto, ya se ve que es divertido, y se presta divinamente al canto, y áun si se ofrece, al baile, pues de ménos nos hizo Dios.

Mis lectores recordarán qué casta de pájaros son las *traviatas*, mujeres desconocidas, por fortuna, en la sociedad española; que en otros países, viviendo solas, sin madre, padre, hermanos, ni esposo, dan banquetes y saraos en sus salones en los cuales, despues del naufragio de su virtud, naufraga la de infinitos incautos, y cuyas manos son abismos que se tragan fortunas considerables. Violeta, heroína de la *Traviata*, es una flor que no se cria en los jardines de nuestras ciudades ni en nuestros campos; y si se criára, dudo mucho que hubiera entre nosotros quien se atreviese á rehabilitarla, elevándola á la altura de los séres más puros y más santos, con arrepentimientos imaginarios.

Alfredo, amante de Violeta, que la quiere á rabiar, porque en la tal ópera todos rabian de amor, ó de tontos, ó de las dos cosas, la abandona, y hasta la ultraja groseramente, arrojando un bolsillo á sus piés (como un canalla, como no lo haria el más despreciable de nuestros granujas, y mucho ménos en un baile), para pagarla, segun dice, lo que ella habia gastado con él en los tiempos de su amor:

Qui testimon vi chiamo
Ch'ora pagata io l'ho.

No les parecerá muy pectoral, que digamos, á mis lectores semejante jarabe para una pobre tísica; tampoco á mí; y si Violeta hubiera sido toro, diríase que el bárbaro Alfredo le habia clavado el cachete.

Es de advertir que ántes ha renunciado á él Violeta, por la exigencia estúpida del padre de Alfredo, que la ha dicho: «Sí, Dios me ha dado una hija pura como un ángel; pero el jóven amante y amado que debe llamarse su esposo renuncia al santo vínculo que nos haria felices, si Alfredo se niega á volver al seno de su familia.»

En una mujer del temple y de los hábitos independientes de Violeta, se concibe que hubiera respondido, más pronto que la vista, al papá del mancebo:

—«Mire usted, Sr. D. Fulano, si su hija de usted no se casa, que se mantenga soltera, y su novio que se ahorque; yo le enviaré el cáñamo. Lo que usted pretende es la ley del embudo: lo ancho para usted y lo estrecho para el prójimo; es decir, que me deje yo morir como una tonta, para que su chica de usted y el ganso de su futuro se rian á mi costa... Pero ¡cómo no se miren ustedes en otro espejo!»

No obstante, le acomete un ataque de sensibilidad y de filantropía suicida, y exclama:

—Gran Dios! Decid á esa jóven tan bella y tan pura que hay una víctima del infortunio (¡del infortunio! han visto ustedes galopina por el estilo!), á quien sólo resta el último rayo de felicidad... ¡Decidla que se lo sacrifica, y... que morirá!

Che a lei il sagrifica...... e che morrà!

El padre de Alfredo, aunque nada consta en el libreto, probablemente diria para sus adentros: «*Requiescat in pace*», ó bien: «Le mandarémos decir unas cuantas misas»; creyendo cubrir así el expediente, y quedar bien con Dios y con el diablo al mismo tiempo.

Cuando Laura acabó de cantar el ária de la *Traviata*, resonaron dos ó tres aplausos vergonzantes, y tal cual «muy bien! muy bien!» pronunciado á media voz y con tonillo por algunas bocas femeninas. Debe, sin embargo, declararse, en honor de la verdad, que la señorita de Lirios cantó con expresion y gusto, y que lo que sin duda influyó en que su triunfo no correspondiese por completo á las esperanzas del buen Perez, fueron precisamente los elogios anticipados y desmedidos de éste, las pretensiones con que se presumia que se presentaba la recomendada, y lo mucho que ésta se habia hecho de rogar.

Sentencias decia á su vecina de la izquierda:

—Ramona, qué le ha parecido á usted?

—Regularcita! regularcita! contestó D.ª Ramona, mascando las palabras.

—Es usted demasiado indulgente.

—Pues qué? á usted no le ha gustado?

—Francamente, creo que es más el ruido que las nueces. Como Perez nos la habia ponderado tantísimo!

—Sí; segun él, íbamos á oir un prodigio.

—Una Alboni, una Frezzolini, una Lagrange... ¡Qué chasco, amiga! Lo que es yo, le aseguro á usted que me he quedado más fria que la nieve.

Doña Carlota, por su parte, recorria sin cesar la sala con ojos escudriñadores, intentando sorprender en una mirada, en un gesto, en una frase, en una palabra suelta, el secreto de la tibieza con que la reunion habia saludado á su hija; y aunque ningun resultado le daban sus curiosas observaciones, ella se persuadió á sí propía, hasta la evidencia, de que una envidia voraz iba destrozando y engulléndose poco á poco á todos los presentes.

En las reuniones de Perez era costumbre alternar el canto y las piezas de piano con el baile; y ya los aficionados se disponian á buscar pareja para unas *habaneras*, cnando, sin más aviso ni más nada, la señorita de Lirios y Eduardo la emprendieron con la *Norma*. Volvió, pues, cada cual á su sitio, y Laura y Eduardo, derretidos, amartelados, hechos un almíbar, contemplándose en éxtasis con una pasion alarmante en verdad, y que de seguro no sintieron, ni con cien leguas, uno por otro *Polion* y *Adalgisa*, desafinaron y tropezaron lo suficiente para que se deseára que cuanto ántes concluyesen. El amor les tenía aturdidos, les trabucába las ideas, y la culpa del pícaro Cupido la pagaban las inocentes corcheas, fusas, semifusas y bemoles, maltratados sin consideracion ni miramiento alguno por aquellos ingratos.

El éxito de la *Norma* fué, poco más ó ménos, el mismo que el de la *Traviata*.

Perez dijo en seguida en alta voz á un jóven, sobrino suyo:

—Antonio, quieres tocar unas *habaneras*?

—Con mucho gusto, respondió Antonio, encaminándose al piano; pero Laura habia principiado ya el *Miserere del Trovador*, y no era cosa de interrumpirla.

Doña Cristina le dijo al oido á su esposo, que acababa de sentarse junto á ella:

—Pero hombre, ves qué imprudencia? En mi vida he visto cosa igual. No conocerán que abusan?

—Si yo hubiera sabido esto! Necio de mí!

—Cómo lo hacen tan bien! Yo tengo la cabeza atronada de tanto ruido.

—Qué quieres, hija, qué quieres!

—El caso es que el tiempo vuela, y todos están aburridos.

—Y qué he de hacer? ¿He de cogerlos de una oreja y quitarlos del piano?

—Jesus, Jesus, qué noche!

El *miserere* llevaba trazas de ser eterno, porque Laura, proponiéndose, por lo visto, dar pruebas inequívocas de amabilidad incomparable, no bien lo hubo terminado, engolfóse en unas variaciones sobre el mismo, tan sumamente enmarañadas, que la pobre muchacha tenía a cada paso que repetir, á consecuencia de olvidos ó de tropiezos en extremo fáciles, varios pasajes ya principiados. ¡Qué cara tan compungida ponia á todo esto el dueño de la casa! Diríase que interiormente pronunciaba tambien un *miserere*, aunque no el del *Trovador*.

Sentencias le hizo una seña, á la cual acudió él, con

tanto más gusto, cuanto que ya habia pensado aconsejarse de aquella buena amiga, fecundísima en recursos para sacar á cualquiera de apuros.

—Qué me manda usted, señora?

—Diga usted: ¿aquella niña tiene arrendado el piano?

—Sus deseos de complacernos, y su...

—Yo creo que se ha propuesto fastidiarnos, que conoce que nos carga, y se ha dicho: «Al que no quiere caldo, taza y media.»

—Qué cosas tiene usted!

—No; quien tiene cosas es ella!

—Señora, discurra usted un medio de...

—No hay más medio que resolverse á decirla: «Señorita, así que concluya usted lo que está tocando se bailará.»

—Ciertamente; es lo más sencillo.

Un cuarto de hora despues se acercaba Perez á Laura, temblando, como si fuera á cometer algun crímen, y le decia:

—Bravo, bravísimo, amiguita! Pero basta, descanse usted, y un millon de gracias por el rato que nos ha dado.

—No estoy cansada.

—Oh! sí, sí; no hay que negarlo; pero es usted demasiado bondadosa, y aunque conoce que abusamos de su condescendencia...

—Quiá! — exclamó D.ª Carlota, en el colmo de la dicha.—Si poniéndose á ello, es atroz! Es capaz de

estarse tocando hasta mañana á estas horas. Ya se ve! como su repertorio es tan abundante y escogido!

—*Miserere mei, Domine,*—murmuraba entre dientes el infeliz Perez, y luégo, alzando la voz, —con todo,— continuó,— la garganta debe resentirse mucho, y mi remordimiento sería eterno si supiese yo que habia contribuido á la aparicion de una angina, de un... sobre todo, de una angina; usted no ignora que hay anginas de várias especies, y que la gangrena suele ser la terminacion fatal de algunas de ellas. Evitemos la gangrena, D.ª Carlota, evitemos la gangrena.

Doña Carlota oia estos horribles pronósticos lo mismo que quien oye llover, y hasta le daba risa el angustiado semblante de Perez.

—A mi Laura,—dijo,—no le es desconocido ningun género de composiciones; lo mismo canta lo sério que lo bufo, lo sagrado que lo profano, una pieza de ópera que unas playeras ó una jota. Ahora verá usted. Laurita, Laura? Oye, niña: canta *Le retour du captif*, y luégo el *Caramba!* para que el Sr. de Perez juzgue... ¡Si viera usted á los franceses cuando le oian á mi niña, en París, canciones andaluzas!... No exagero si digo que los enloquecia. Ellos la llamaban *salerro* y *quitana*, y qué sé yo cuántas cosas más. Una noche, Mr. de Pistache se empeñó en que cantase una caña con *sigarra* en boca y *navaca* en mano.

Sentencias, que no habia perdido palabra del breve diálogo que antecede, viendo irremisiblemente condenada la reunion á Laura perpétua, desfiló con el

mayor sigilo, seguida de cuatro personas, jurando no volver allí más miéntras se presentasen *casos* de la epidemia Lirios. Al despedirse de D.ª Cristina y de Clara, que debian estar *voladas*, la primera le preguntó:

—Cómo nos deja usted tan pronto? ¿Se ha puesto usted mala?

—Ay! no, señora, todo lo contrario; he gozado como nunca; la reunion está deliciosa, y les envidio á ustedes los momentos que áun se propone seguir encantándoles la inolvidable señorita de Lirios.

Sentencias añadió luégo para su manteleta de seda:

—Chúpate ésa!

Y dando en un pasillo los besos de ordenanza á la esposa y á la hija de Perez, desapareció como alma que lleva el diablo.

Ya nadie hacia caso de la educanda de París: ella, colorada como una amapola, y Eduardo, con el cabello erizado y sudando como un pollo, cantaban, y cantaban, y cantaban hasta desgañitarse, olvidados del mundo y sus vanidades, y sumergidos en un océano de inefables delicias. El piano, particularmente cuando lo tocaban á cuatro manos, producia tan formidable estrépito, que habia que taparse los oidos: la fiebre del amor, juntamente con la frenética aficion de Laura y su novio á la música, inflamaba sus tiernos corazones; inflamacion ó entusiasmo de que eran partícipes aquellos veinte dedos pecadores, que caian sobre las inocentes é indefensas teclas, como pesados mazos de batanes.

La simpática pareja cantó y tocó todo lo cantable y todo lo tocable, formando la más exquisita menestra que imaginarse puede, con la mezcla de el *Caramba! los Puritanos*, las boleras de *Gloria y peluca*, los *Hugonotes*, etc., etc. La fortuna para ellos, que no podia hablar el piano; pues á haber tenido lengua, les hubiera puesto como chupa de dómine. Perez, que la tenía, habia enmudecido de furor, y estaba materialmente crucificado, por haberle ocurrido la mala idea de sentarse junto á D.ª Carlota, quien, decidida quizás á acabar con él, martirizábale sin cesar, poniendo en las nubes, no sólo el númen artístico de su Laura; sino (y esto era lo peor) la excelencia de su carácter, su genio complaciente, su modestia, su deseo de agradar á todo el mundo; bien es verdad que todo el mundo, segun ella, quedaba prendado de la chica.

Por último, cerca de la una de la noche levantóse D.ª Carlota, llamó á Laura, y saludando entrambas á la reunion, abandonaron la sala, disculpándose con Perez por tener que ausentarse tan pronto, y prometiendo la niña (ó amenazando) dar en otra noche mucho más detenida muestra de sus habilidades.

Cuando, á los quince dias, Perez invitó personalmente para otra *soirée* á *Sentencias*, ésta tuvo muy buen cuidado de preguntarle:

—Diga usted: van las de Lirios?

—Oh! no; la niña ha ofrecido cantar la misma noche en casa de otras amigas.

—Pobres señoras! Las compadezco!

—Por qué?

—Porque, despues de tener que suplicarla y rogarla, como nosotros, les sucederá con ella lo de *El gaitero de Bujalance, un maravedí porque empiece y diez porque acabe.*

—¡Si es así, verdaderamente son dignas de compasion!

FIN.

AMOR DE PADRE, LO DEMAS ES AIRE.

AMOR DE PADRE, LO DEMAS ES AIRE.

Recorriendo años atras uno de los cementerios de esta córte, fuíme acercando poco á poco á un grupo de tres personas que, al parecer, lo visitaban, como yo, por simple curiosidad, pero de una manera ménos respetuosa, puesto que celebraban con grande algazara algo que sin duda sería altamente cómico, para producir tan locos excesos de jovialidad en un sitio destinado al dolor y al recogimiento.

Formaban el grupo una señora como de cuarenta años de edad, un jóven de veinte escasos, y una señorita ya casadera y de incomparable hermosura, pero de una hermosura fria, que nada hablaba al corazon ni á los sentidos, que ni siquiera tenía la elocuencia de las estatuas. Sus nombres, que la casualidad me fué dando á conocer, eran respectivamente D.ª Eugenia, Cárlos y Rosario.

Detras de ellos, á corta distancia, sentado en el suelo, en mangas de camisa, con una raida gorra de visera, pantalon muy remendado, y enseñando los dedos de los piés por los restos inservibles de unas botas,

estaba el Sr. Andres (en cuyo rostro se veia el dolor de un mártir, juntamente con la resignacion de un santo), ocupado en limpiar varios objetos de ese género especial de que el vulgo de los padres, y el que no es vulgo tambien, suele atestar el hueco que, en los nichos de los párvulos, media entre la lápida y el cristal del marco, y son generalmente perritos, muñecas, floreros, cunas, espejos, canastillos; en una palabra, lo escogido de los juguetes que aquellos amaban. ¿Quién arrancará del corazon de un padre, y ménos aún del de una madre, la idea, ó mejor dicho, la preocupacion vaga, confusa, pero tenaz, de que aquello ha de servir todavía para algo, y de que la muerte física no es completa, no puede serlo, no lo es; ó de otro modo, que el cuerpo no muere, así como no muere el alma? Al depositar las madres en el sitio donde reposan las cenizas de sus hijos, los objetos de su preferencia y cariño, una voz secreta les advierte sin duda que sí, que los necesitan, que les hacen falta para jugar en la tumba. En algunos pueblos gentiles se enterraba con los cadáveres pan y agua, para que se alimentasen durante la travesía de este mundo al otro, y monedas para pagar al cruel Caronte su pasaje por la laguna Estigia.

Conocíase que el Sr. Andres ponia sus cinco sentidos en la operacion de la limpieza, en que, ademas de rodarle por las mejillas gruesas gotas de sudor, dejando en su piel una blanca huella, al tomar aire *tiraba por la respiracion*; produciendo ésta el sonido fati-

goso particular que se nota en los asmáticos, análogo al soplo de ciertas aves nocturnas, como la zumaya ó bruja.

El color de su rostro, lleno de tiznes, y la musculatura ciclópea de sus brazos, negros tambien, indicaban claramente el oficio del Sr. Andres, acreditado herrero, que, á consecuencia de una serie no interrumpida de enfermedades y desgracias domésticas de diverso género, habia vendido ya hasta las herramientas, hasta los clavos para colgarlas; viéndose, por último, en el sensible caso de trabajar de oficial, permitiéndoselo su salud, y esto cuando habia un herrero que se acordase de su miseria para *aliviarla*, explotándole sin misericordia, y de su habilidad para aprovecharse de ella.

—Y qué me decís de este esperpento? exclamó Cárlos, tapándose media cara con un pañuelo blanco, y violentándose para no soltar la carcajada.

—Cárlos, no seas loco, —respondió D.ª Eugenia, haciéndole señas; —mira que nos observan.

—Ave María purísima! Qué mamarracho, gritó Rosario, santiguándose y enjugándose dos lágrimas que, con la fuerza de la risa y del asombro, osaban romper la clausura, que de seguro no hubieran roto con tanta facilidad sentimientos de otra especie.

El Sr. Andres interrumpió un instante su tarea y levantó la cabeza, volviendo los ojos, medio alelados, hácia el punto que era blanco de la burla y chacota de aquella gente.

—Já! já! já! Vaya una ocurrencia! —continuó Cárlos, doblando él cuerpo y apretándose con entrambas manos el abdómen.—Pues ¿no han ido á ponerles en el cielo con espuelas y botas de montar?... ¡Qué bes... tia...li...dad!

Miré al Sr. Andres, en cuyo aspecto habia adivinado anteriormente un poema de dolor infinito, y mis sospechas se confirmaron, viéndole llorar á lágrima viva, y limpiarse, como recatándose, con un pañuelo andrajoso, que sacó del pecho aquel Hércules, insensible en apariencia, y dotado realmente de la sensibidad más exquisita.

Híceme el desentendido, y quise ver por mí propio la causa de la escena que contemplando estaba.

El *mamarracho* consistia en lo siguiente: en vez de lápida, cerraba el nicho que todos mirábamos, un cuadro de madera, pintado al óleo, deplorablemente en verdad, y que desde luégo revelaba en su autor una ignorancia completa de las más simples nociones del arte. Allí no habia dibujo, ni colorido verdadero, ni luz, ni sombras, ni figuras, ni expresion en nada; allí solo habia borrones de ocre, de carmin, blancos, negros, azules, verdes, etc., combinados de la manera más á propósito para producir el más lastimoso conjunto. Sin embargo, fijando mucho la atencion, se descubria el intento de representar en primer término dos ángeles, el uno de corbatin y todo, asido á la cadena del fuelle de una fragua, y el otro montado en un perro, con una bandera en la mano y gorra de cuar-

tel; y en segundo, una docena de párvulos, con bigote algunos de ellos, jugando á los soldados y *á la una, andaba la mula*. En la parte superior del cuadro, y tercer término, aparecia entre nubes *tempestuosas*, un busto, ceñida la cabeza con una montera, imitacion tal vez de la aureola ó corona, en forma de triangulo, con que los artistas suelen pintar al Padre Eterno. De la espalda de los niños, y áun de las caderas, pues en esto no dejaba de haber cierta libertad anárquica, nacian largos apéndices blancos, que *tiraban* á alas: dicho se está, pues, que las tales *figuras* más tenian de diabólicas que de celestes. Todos llevaban igualmente el traje completo que el *pintor* supuso que habian usado en la tierra, pues aquello era el cielo; y á ello aludiria Cárlos, al decir lo de las espuelas y las botas de montar.

Sensible es, ciertamente, que en la silenciosa morada de los muertos haya á menudo, por distintas causas, motivo para espectáculos de mofa y diversion; pero espectáculos semejantes sólo pueden producirlos personas destituidas de todo sentimiento racional. El dolor, bajo cualquiera forma que se manifieste, es siempre respetable; pero cuando se manifiesta bajo una forma tosca y grotesca, que, no obstante, dice á gritos que no ha encontrado medio mejor de expresarse, entónces, y no ofendiendo á la religion ni á las buenas costumbres, ese dolor no sólo es respetable, sino sublime, y toda medida para reglamentarlo y obligarle á anunciarse de cierta manera por conside-

raciones puramente mundanas, sería atentatoria de los más sagrados afectos de la naturaleza.

—Qué bestialidad!— repitió, balbuceando y con voz llorosa, el Sr. Andres, convencido ya de que se burlaban del nicho de uno de sus hijos.—No diga usted eso; añadió el desconsolado padre, levantándose y dirigiéndose á Cárlos.

Al ver éste avanzar hácia él aquella torre de carne, aquel negro gigante, con los ojos encendidos, casi vertiendo sangre, con el pecho arqueado como una bóveda, y cubierto de vello, é igualmente los brazos, pues iba despechugado y con las mangas de la camisa regazadas, debió creer llegada su última hora, y en su consecuencia, retrocedió algunos pasos, acechando cuidadoso los movimientos del que consideraba su enemigo.

—¿Quiere usted saber lo que á la hora de ésta me tiene de coste ese mamarracho?—exclamó el Sr. Andres, principiando á poner en su sitio los juguetes limpios con escrupuloso esmero.—No tema usted, señorito; acérquese, y quizás se arrepienta de sus palabras, que se han clavado en mi pecho como puñales.

—No hay necesidad de saberlo,—respondió el jóven, mirando su reloj;—es tarde ya, y no podemos detenernos.

—Les detendré á ustedes poco; despacharé en un decir *Jesus*.

Miéntras el Sr. Andres acababa de arreglar el nicho, Rosario dijo á su mamá:

—¡Figúrate qué nos importarán á nosotros las simplezas que pueda contarnos ese hombre!

—Con todo,— respondió la mamá,— hemos de oirle.

—Oigámosle,— añadió Cárlos, que áun no las tenía todas consigo, y queria amansar al Sr. Andres, condescendiendo sin más replicas;—oigámosle, y Dios nos dé paciencia. Si me duermo, haz el favor de llamarme, Rosarito.

Sentámonos, volvió el Sr. Andres, y encendiendo un cigarro de papel, dió principio á su relato en estos términos:

«Hace diez años no hubiera cambiado yo mi suerte por la de la reina de España: tenía una salud á prueba, pan que llevar á la boca, trabajo *á manta*, y por remate, me vivia mi mujer (que Dios haya), y esos dos pedazos de mis entrañas, *que hacen hay.*»

Y apuntó con el dedo índice de la mano derecha á los nichos marcados con los números 49 y 50.

«Ahora estoy solo con mi pena en el mundo, hecho un *méndigo*, pidiendo á su divina Majestad que me conserve esta vida miserable, tan siquiera hasta pagar lo que debo á la Sacramental; pues luégo, aunque arrojen mi cuerpo á la *tempérie* ó á la hoya grande, poco importa. Yo bien quisiera descansar junto á ellos, para que viesen que su padre no los abandonaba ni en vida ni en muerte; pero esto no puede ser, como yo no me vuelva dinero; á más, ya lo conocerán ellos: ¿piensan ustedes que se le escapará al *dotor* lo que su

padre rema para que él y su hermano estén á gusto como unos príncipes? Ustedes dirán: ¿y quién es el *dotor?* El *dotor* era mi Juanillo, el más chiquitin; le llamaba yo así porque tenía unos dichos, unas salidas y un aquel, que le dejaba á uno parado á lo mejor. Era mucha alhaja!

»—Diga usted, buen hombre,—exclamó doña Eugenia, interrumpiendo la narracion.—Si usted, segun manifiesta, es tan pobre, y no tiene sobre qué caerse muerto, ¿por qué no ha enterrado á los niños en el suelo, en vez de meterse en gastos así... tan...

»—Qué está usted diciendo, señora?—saltó al punto el Sr. Andres, como si le hubiera picado una víbora.—Por qué no los he enterrado en el suelo?... Porque tendrian frio los pobrecitos. Ahora, en lo tocante á mí, ya es otra cosa; yo estoy curtido, á mí el frio no me pasa, y ya mi cuerpo conoce la dura tierra...

»Pues, como iba diciendo, Juanillo y Paco eran la alegría de la casa (que no hay alegría en casa donde no hay niños) y el remedio de todos mis males. Yo digo que sin ellos estoy como un pájaro que no puede volar; ellos eran, como si dijéramos, las alas de mi corazon. Y pensar que ya no he de verlos más! ¡Yo, que al menor asomo de peligro, siempre les estaba *pedricando!*... Que si uno se subia á una reja, pongo por caso, le gritaba:

»—Ábate si voy, picaron; ábate si voy!

»Y si esto no bastaba, les metia miedo, diciéndoles:

»—*Quitaisus de hay*, *mirai* que va á salir un lobo *y sus* va á comer!

»Cuando nació mi Paco, el mayor, le compré una cuna que tenía que ver, y me la puse de cintas y cosas de arriba abajo, que me rio yo de un jardin. Todas las tiendas de la bajada de Santa Cruz me parecian pocas para adornarla!

»En mis ratos de vagar, que entónces no eran muchos, pues trabajaba como un desesperado, todo para aquel cordero, corria á su cuna á cantarle y á mecerle; y estando Paquito despierto, le ponia de pié sobre mis rodillas, alzándole y bajándole, porque esto le hacia reir como un bobillo. Algunas veces su madre, nunca harta de tenerlo en brazos, queria arrebatármelo, como si sólo fuese suyo, y nos disputábamos sus caricias como dos reyes se disputan una corona: aquello era una guerra civil á cada *istante*. Pobre Marquita! Miren ustedes: santas habrá en el cielo, pero mejores que ella... eso sí que no!

»Pues, señor, que á los dos años nos nace Juanillo...—Vengan hijos y vengan trabajos!—me decia yo;—habiendo *salú*, aquí está Andres para todo.

»De cuando en cuando suspendia mis faenas, poniéndome á jugar con ellos como un chiquilicuatro. Mi vecino Pericon, el *arbañil*, hombre sin entrañas, que maltrataba á los suyos tanto que era cosa de partírsele á uno el corazon (porque hay padres de padres), solia decirme:

»—Quieres papilla, niño zangolotino? ¡Miren ustés el monicaco!

»Entónces besaba yo á mis hijos, como si fuese á comérmelos; tanto, que una vez el *dotor* me dijo: —Papá, que me muerdes el carrillo.—Porque yo, bruto de mí, no sabía quererlos de otra suerte más que á la pata la llana.

»Pericon, haciéndome la mamola, añadia luego:

»—Trabaja, trabaja, zangandungo, y deja esos mocosos, que con tanto mimo los echas á perder. Los hijos de los pobres no deben *deprender* monadas.

»Qué hacia yo al oirle? Agachábame, ponia en frente al chiquitin, el chiquitin venía hácia mí, moviéndose á los lados con el andar de las palomas, y Andres contestaba al *arbañil*, para hacerle rabiar:

»Aquí te espero
comiendo un huevo,
una vaca
y un ternero.

»Cuando yo salia de casa, aunque su madre quedase al cuidado de ellos, siempre estaba con el credo en la boca; hubiera querido poder metérmelos en el bolsillo y llevármelos, como la petaca, á todas partes.

»Julianillo, hijo de Pericon, viéndome muchas noches hacer barcos de papel para los niños, miéntras su padre se iba á la taberna, me decia: —¿Sr. Andres, me da usté uno?

»—¿Por qué,—le preguntaban los mios,—no te los hace tu padre? No sabe hacerlos?

»—Sí; pero un dia le pedí una pajarita, y me respondió:—Toma para castañas,—pegándome en la cabeza.

»Entre Paco, Juanillo y él, no sé si de lástima ó de qué, no habia pan partido: los mios andaban siempre llamándole y diciéndole:—Apara, apara!—y le echaban en las manos higos, castañas, cerezas, ó lo que merendasen.

»Paco no habia cumplido ocho años; pero era ya un hombrecito, que servia de *follique*, esto es, tiraba por la cadena del fuelle como *unas mi almas*, ganándose su pan. No, que no! Pues y Juanillo? Juanillo *sangraba la fragua*, hacia recados, y... ¡si hay para morirse uno mil veces, acordándose de ciertas cosas!

»A proporcion que iban creciendo mis *nesecidades*, aumentaba yo mi trabajo, pasándome todo el dia y parte de la noche machaca que te machaca y lima que te lima, hasta que el cansancio y el sueño me rendian.

»Juanillo y Paco eran rubios como ingleses, y como la nieve de blancos; pero el polvo del carbon me los ponia llenos de tiznajos, como unos diablillos; mis dos oficiales y yo siempre estábamos negros tambien como condenados, y más negras estaban las paredes del obrador que las de un calabozo oscuro. Pero cuando á la caida de la tarde ó á la noche cogia mi Paquito la cadena del fuelle, y el fuelle principiaba á dar resoplidos como un toro, y la fragua, hecha un volcan, arro-

jaba á lo alto chorros de lumbre, que salian chisporroteando, y alumbrándolo todo como un árbol de fuego; cuando á esta iluminacion acompañaban los cantares que siempre el pobre menestral tiene á mano para espantar sus pesadumbres, y el martilleo de los mazos que, al mismo tiempo de forjar el hierro hecho ascua, nos llevaban el compas mejor que un maestro de capilla, sobresaliendo sobre todas las voces las de Paco y Juanillo (más hermosos, si cabe, á los reflejos de la fragua que á la luz del dia), entónces mi obrador era la gloria bendita de Dios, y mis dos niños dos ángeles del cielo.»

La poderosa voz del infeliz herrero habia logrado suspender la atencion, y áun conmover á casi todos los oyentes.

El Sr. Andres continuó:

«Luego dicen:—Andres, conformidad; Andres, *resinacion;* Andres, pitos; Andres, flautas...—Pues yo, habiendo perdido mis hijos, ¿de qué sirvo ya en el mundo, sino de estorbo? Cuando cómo algo de lo que á ellos les agradaba, rejalgar se me vuelve, y rabio contra mí mismo y me digo:—¡Con qué gusto comeria esto el *dotor*, y qué boceras que se pondria! ¡Cómo abriria los ojos mi Paco!

»Siempre andaba yo devanándome los sesos, pensando en su carrera; tan pronto me parecia la mejor la de médico, tan pronto la de cura, tan pronto la de platero. El *dotor tiraba* por la de *melitar;* Francisco por la de herrero, como yo, y así están pintados. En

resumidas cuentas, ninguna me petaba, porque todo se me hacia nada para ellos. Pero, en fin, iban á la escuela, y *dambos* á dos ganaban premios en los *desámenes*.

»Mis toros y mis tabernas y mis juegos eran mis hijos y mi trabajo; así es que salian de mis manos unas obras que, no es porque yo lo diga, eran un pasmo, y no chapucerías, como las de otros, que da vergüenza verlas; y es porque generalmente sólo se trata de ganar el pan de cualquier modo, y vamos andando. Los balcones que hice para el palacio del marqués de Puente-Rojo, que en paz descanse (aquí se miraron D.ª Eugenia y los dos jóvenes), á la vista están, y no me dejarán por embustero. Cuando fuí á llevárselos, despues de mirarlos y remirarlos él lo ménos durante un cuarto de hora, me dijo:

»— Usté sabe lo que ha hecho, Sr. Andres?

»Yo, la verdad, pensé que me regañaba, y medio temblando le respondí:

»— ¿Qué he de haber hecho, sino los balcones que usía me encargó?

»Entónces él replicó:

»— Ha'hecho usté unas flores que son una verdadera filigrana, un modelo en su género, Sr. Andres. ¡Si estas rosas propiamente están oliendo, como si las acabasen de cortar en un jardin!

»Por supuesto, el dicho del Sr. Marqués era una *desageracion*, pero, en fin... Pues no paró aquí la cosa, sino que *amén* de entregarme el valor de la obra, me regaló una onza de oro para cigarros.

» Ahora me sucede todo lo contrario; soy el hombre más flojon del mundo, no sirvo para maldita de Dios la cosa, y un aprendiz torpe es capaz de echarme la pata. Yo era de bronce; pero los golpes recibidos me han puesto blando como el hierro que forjaba en el yunque, me han puesto lo mismo que si fuese cera. ¿Ven ustés esta facha? Pues todo es *fantesía* y *aparencias*.

» El primer golpe fué la muerte de mi parienta, despues de una enfermedad de un año, que me dejó por puertas, pues entónces comenzaron tambien mis ataques de asma. ¡*Pacencia;* quien manda, manda, cartucho en el cañon! Ántes de morir ella, la hice mayordoma de esta Sacramental, y aquí está enterrada.— A trabajar, Andres, — me dije; — tienes dos pajaritos que abren el pico y te piden de comer, y es preciso buscarles grano.— Pero ¿creen ustés que paró en esto mi desgracia?... A poco tiempo cae mi Francisquito con sarampion, y aquí empieza mi aquel: principio á vender el ajuar, comenzando por mi cama y concluyendo por mi ropa; despedí los oficiales, mi niño mayor no podia tirar del fuelle, y yo tenía que atender á todo. Paquito estaba en el piso bajo, como la fragua, y á cada paso entraba yo á verle, y al punto salia, y vuelta á la faena, y daca al enfermo, con cien ojos y cien oidos, adentro y afuera, para cuidar de mi hijo y para que no me robasen algo.

» A todo esto, con las malas noches y mi enfermedad y la de Paco, mal comido y durmiendo vestido sobre los ladrillos como un perro, para estar listo, la

cabeza se me abria de dolor y los ojos se me saltaban de las cuencas; pero yo, firme que firme, *hála, hála, hála,* amarrado al yunque y á la fragua, para que nada le faltase á Paquito. A cada golpe que descargaba sobre el yunque, unas veces parecia *mismamente* que el *celebro* iba á partírseme en dos *metades* y á perder el juicio, y otras que me machacaban los sesos y me atenaceaban el corazon. Los cantares habian cesado, y el obrador estaba silencioso y negro como una cueva.

» Qué dias, señores, qué dias y qué noches! Por fin, cuando ya creiamos que iba un poco mejor Paquito, una mañana sale corriendo su hermano y me dice:

»—Padre! Padre! ¡Paco no quiere despertar, por más que le llamo para que juegue conmigo, y me mira de un modo!...—

»El corazon me da un vuelco, arrojo desesperado el martillo que tenía en la mano, y me encuentro con mi Paco de mi alma tieso como un pajarito. Se le habia metido para adentro el sarampion... Yo creo que no me llamó ántes de morirse, por no asustarme; que si no, ¿cómo él se hubiera ido, sin decirme á lo ménos: —Yo me voy derechito á la gloria; no llores, padre; mira que si no, me enfado?

» Aunque ya estaba yo completamente arruinado, me propuse *sastifacer* con toda puntualidad los plazos de la mayordomía; pero el *quid* estaba principalmente en reunir dinero; no pudiendo yo trabajar para tener casa abierta y atender á todas las *nesecidades,* me eché á pedir limosna con mi niño de la mano, privándome

á menudo, para hacer ahorros, hasta del indispensable alimento, á no ser que en las casas nos diesen algun mendrugo ó sobras de comida.

» A los seis meses muere tambien Juanillo. Mi dolor fué tan grande, que ni llorar pude; me quedé aturdido, como si me hubiesen pegado con un mazo en la cabeza.

» Como los niños no tenian derecho más que á sepultura de galería, tengo que abonar su traslacion á nicho; y ahora trabajo, cuando el mal me deja, y cuando no, sigo pidiendo limosna. Yo iré pronto detras de ellos; se me ha encalabrinado la idea de que así que acabe de cubrir mi deuda, se apagará esta luz, y voy á salirme con la mia. Oh! ¡si me hubiera encontrado útil para el servicio de las armas, ya estaria libre de mi compromiso para con la Sacramental! Pero, quién ha de comprarme en esta disposicion! ¡Si tan siquiera valiese los dos mil reales que me faltan, me venderia como un negro, y sería esclavo de la buena alma que me hiciese esta obra de caridad!

» Pues vamos ahora á lo del *mamarracho*...

»—Buen hombre, no siga usted, exclamó D.ª Eugenia, levantándose conmovida.

»—¿Ven ustedes mis ojos y mis párpados en carne viva?...—continuó el Sr. Andres, sin hacer caso de la interrupcion.—Se me han puesto así á fuerza de llorar y de no dormir, y de empeñarme en pintar, sin saber, más de veinte cuadros, hasta que quedasen dos á mi gusto, por no pagar lápidas de mármol, y la ver-

dad, porque se me figuraba que así estarian más bonitos los nichos.»

—¿Podrá usted ir mañana á donde indican estas señas? le dijo D.ª Eugenia, entregándole una tarjeta.

—Ah! son las del palacio del señor marqués de...

—Justamente; quiero encargar á usted un trabajo fácil.

—Iré, señora.

—Qué haces, mamá? preguntó Rosario en voz baja á D.ª Eugenia, que se habia adelantado hácia el nicho; yo fuí tras ellas.

—Quiero dar á ese infeliz los dos mil reales que le faltan. Qué leccion, Rosario, qué leccion! Los ricos herederos del Marqués (añadió, marcando mucho estas palabras, dirigidas, al parecer, á los dos hermanos) aún no han mandado decir una misa por su alma; en dos años, su agradecimiento se ha reducido á traerle hoy una ruin corona de siemprevivas.

Doña Eugenia examinó un momento el nicho, y Rosario la dijo á media voz, con acento sarcástico:

—Te paras aún á contemplar la maravilla?

—Y yo tambien,—exclamé, lleno de ira y asombrado de tan incomprensible perversidad;—y por cierto que si ántes no me agradó, ahora me parece una obra maestra, una obra superior á las mejores creaciones de Rafael y de Murillo.

—Jesus!—repuso Rosario.—¡No sé con qué ojos lo miran ustedes!

—Y á usted,—repliqué,—si lo mirára como yo, le sucederia igualmente.

—Pues, cómo lo mira usted?

—Con el corazon, señorita.

Saludé á todos, y me volví poco á poco á Madrid, dirigiendo ántes una afectuosa mirada al desconsolado herrero, cuya cabeza, iluminada por los últimos reflejos del sol poniente, me pareció, en aquella situacion de mi ánimo, la cabeza de un arcángel, al paso que la insolente hermosura de Rosario, muerta al sentimiento, se pintaba en mi espíritu como la imágen de Luzbel, hollado por la planta vencedora de la Vírgen María.

FIN DE LA SEGUNDA SERIE.

INDICE.

(1) En el Indice de la primera Serie puse la siguiente *Nota* al proverbio titulado *De tripas corazon:* «Excusado parece advertir que, para el fin que me propongo, considero como proverbios las locuciones, frases, modismos y expresiones adverbiales.» Esta Nota debe aplicarse igualmente á *El Beso de Júdas*, con la diferencia de que donde dice *expresiones adverbiales*, debe decir *expresiones proverbiales*.

ERRATAS IMPORTANTES.

Págs.	*Líneas.*	*Dice.*	*Lease.*
6	1	abores	labores
65	3	de una iglesia humilde, que no, por serlo,	de una iglesia que no por ser humilde era ménos digna, etc.
134	3	algebráicos	aritméticos
168	1 y 2	sus palcos, galerías y butacas	llenáronse galerías y butacas
254	4	el suelo	al suelo
261	9	desapiadadamente	despiadadamente
Id.	14	*pitcor*	*pictor*
285	10	*Sentámonos*	—Sentámonos todos,
168	21	deben suprimirse las palabras *á toda una generacion*	

Los *Proverbios ejemplares* han sido publicados en los mejores periódicos literarios, en las fechas que á continuacion se expresan:

PRIMERA SERIE.

Al freir será el reir.—Marzo de 1863.
Hacer de tripas corazon.—Junio de 1862.
Hasta los gatos quieren zapatos.—Octubre de 1862.
Antojarse los dedos huéspedes.—Marzo de 1863.
Antes que te cases, mira lo que haces.—Diciembre de 1861.
Tres al saco, y el saco en tierra.—Marzo de 1861.
Al que al cielo escupe, en la cara le cae.—Junio de 1861.

SEGUNDA SERIE.

A moro muerto, gran lanzada.—Junio de 1863.
Perro flaco todo es pulgas.—Junio de 1862.
El Beso de Júdas.—1860. Se escribió el año de 1855, y fué corregido en la época de su primera publicacion.
Herir por los mismos filos.—Mayo de 1861.
Quien con lobos anda, á aullar se enseña.—Noviembre de 1861.
El Gaitero de Bujalance.—Agosto de 1862.
Amor de padre, lo demas es aire.—Diciembre de 1861.

OBRAS EN VENTA

DEL AUTOR DE LOS PROVERBIOS.

Ecos nacionales.	Un tomo.
Veladas poéticas.	Id.
Elegías.	Id.
El Beso de Júdas.	Id.

EN PREPARACION.

Cantares y Armonías.

La Arcadia moderna. (Eglogas é idilios humorísticos.)

Se ha publicado la primera Serie, que consta de l
guientes Proverbios.

Al freir será el reir.
Hacer de tripas corazon.
Hasta los gatos quieren zapatos.
Antojarse los dedos huéspedes.
Antes que te cases, mira lo haces.
Tres al saco, y el saco en tierra.
Al que al cielo escupe, en la cara le cae.

OBRAS EN VENTA DEL MISMO AUTOR.

Ecos nacionales. . .	Un tomo.
Veladas poéticas. . .	Id.
Elegías.	Id.

EN PREPARACION.

Cantares y Armonías.